



LORENZO CILDA

## OBRAS DE VÍCTOR MANUEL RENDÓN

Miembro de la Academia Ecuatoriana y Correspondiente de la Academia Española; Socio Honorario del Instituto de Lisboa; Socio Correspondiente del Instituto de Coimbra; Académico de Mérito de la Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes de Cádiz; ex Vicepresidente de Honor de la Unión Iberoamericana; Individuo Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia, en Caracas; Socio Honorario Correspondiente de la Real Sociedad Geográfica de Madrid; Socio Correspondiente de la Sociedad Geográfica de Lisboa; Agregado de la Academia de Ciencias Pedagógicas de Madrid; Socio Honorario y Colaborador de la Sociedad Jurídico-Literaria de Quito; Miembro activo del Comité «France-Amérique», de París; Individuo de número de la Academia Diplomática Internacional de París; Adherente a la Société des Gens de Lettres de France.

*Notes de Mon Carnet*, crónicas, 1882.

*Amada*, poema en francés. —París, 1892.

*Héros des Andes*, poesías. —A. Lemerre, París, 1904.

*Olmedo*, biografía y traducción francesa de sus poemas, con ilustraciones, en 8.º, Nilsson, 1905.

*Flammes et Cendres*, poesías. —Idem, id.

*La República del Ecuador en la Exposición Universal de 1900*.

*Telefonemas*, poesías. —A. de San Martín, Madrid, 1908.

*Telepatías*.—Idem, íd.

*La Rose*, versión francesa de «La Rosa del Jardínero». de los señores Alvarez Quintero, Madrid, 1913.

*La Frontière de la République de l'Equateur*, París, 1914.

*Clemente Ballén*.—A. de San Martín, Madrid, 1916.

*L'Equateur pendant la Guerre Universelle*.—Groupe-ment des Universités et Grandes Ecoles de France, París, 1917.

*Le Revenant*, un acto, en verso.—H. Floury, París, 1917.

*La Columna a los Próceres del Nueve de Octubre de 1820*, poema con ilustraciones.—A. de San Martín, Madrid, 1918.

*Edith Cavell*, versión francesa del poema de Miguel Valverde.—A. Rosier, París, 1919.

*Cuentos de Delfín de las Peñas*, publicados en la Revista *Hojas Selectas*, de Barcelona, 1910-1915.

*Ecos de Amor y Guerra, poesías*.—Ediciones «Le Livre Libre», París, 1927.

*Obras Dramáticas: Charito, Salus Populi, En Fuente Florida*.—Idem, íd.

*Salus Populi*, drama histórico, un acto, en prosa, versión francesa.—Editions de la *Revue de l'Amérique Latine*, París, 1928.

*Encantamientos Patrios*, poesías.—Editorial «Le Livre Libre», París, 1929.

#### OBRAS ESCÉNICAS REPRESENTADAS EN AMÉRICA:

*Hoy, Ayer y Mañana*, comedia, un acto, en prosa.—Guayaquil, 1922.—2.<sup>a</sup> edición, Quito, 1923.

*Con Victoria y Gloria, Paz*, sainete en prosa.—Guayaquil, 1922.

*El Matrimonio Eugénico*, drama, dos actos, en prosa.—Idem, 1923.

- El Ausentismo*, comedia, tres actos y cuatro cuadros.—Idem, íd.
- Periquín o la Noche Sabrosa*, sainete, en prosa.—Idem, íd.
- Madrinas de Guerra*, comedia, un acto, en prosa.—Idem, íd.
- Cuadro Heroico*, pieza dramática, un acto, en verso.—Idem, 1924.
- En Fuente Florida*, comedia, un acto, en prosa.—1927.
- Salus Populi*, drama histórico, un acto, en prosa.—1928.

#### OBRA INÉDITAS

- Lorenzo Cilda*, novela ecuatoriana, texto original francés, 1906.
- Atmacigal*, crónicas, 1918.
- Nuestras Hermanas Latinas*, versión castellana, en verso, del Cuadro Alegórico de Max Daireaux, 1918.
- Almas Hermosas*, saineté cómico-trágico, en prosa, un acto y un prólogo.—1923.
- Las Tres Victorias*, comedia en cuatro actos y en prosa 1924.
- Ames Sublimes*, versión francesa de *Almas Hermosas*, un acto, en prosa, 1928.
- Rimes et Prose Désuètes*, en francés, 1928.

#### EN PREPARACIÓN

- Teatro Completo*, en castellano y en francés.
- Vida Diplomática*, 1885-1925.

*A GUAYAQUIL, mi cuna, con  
entrañable amor filial.*



# LORENZO CILDA

*novela ecuatoriana, original*

de

VÍCTOR M. RENDÓN

Miembro de la Academia Ecuatoriana  
y Correspondiente de la Academia Española



0002363

EDITORIAL «LE LIVRE LIBRE»  
141, Boulevard Péreire, 141  
P A R I S  
MCMXXIX

vando siempre la mirada a la querida patria, que había obtenido espléndido triunfo en el grandioso certamen internacional, me dediqué, mientras mi quebrantada salud se reponía, a exaltar, una vez más, en tierra extranjera, con dulces reminiscencias, mi inolvidable cuna guayaquileña. Escribí así la novela LORENZO CILDA que, en idioma francés, permanece inédita. Mi inmerecido nombramiento de correspondiente a la Academia Española me impulsó a preferir el idioma de la madre patria y mío propio en mis producciones literarias, que antes habían sido únicamente francesas, como mi instrucción secundaria lo fué.

LORENZO CILDA es, pues, una novela—si no patriótica—en la cual revelo ese mi afán—que ha sido comentado—de servir siempre *con amore* a la patria en mis obras literarias como en la carrera diplomática, divulgando sus encantos y sus glorias. En este libro resalta también el vivo anhelo de hacer patente mi profunda gratitud a Francia, gran nación hospitalaria y gloriosa, en cuyas abundantes deliciosas fuentes del saber humano bebí desde la adolescencia, ansiando saciar provechosamente mi sed de cultura intelectual.

Aunque el argumento de la novela es obra de imaginación, la tela de fondo copia fielmente el cautivante aspecto de la Perla del Pacífico y de los florecientes campos tropicales en el año 1905,

en que acaeció el terrible incendio que he narrado. Guayaquil fué entonces casi completamente destruído. Desde aquella fecha la sirena del Guayas, resurgida rápidamente, se ha extendido, poblado y embellecido inmensamente. Los adelantos del progreso en edificios, construídos hoy con cemento armado, en higiene y ornamentación, en artes y deportes, colocan al puerto principal de la República del Ecuador en buen rango entre las hermosas ciudades modernas. Desgraciadamente, los campos en que florecían las famosas huertas cargadas de áureos frutos se han desmejorado, asolados por plagas de parásitos vegetales y de insectos, sin que se pierda la esperanza de que la naturaleza les devuelva su incomparable primitivo encanto. Son, aun así, desmejorados, tan atrayentes que, con su lujuriante vegetación tropical, sorprenden al extranjero que visita las haciendas de las ubérrimas orillas del río Grande, del río Daule y de los afluentes de ambos. Quien, después de leer mi novela, fuera a contemplar los sitios campestres descritos en ella los hallaría hoy, en su aspecto general, casi idénticos a lo que eran hace un cuarto de siglo, sobre todo en aquellas lozanas tierras que rodean a la risueña Balzar donde he situado y realmente existe, fértil y bellísima, la extensa hacienda a la cual he dado el nombre de una de sus arboledas, «Almacigal»; mas,

para reconocer a Guayaquil en la descripción que de mi ciudad natal he trazado, necesario le fuera acudir a crónicas y fotograbados de la época en que se realizó la transformación política del país que, derrocando al partido progresista, entroncado con el conservador, encumbró al partido liberal-radical. He creído así indispensable indicar en breves notas al pie de algunas hojas de este libro los más notables cambios acaecidos en el desarrollo último de la alegre cuanto laboriosa hija del Ecuador.

En el curso de acontecimientos novelescos imaginados en LORENZO CILDA se desarrollan episodios realmente históricos, faustos o trágicos, políticos y sociales. A la penetración del lector no escapará la intención simbólica en el nudo dramático de la novela. Allí dos mujeres, Delia y Elena, se apoderan sucesivamente del corazón de Lorenzo y, a una, le asedian luego implacablemente hasta que cese de vacilar entre ambas. Elena representa el vivo cariño a Francia, la tierra de adopción. Delia simboliza el profundo amor al suelo patrio, el Ecuador. ¿Cuál de ellas triunfa? El curioso lector lo sabrá si, con su acostumbrada benevolencia, me favorece una vez más, leyendo esta novela, cuyos defectos son muchos a pesar de haberme esforzado en lograr que exhale la dulzura del poético ambiente ecuatoriano. Por escasa de mérito que

le parezca, me ilusiono con que en ella sentirá, enardecido por el amor patrio, latir conmovido el corazón de quien la escribió ingenuamente, tributando sincero homenaje filial a cualidades y atractivos de su hermosa cuna.

VÍCTOR M. RENDÓN.

Niza, 24 de mayo de 1929.



## PRIMERA PARTE

### I

¡El Muerto! ¡El Muerto!

Las voces que repetían esa palabra, cerca del camarote donde Lorenzo dormía, le despertaron bruscamente. Saltó del angosto lecho y, a medio vestir, se lanzó fuera, sintiendo en el alma una emoción indecible, tal como la experimenta el hijo que vuelve a ver a su madre después de larga ausencia. Desde la cubierta del buque, que disminuía su andar, Lorenzo divisó, no muy lejos, en medio del océano, una masa sombría, poco elevada, casi a la lumbre del agua. Daba la ilusión de un hombre, con dimensiones de gigante, tendido inmóvil sobre las olas, tieso como un cadáver. La niebla leve del crepúsculo matutino parecía, amortajándola, ocultar humanas formas. Los primeros albores del día, que en las regiones ecuatoriales son breves antes de la salida del sol, arrojando débil luz sobre la visión fantástica, la dejaban en la lobre-

guez de la penumbra que habría impresionado a una imaginación desprevenida.

En verdad, aquello semejaba bien el bulto de un difunto envuelto en un sudario, arrojado al mar y flotante. Las olas se estrellaban en derredor del cuerpo, cubriéndolo de blanca espuma, y lo arrullaban con quejido monótono y acompasado como el canto de un eterno *réquiem*. Sólo una luz, ténue y vacilante, se ofrecía a la vista sobre la lúgubre mole, donde, en ese momento, nada existía que recordase la vida ni disipase la idea de la muerte. La llama pálida de ese fanal bajo parecía la de un cirio fúnebre, colocado cerca de aquel muerto por piadosas manos, para recomendar su alma a la oración de los viajeros.

¡El Muerto! ¡El Muerto!, seguían repitiendo los pasajeros, que, atraídos por igual curiosidad, se hallaban reunidos sobre la cubierta en trajes improvisados. Todos miraban con sorpresa la isla desierta e inculta de Santa Clara, formada por varios peñascos, dispuestos de tal manera que con razón mereció su segundo nombre, el Muerto o el Amortajado.

De esos curiosos, algunos la conocían ya, pero éstos reuniéronse a los demás para cerciorarse de que estaba a la vista la célebre roca, situada en el golfo de Guayaquil como un centinela indígena colocado a la entrada del estrecho canal, y que, herido mortalmente por los conquistadores, había caído allí, dando de espaldas, y petrificándose lentamente, sin abandonar jamás su puesto de honor. Aquellos pa-

sajeros manifestaban, con exclamaciones ruidosas, la alegría de ver la isla que les aseguraba la pronta llegada al puerto de Guayaquil, la Perla del Pacífico.

¡Qué distinta era la sensación experimentada por Lorenzo! Mil veces más poderosa brotó, como de una fuente pura, la emoción que, estremeciéndole el alma, le humedeció los ojos al sonar las voces que anunciaban el pedazo de tierra que para él representaba ya la patria. Sólo podrá comprenderla y medir su intensidad quien se haya visto en condiciones análogas.

Feliz bajo la tutela de padres inmejorables e idolatrados, que, para asegurarle un porvenir brillante, soñaban con que adquiriera una instrucción esmerada en una Universidad lejana y famosa, abandonó, niño aún, el suelo natal, dejando allí los más dulces recuerdos de la infancia. Veinte años duró el destierro y, al fin, hombre hecho, regresaba, como el hijo pródigo, madurado por el dolor más que por los años, desgarrado el corazón por crueles y sucesivos sufrimientos, agobiado por el peso de una grave responsabilidad. Y regresaba solo, dejando en tierra extranjera dormir el sueño eterno a esos seres inolvidables a quienes les debía todo: instrucción, fortuna y posición social.

Atroces recuerdos los que invadían el cerebro de Lorenzo cuando, próximo a realizar su vehemente deseo de pisar de nuevo el suelo patrio, la tristeza

hubiera debido alejarse de su alma y la serenidad volver a su espíritu. Pero, ¿cómo dejar de sufrir sin dejar de acordarse? Diez años de edad contaba Lorenzo al alejarse de su cuna y, en los veinte transcurridos sin regresar al seno de la nunca olvidada y siempre querida tierra, gradualmente tornóse confusa la visión de su belleza. Entre nieblas surgían los recuerdos de la deliciosa infancia vivida en esa ciudad que no tardaría en contemplar de nuevo, a orillas del gran río por donde avanzaba el vapor, frente a la grandiosa cordillera que cerraba el horizonte.

Lorenzo era hijo de acaudalados guayaquileños que se enriquecieron, sembrando un millón de árboles de cacao y de café a inmediaciones de la pintoresca ciudad de Balzar, en la fértil margen del río de igual nombre, donde poseían la hacienda llamada *Almacigal*. Don Carlos Cilda y doña Carmen Piedra, padres de Lorenzo, miembros ambos de familias distinguidas que contaban entre sus antepasados a heroicos varones, compañeros del Libertador en su inmortal faena por la independencia americana, gozaban del aprecio y de la simpatía de sus conciudadanos. La acrisolada honradez de don Carlos, las virtudes y la amabilidad de su esposa, al par que la filantropía sin ostentación que en ellos se alababa, les ganaron todos los corazones. La popularidad del padre de Lorenzo llegó a tal punto que, a pesar de su poco entusiasmo por la política y su viva resis-

tencia para substraerse al honor que sus paisanos se empeñaban en dispensarle, proclamando, en el seno del partido liberal, su candidatura a la presidencia de la República, cedió al fin. Su condescendencia le suscitó las iras de García Moreno, mandatario inteligente y probo, pero arbitrario, que regía entonces los destinos del país como jefe del partido conservador, y, a raíz de una revolución que fracasó en Guayaquil, dictó éste contra don Carlos la orden de destierro.

Lorenzo no olvidó nunca la honda tristeza de ese brusco extrañamiento, y ahora, obseso por los recuerdos que se agolpaban en su mente, veía erguirse ante sus ojos la imagen venerada de la tierna y queridísima abuelita, de cabellos blancos, tez arrugada y cuerpo encorvado por el peso de los inviernos, a la que le obligaron a abandonar cuando más se ingeniaba ella en prodigarle mimos y caricias con toda la dulzura de su corazón. Nunca había olvidado la escena desgarradora de la despedida. Sentía siempre la fuerza del estrecho abrazo con que la pobre anciana procuraba hacer pasar su alma en la del nieto adorado y grabar sus facciones en las pupilas de Lorenzo, que al fin la olvidaría sin duda, mientras ella no cesaría de lamentar su ausencia. Y Lorenzo gimió al pensar que ya no encontraría a la idolatrada mamacita fallecida sin volver a besarle.

La evocación de esa grande aflicción de su vida infantil fué la primera de las visiones crueles que se

alzarón para entristecerle más, como si la isla de Santa Clara, por un fenómeno de sugestión quizás, con su aspecto lúgubre, le hubiera dejado grabada en la retina la imagen de la muerte, que sucesivamente se le presentó con los semblantes de otros difuntos, los de sus más queridos seres. Lorenzo se rememoró así los acontecimientos más importantes de su vida, desde la noche que saltó del tren de Saint-Nazaire, en la estación de Montparnasse, y después de transitar en un ómnibus por los barrios oscuros de la orilla izquierda del Sena, se vió de repente, al acercarse al Gran Hotel, metido en el alegre bullicio de los resplandecientes bulevares. ¡Qué fantástico espectáculo y qué pasmoso encanto el de aquella hora nocturna en la maravillosa capital!

Recordó después el espacioso piso adonde fué a morar en la Avenida del Bosque. Allí, en ese sitio cautivante, veía, en solemnes días, desfilar al pie de su balcón al París del boato y la elegancia. Días lejanos de la adolescencia, días que breves, durante los cuales vivió feliz, bajo la vigilancia tierna de su buena madre, sin que la indulgente bondad paterna degenerase nunca en debilidad. Allí, entre esos dos seres armoniosamente unidos, y a ejemplo de ambos, se formó su alma cristiana, guiada por el camino del deber, y su corazón en el que sólo latían sentimientos nobles y delicados, con el amor por la patria distante y la gratitud por el suelo hospitalario y benéfico. Fué allí también donde, dos

años después de su llegada a París, nació su hermanita Lila, preciosa y frágil flor, a la que profesaba entrañable cariño.

Lorenzo recordó igualmente los años de externato en el colegio Stanislas hasta graduarse de bachiller, y, luego, los estudios en la Facultad de medicina, que le otorgó el ansiado diploma de doctor. Su vida se deslizó, durante largo tiempo, apacible y despreocupada, disfrutando del bienestar del hogar paterno, en parte dedicada a su instrucción, en parte a viajes de recreo por Europa, durante las vacaciones, sin que, en el invierno, dejara, de vez en cuando, de acudir a las invitaciones de americanos y franceses a comidas y bailes.

Esbelto y delgado, aunque vendiendo fuerza y salud, Lorenzo, con la tez mate de su rostro ovalado, sus rasgos finos, su elegante porte y amable trato, reflejaba la belleza varonil y la distinción creolla de los países tropicales. Por un contraste frecuente allá, sus ojos eran azules, de mirada dulce, e igual que sus pestañas combas, de color de azabache los cabellos, que rizaban naturalmente, y el bigote, que disimulaba los labios algo espesos. Se comprendía, al verle, que las mujeres debían llamarle guapo y que no faltaría alguna a la que inspirara un amor irresistible. Poseía las mejores y más gratas cualidades del alma y del corazón al par que de la inteligencia. Sólo, escudriñando bien, la crítica pudicra reprocharle un defecto y éste era su excesiva sensi-

bilidad, que rayaba a veces en timidez y motivaba su indecisión en ocasiones en que es indispensable manifestar fuerza de carácter. Se exageraba a sí mismo el disgusto que una negativa suya causaría en un pecho ajeno y experimentaba angustia al pensar que, involuntariamente, su conducta mortificaría a alguien. Una lágrima de mujer le desconcertaba. Esa emotividad le obligó a prescindir del arte del cirujano y a dedicarse exclusivamente a la medicina. Su alma expansiva se hallaba siempre dispuesta a prestar servicio con absoluta abnegación. En resumen, Lorenzo, varón recto y leal, amable y bondadoso, pecaba por demasiado nervioso e impresionable.

Apenas coronada su tesis por la Facultad de París, y sonriéndole el porvenir, la desgracia penetró en el hogar paterno. Su padre, y, seis meses después, su madre, bajaron a la tumba, como si, por haber estado tan unidos durante la vida, consintiera la muerte en no separarlos. Preciso fué a Lorenzo, abrumado por la doble catástrofe, asumir la responsabilidad de un jefe de familia y proteger, en calidad de tutor, a su hermanita Lila, que rayaba en los diez y ocho años de edad. El deber de administrar los mutuos intereses cuantiosos y de velar por la huérfana le infundió la fuerza de voluntad necesaria para no vacilar en la resolución que le dictaba su conciencia de alejarse de París y de ir al Ecuador, a presenciar los inventarios que la ley ordena.

Por mucho que Lila deseara acompañarle, prefirió él

que permaneciera en el convento del Roule para que completara su educación. Desgarrado aún más el corazón, se separó de ella y partió solo, resueltamente, seis semanas después del fallecimiento de su idolatrada madre.

—¡Triste, bien triste regreso al país natal! —suspiraba Lorenzo, de pie en la cubierta del buque, desolado en medio de la animación general y contemplando con mirada vaga el mar Pacífico mientras una ola de pensamientos angustiosos hervía en su cráneo y el pecho se le abría al impulso de los latidos del corazón.

Ya el sol principiaba a esparcir sus rayos sobre la inmensidad azul. Insensiblemente, las visiones crueles se disipaban con la luz del día y, entre resplandores, el melancólico visionario vió erguirse una imagen adorable, llena de vida, que le sonreía a pesar de la tristeza reflejada en su bellissimo semblante. Era la imagen de la virgen rubia, de ojos de cielo, que invocaba en sus horas más amargas, de la inocente niña que le arrobaba con la fragancia de sus veinte primaveras, cuya presencia le aclaraba el tenebroso horizonte y en cuyo acento hallaba el único bálsamo de su duelo. Era el puro semblante de la mejor amiga de su hermana, de Elena de Latour, su novia desde el día anterior al de su salida de París.

Vaciló mucho antes de declararle la esperanza secretamente acariciada en su corazón desde dos años atrás, que le animaba a afrontar más sereno el porvenir,

persuadido de que disfrutaría de completa dicha en el soñado hogar; pero, ¿cómo atreverse a abrirle su corazón, contrayendo un compromiso tan serio, en el mismo instante que su destino le alejaba de ella y su deber le obligaba a no pensar en sí hasta haber asegurado la felicidad de la huérfana confiada en su cariño fraternal? Y se preparaba a marchar sin revelar su amor, sin salir de su actitud, respetuosa, ignorando que Elena comprendía que ella era el ídolo de su culto, si Lila, confidente al fin del tierno corazón de su querida amiga, no hubiera puesto la mano de ésta, una tarde, en la de su buen hermano, sonriéndoles maliciosamente al dejar correr sus lágrimas. Lorenzo experimentó el indecible júbilo de quien ve su amor correspondido, aunque pronto lo amargara la cruel separación.

Extático, absorto en su profundo enternecimiento, Lorenzo permanecía ahora indiferente a cuanto le rodeaba, sin darse cuenta de que la isla de Santa Clara era ya un punto que desaparecía en el horizonte y que la nave penetraba rápidamente en la parte del golfo abierta en forma de cuerno de abundancia, como un símbolo de la riqueza del país, y bautizada con el nombre de canal de Jambelí.

Sobre ambas orillas se extendía el doble cordón de los campos que ostentan la esplendidez privilegiada de la soberana vegetación tropical. A medida que el buque avanzaba, la tierra se percibía mejor, bañada en los primeros rayos de un sol que nacía

claro y ardiente. Lorenzo, volviendo de su melancólico desvarío, fijó los ojos en el olvidado panorama que desarrollaba sin cesar su portentosa belleza.

En la ribera derecha, su mirada buscó, hacia atrás, el grupo de islas separadas de la tierra firme, desde la Boca de Capones hasta la de Jambelí, por anchos y hondos esteros con los peligrosos Bajos de Payana, y, más adelante, los desembocaderos de los ríos que se abren campo entre las frondosas huertas de cacao en valles fértiles, desde Machala a Balao, y de este puerto a la ciudad de Naranjal, al pie de las verdes ramificaciones de la Cordillera.

El buque se aproximaba a la orilla izquierda y costeara los esteros salados de la isla considerable de Puná, cubierta, en gran parte, de bosques cuyos árboles brindan excelentes maderas, de rizoforcas y de plantas halófilas, entre las cuales dominan los manglares de proporciones gigantescas. Virando hacia el norte, enfrente de Punta Arenas, coronada de un faro, el vapor siguió su marcha sin alejarse de la isla, donde se alcanzaba a ver el curso caprichoso de los estuarios, que, formando en el seno de la tierra una red intrincada, huyen del mar cubiertos de delicadas plantas acuáticas y desaparecen, entre las cañas y los juncos, bajo la bóveda oscura de los manglares, a corta distancia del villorrio de Puná Vieja. Más allá la tierra se hinchaba progresivamente, formando cerros de desigual altura. Poco después dejóse ver el puerto de Puná Nueva, en cuyas aguas el vapor echó el ancla.

## II

La aldea de Puná, edificada a poca elevación sobre el nivel del mar, es una aglomeración de casas bajas cubiertas de *cauli* y habitadas por pescadores y por negociantes de maderas. De trecho en trecho, sin embargo, no faltan las villas menos rústicas con techados de tejas o de zinc, donde las familias guayaquileñas suelen pasar los meses más ardientes, animando la soledad y el silencio de la playa, que se transforma, por una temporada, en ameno centro climático.

Lorenzo recordó involuntariamente Ostende, Trouville, Biarritz, San Sebastián, donde pasó tan deliciosos veranos en el tumulto de la gente elegante y el esplendor de las fiestas. ¡Qué diferentes todas esas playas de la humilde Puná! Empero, para su ser dolorido, preferible le pareció la tranquilidad de esa aldea y envidió a los que venían allí a buscar la salud del cuerpo y la paz del alma, lejos del ruido de la ciudad y de las impertinencias sociales.

Al vigoroso empuje de seis remeros mulatos, un bote se desprendió de la orilla y, en breves minutos, trajo a bordo al piloto y al médico encargado de la visita sanitaria, acompañados de dos pasajeros. El piloto, tras el médico, subió a la cubierta. Grueso, pequeño y prieto, pertenecía a la raza de los cholos, mezcla de blanco y de indio, que forma la mayor

parte del pueblo bajo en las naciones hispanoamericanas. Nadie le hubicra dado los cincuenta años que tenía, al ver sin una hebra de plata sus cabellos negros, lacios y tupidos, como sucede entre aquellos en cuyas venas corre sangre de aborigen. Su cara, sin arrugas, revelaba ingenuidad y honradez, pero escasa inteligencia. Gozaba, sin embargo, de la fama de hombre diestro en su oficio. Precisaba que lo fuese, porque el estrecho camino que iba a seguir el buque está sembrado, a lo largo de ambas costas, de escollos y peligros. Bancos de arena y arrecifes se ocultan en el seno de las olas, cambiando de sitio con frecuencia, hasta que se apoderan de ellos los manglares, que, como sólidas murallas, se oponen a la invasión de las aguas, mientras en la superficie se presentan, cerrando el paso, las islas de aluvión, grandes y pequeñas, verdadero archipiélago despoblado, pero de espléndida vegetación, que obliga a los buques a vueltas y revueltas y a sus capitanes a precauciones infinitas.

Lorenzo que, indiferente, veía al piloto, miró en seguida a la joven y airoso pasajera que, detrás de éste, saltó ligera del bote y ascendió por la escala, precediendo a un varón de edad madura. Fijó en ella detenidamente la vista, cautivado por su gracia y su donaire, aunque sin poder distinguir el rostro, inclinado hacia el suelo, pero no cubierto por el velo, prendido en redor de las anchas alas de un sombrero fino de Jipijapa. Vestía un sencillo traje de muselina

blanca, ajustado al busto, de cucllo bajo, que dejaba descubiertas la garganta y la nuca; las mangas cortas alargábanlas los encajes que, en los codos, pendían sobre los guantes de Suecia claros. Adivinábanse bien torneados los brazos y veíanse pequeñas las manos. La cintura angosta, que realizaba las armoniosas proporciones del busto, ceñíala una ancha cinta roja cuya extremidad formaba un nudo grande, prendido encima del corazón.

Con vivo interés ya, Lorenzo contemplaba a la joven pasajera, anhelando verle el semblante y, al lograrlo, cuando ella, irguiendo la frente, ponía el pie en la cubierta, cruzáronse las miradas de ambos y deslumbróle la viva llama desprendida de las pupilas negras de la desconocida. Involuntariamente bajó la vista, pero le pareció que una leve sonrisa se bosquejaba en los labios rojos de ella, como si, acostumbrada el espontáneo homenaje mudo a su belleza, hubiese comprendido la sensación que Lorenzo experimentaba.

Era guapa, en realidad, de una hermosura cautivante, original. En su rostro, que carecía de la regularidad del tipo clásico de la belleza griega, y al que agraciaba aún más un lunar cerca del hoyo de la mejilla izquierda, la tez morena debía recordar a muchos la salada copla de la habanera: «Y ías hay de color de cancla...» Su semblante respiraba menos el candor de una inocente doncella que la viveza de una andaluza y la picaresca malicia de una creolla

risueña y coqueta. De sus magníficos ojos negros velaban el fuego las grandes pestañas curvas, como los pétalos del *ñorbo*, que es una pasionaria de aquel suelo tropical. Bajo la nariz recta, pero pequeña, reía la boca, de tamaño mediano, cuyos labios encarnados, al abrirse para contestar al caballero anciano que la acompañaba, realzaron la nitidez de la dentadura, igual que en un estuche escarlata brilla con más puro oriente un hermoso collar de perlas. La cabellera negra abundante, enrollada y prendida alto bajo el sombrero, cuyos rizos rebeldes acariciaban las sienes y la nuca, dejaba desnuda la frente como para que reflejara a las miradas la fuerza de la voluntad y también la franqueza del carácter.

Avanzaba sobre la cubierta con un aire sonriente pero digno, buscando un asiento por en medio de los curiosos, que no despegaban de ella los ojos, y su talante era el de una diosa joven que, complaciéndose en el homenaje de admiración, sabrá siempre imponer respeto.

Lorenzo se apresuró a brindarle su silla de tijera, que, sonrojada, aceptaba con una sonrisa de agradecimiento al mismo tiempo que la voz del anciano que la seguía sonó con sorpresa y alegría:

—¿Cómo es posible? ¿Usted, es bien usted, Lorenzo, a quien hallo aquí?

Y no esperó a que le contestara para abrir los brazos y apretarle en ellos estrechamente, sin que Lorenzo atinara a recordar quién era tan cariñoso

caballero. Este se volvía ya hacia la joven pasajera, y, sinceramente conmovido, le decía:

—Delia, he aquí al hijo de mi más antiguo amigo, de mi querido Cilda, de quien has oído tantas veces recordar las bondades y lamentar la irreparable pérdida. No me hizo falta, para reconocerle, tener a la vista el retrato que, poco antes de morir, Carlos, con orgullo paterno, me envió de este hijo, que es la imagen viva del compatriota al que yo quería como a un hermano. Y usted, Lorenzo, a quien no esperábamos tener tan pronto el gran placer de ver de regreso a la patria, ¿el nombre de Miguel Doral no lo oyó acaso jamás?

Lorenzo recordó entonces al compañero de infancia de su padre, que por protegerle, a consecuencia de reveses de fortuna, le confió la administración de sus fincas.

- Perdóneme, señor—se apresuró a contestar—, si no devolví el abrazo tan afectuosamente como debí hacerlo. Mi corazón aprendió a conocer a usted al oír cuánto mi padre le quería y apreciaba. Inculpo a mi memoria por lo mal que guardó el recuerdo de su fisonomía.

—Muy natural ese olvido. Veinte años transcurrieron desde que, tan pequeño, os alejasteis de este suelo, mi querido amigo. Me permitiréis, ¿verdad?, que os llame así, como en aquel tiempo en que os escapabais de la casa paterna para ir a cabalgar en mis rodillas y corretear por mi almacén, en el piso bajo

de aquélla. Mi esposa se alegrará mucho de veros. Su reuma le impidió acompañarnos, a mi ahijada y a mí. Invitados por unos amigos, vinimos a pasar quince días a orillas del mar, y éste es el motivo por el cual siento no haber sido informado de vuestro viaje. A la voz de ahijada, Lorenzo volvió los ojos hacia Delia, que durante aquella conversación le miraba con simpática curiosidad. Por segunda vez, al compenetrarse las miradas, bajó la vista, pero, reaccionando contra la turbación experimentada, volvió a alzarla en seguida y, atrevida, la clavó en el hermoso rostro. Delia soportó impasible la impertinencia, y, sencillamente, con el acento claro de una voz suave cuya dulzura llegó al alma del médico, dijo a éste:

La larga ausencia, señor, le habrá hecho olvidar quizás el encantador paisaje del suelo natal. No debemos impedirle que lo contemple.

Lorenzo, a quien se le ocurrió replicar que, en aquel momento, tenía ante sí algo que le parecía más interesante y agradable que la contemplación de la naturaleza, se limitó a decir:

—No se engaña usted, señorita. El alejamiento embrolló los recuerdos de mi infancia; sin embargo, amo profundamente a mi patria y mi emoción es intensa al volver a ver su suelo. Consienta en secundar los esfuerzos de mi memoria. Le agradeceré que me haga así más grata la impresión que seguiré experimentando en los encantos del país natal.

— Os dejo un instante para ocuparme de las malestas—, les dijo el Sr. Doral, que, en seguida, se alejó.

Lorenzo y Delia permanecieron juntos, y, sin cortedad, empezaron a charlar.

El buque seguía andando. Era uno de los excelentes vapores de la compañía chilena, que hacen un servicio hebdomadario entre Valparaíso y Panamá, y que, construídos con gran lujo, brindan todas las comodidades modernas. Gobernado con destreza por el piloto, pasó enfrente de la isla Verde. Esta, como una esmeralda engastada en platino por el mar, une, a la entrada del grande Estero Salado, las dos extremidades de una cadena formadas por la isla de Puná y por la península que, desde la Boca de Chupadores, se continúa sin interrupción hasta la misma Guayaquil.

Del lado derecho se extienden dos islas, la de Mondragón y la de Matorrillos, separadas por el canal al cual se dió el nombre característico de El Callejón. Del lado opuesto, antes de pasar la isla de Masa, se destaca la pequeña colina de Punta Piedra, a la mitad del camino entre Puná y Guayaquil, tristemente célebre en los anales de las guerras civiles del Ecuador. Allí principian los terrenos cultivados de florecientes haciendas de ganado, con sus sabanas tostadas por el sol en el verano. Estas alternan con espesos bosques que encierran innumerables gigantes vegetales, caprichosamente unidos por las enredaderas y las lianas.

¡Cómo embelesaba a Lorenzo ese poético delta del Guayas, el hermoso río que surcaba ya el *Imperial* y que, con sus numerosas ramificaciones, con el constante movimiento de un activo tráfico y la diversidad de aspecto de sus márgenes, no tiene rival desde el istmo de Panamá hasta el estrecho de Magallanes! Tan angosto paso iba ofreciendo el Guayas que los viajeros, rodeados de tupidas paredes de manglares, emblanqucidas por las eflorescencias salinas, olvidábanse de las olas y creían a ratos que la nave penetraba en el seno de una selva virgen. Alegaban la monotonía verde de los manglares las grandes flores amarillas y coloradas de infinidad de rizoforeas y las frutas hermosas, redondas como manzanas, pero venenosas, del manzanillo y de la anona. En el laberinto de plantas halófilas, la reina de ellas, la esbelta palma, se erguía imprimiendo al paisaje un atractivo especial.

La melancolía de Lorenzo se disipaba con la contemplación, junto a Delia, del radiante panorama de las orillas del Guayas. La interrogaba sin descanso, deseando saber el nombre de cada sitio, de cada hacienda, y ella, bondadosa y risueña, le complacía. Enfrente de la isla de Santay vió pasar las fincas de la Josefina, el Guasmo y la Saiba, que le brindaban un espectáculo casi nuevo, ya olvidado.

El ganado, en numerosos hatos, pacía vagando libremente en los potreros de janeiro, cercados de piñuela, o entre altas hierbas y frágiles arbustos,

como el potorrillo de vistosas flores encarnadas y el aromático barbasco. Los variados matices de las pieles resaltaban sobre el verde claro o el verde oscuro de las sabanas y las esmaltaban, dando un aspecto más ameno a los fértiles campos. Con curiosidad y sorpresa miraba Lorenzo algunos de esos animales acercarse al río para beber o acostarse en la vega para rumiar, sin hacer caso de los enormes cocodrilos que tomaban el sol, causando a los pasajeros asco y horror. Espesas manchas de caña brava y mansa mecían, al soplo del viento, su tallo flexible y majestuoso, inclinando las panojas y enderezándolas alternativamente, como si fuesen abanicos destinados por la naturaleza a refrescar el cálido ambiente. A las casas cubiertas de paja o de teja sombreaban nuevos grupos de altas palmas, cuyas anchas hojas laciniadas caen, como cintas verdes, protegiendo de las caricias de un sol abrasador las robustas ubres vegetales, que, con su refrigerante y exquisita leche, calman la sed del labrador.

A bordo, todo anunciaba la próxima llegada al puerto principal. Los marineros se abrían paso entre los pasajeros, apresurándose a izar las banderas. En la popa flotó al viento el pabellón chileno y en la proa brillaron los colores de la enseña ecuatoriana. Mientras se precipitaban todos a babor para no perder ninguno de los detalles del arribaje ni de los atractivos de la hermosa Guayaquil, Lorenzo se sintió de nuevo profundamente conmovido.

### III

Iluminada por los rayos de un sol resplandeciente en un cielo azul, que mitigaban con apacible sombra las risueñas palmas, la sirena del Guayas se presentó a la vista, blandamente apoyada en las faldas del pintoresco cerro de Santa Ana, sentada enfrente de la imponente cordillera, a lo largo del caudaloso río de donde parecía surgir y donde, en parte, se bañaba por el barrio de las Peñas. Sobre un bullicioso Malcón de dos kilómetros, en cuya margen se apiñan curiosas balsas, vapores fluviales y canoas cargadas de frutas, Guayaquil, dominada por las elegantes torres de un hipódromo, de su palacio municipal y de ocho iglesias, ostentaba las bellas fachadas de sus casas de dos y tres pisos, con balcones adornados de flores y con anchos portales, donde la animación del comercio daba una idea halagüeña de la actividad de un pueblo laborioso.

La original belleza de la Perla del Pacífico arrancaba exclamaciones de admiración y simpatía a los compañeros de viaje de Lorenzo, quien, al oirlas, sintió su corazón henchirse de orgullo y, ante la tierra

que, como una madre, parecía abrir los brazos al hijo ingrato, de sus ojos brotaron lágrimas de placer y ternura.

A través de ellas, buscó su mirada la casa paterna, sin hallarla entre tantas que se asemejaban, con persianas de colores claros y techos de tejas rojas que reverberaban al sol. Impaciente fijó más detenidamente, pero en vano, la vista en cada edificio del Malecón. Fué Delia quien se la indicó. Al mirarla, negábase a creer que esa casa vetusta y descuidada, vacilante, fuera la alegre estancia en la que se deslizaron felices los primeros años de su existencia, hasta que la muerte de sus hermanitos hiciera cambiar de morada a sus padres. Nadie había allí cuya mano agitara un pañuelo para darle la bienvenida, como ocurría en otras casas en las que aguardaban a los seres queridos que, de igual modo, contestaban a su lado. ¡Qué triste, desierta y silenciosa la veía, despojada del mirador que la coronaba, alto jardín en otro tiempo, y de las cortinas de lona que ocultaban durante el día, hasta la puesta del sol, la intimidad del hogar a la curiosidad del vecindario! Enmohecidas las nítidas paredes de cal, presentaba un aspecto más lúgubre el edificio. Delia, que observaba la tristeza reflejada en el semblante de Lorenzo, le preguntó:

—¿Halla usted muy cambiada su cuna?

—Tan transformada está—contestó— que casi me parece una ciudad desconocida. Cerré los ojos

hace un instante para verla tal como se erguía en mis sueños durante los primeros años vividos en Francia, donde, mal aclimatado al país nuevo, experimentaba la nostalgia de los sitios familiares de mi infancia. Cuando volví a abrirlos, el marco lo vi igual, invariable en la perenne belleza que le otorgó la mano de Dios, pero la del hombre ha retocado el cuadro, aumentándolo considerablemente. Si el estuche es el mismo, la Perla del Pacífico resplandece con más vivo oriente. Le confieso que me es muy grata la sorpresa de la metamorfosis de mi ciudad natal. En mis ensueños, tan lejos de ella, no pude figurarme cuánto se ha extendido y hermoñado. Todo me resulta nuevo. Guayaquil era la única ciudad, cualquiera que fuese su aspecto, capaz de promover en mi alma una sensación tan poderosa de profundo enternecimiento; al mirarla, tal como se presenta hoy a mi vista, experimento además un sentimiento filial de orgullo y alegría.

Guayaquil, la Perla del Pacífico, como los poetas suelen llamarla sin engaño, no es una de esas ciudades arrogantes, de apariencia majestuosa y fría, que se imponen a la curiosidad del viajero con edificios suntuosos antiguos y modernos. Los arqueólogos buscarían en vano algún vestigio de la humilde Culenta, que defendió contra los conquistadores aquel valiente cacique Guayas, de quien Benalcázar, el famoso capitán, tomó el nombre para bautizar el río y la ciudad, edificada en 1535. Esta, amena y pinto-

resca, encanta a primera vista, por la belleza del sitio, por el movimiento del puerto y la alegría de su Malecón. Guayaquil respira la vida intensa de un pueblo laborioso y predispone, ¿quién podrá negarlo?, a favor de un país fértil y rico que tiene allí su puerta de oro.

Eran las doce del día, y, a pesar del calor agobiante, en el Malecón, la muchedumbre circulaba afanosa. Los tranvías rodaban sin cesar, uno tras otro, atestados de gente. Una locomotora, cuya campana vibraba, recorría la extensa arteria, arrastrando camiones llenos de bultos. Se comprendía que la costumbre de la siesta, generalizada en países meridionales, no se había arraigado allí donde el trabajo no lo interrumpía, ni en las horas más ardientes del día, ese pueblo incansable en su actividad.

Desde el Astillero hasta las Peñas, del sur al norte, la calle principal estaba sembrada de rieles, cruzada por la red de los hilos del telégrafo y del teléfono, que, a la altura de los techos, se ramifican en cada calle, trazada en línea recta, y cuyos postes alternaban con los faroles de gas—pues aún no se había instalado el alumbrado eléctrico que hoy existe—, y con bancos y árboles, laureles y sauces. Iban y venían los coches, las carretas y las cabalgaduras llevando cargas y, en las ancas, a los vendedores de pan, de agua, de frutas. Los chiquillos a escape pregonaban las noticias de los periódicos locales o vendían los billetes de lotería. Al pie de la colina de Santa Ana, algunas

casas emergían del Guayas y otras, como nidos, ocultos entre los árboles, se agrupaban en la falda del cerro en cuya cima se erguía un gran edificio, el hospital militar. En ese barrio de las Peñas, Lorenzo buscó el sitio llamado el Conchero, donde diariamente por la tarde, cuando su familia veraneaba allí, se divertía en ver la venta de los ostiones al regreso de los pescadores. En ese lugar se alzaba ahora el espacioso edificio de hierro de la aduana y, a proximidad de éste, otro, de aspecto agradable, con persianas azules y blancas, rodeado de jardines, que no recordaba haber visto antes. Delia se lo nombró:

—Es el convento del Sagrado Corazón, donde me eduqué y que dirigen las religiosas francesas. Los días que pasé cerca de esas santas mujeres, tan bondadosas y abnegadas, cuentan entre los más dulces de mi existencia.

Lorenzo, al oír esos elogios, pensó que su hermosa compatriota poseía un alma piadosa y agradecida. Volviendo a mirar del lado de las Peñas, reconoció la Calzada, pequeña elevación que, a la sombra de un maizal, conservaba, como reliquias de un fuerte, tres o cuatro cañones viejos.

Si, alrededor de la aduana, la profusión de fardos, las pilas de cajones, entre los cuales se agitaba la cuadrilla de cargadores, le llamó la atención, con qué vivo interés miró el curioso espectáculo, más al centro del Malecón, de los *cacahueros* que descargaban, sobre sus espaldas desnudas y tostadas por el sol, los sacos

lentos del fruto cosechado en las innúmeras huertas, fuente inagotable de la riqueza del Ecuador, y que, después de haber verificado el peso en las romanas, esparcían las doradas pepas sobre adecuadas telas para que acabasen de secarse, mientras otros grupos de empleados zarandeaban las que estaban en condiciones de ser exportadas.

Desde esa manzana del cacao, del café, del caucho y de la tagua, de tantos productos del suelo tropical, el hormiguero humano se movía por la calle y por los portales hasta la extremidad sur donde principia la avenida Olmedo, con su pila artística, y con el espléndido monumento al cantor de Bolívar. Más allá se extendía el barrio del Astillero, que durante la infancia de Lorenzo no exhibía sino unas pocas casas y ninguna de hermosa apariencia. Era ahora un populoso centro, dominado por las torres del hipódromo, en el que se celebran hoy grandes reuniones hípicas. ¡Qué diferentes éstas de aquellas carreras de caballos que su padre le llevaba a presenciar en las fiestas de San Juan, de San Pedro y San Pablo, cuando los jinetes, sin estribos ni silla, y descalzos, eran cholos y *montubios*!

La increíble muchedumbre que bulle en los muelles y cerca de los mercados halagó aún más a Lorenzo. Agrupamientos de revendedores presentaban al aire libre gran diversidad de mercancías: frutas, quesos, legumbres, sombreros de paja, zapatos, ponchos, hamacas, a proximidad de la Capitanía del puerto, del

Resguardo, al redor de la vetusta, pero simpática Municipalidad, que no había olvidado y que reconoció en seguida con alegría al ver la espaciosa galería de su balcón, la doble hilera de pilares en ella y la pintoresca torre con su reloj. A lo largo del Malecón, unidos a éste por pasaderas, flotaban las casuchas, a las que atracan las pequeñas embarcaciones, donde se baña el pueblo y se hospedan los campesinos y son como vestigios modernizados de las habitaciones lacustres.

Embelesado, con mirada lenta, Lorenzo recorría el atrayente panorama del río. Vapores y veleros de distintas nacionalidades, inmóviles sobre el ancla, cargaban o descargaban bultos; los vaporcitos fluviales regresaban al puerto o se alejaban de la orilla, aturdiéndole con los silbidos estridentes de sus sirenas. De todos lados deslizábanse las embarcaciones grandes y pequeñas: botes con excursionistas, chalupas, yates, lanchas y canoas, algunas, las llamadas de pieza, con ramadas que le recordaban el *felze* de las góndolas de Venecia. En medio del Guayas, los pescadores echaban las redes y sacaban las presas vivas, agitadas, cuyas escamas brillaban al sol como si fueran de plata. Las balsas pasaban, arrastradas por la corriente o empujadas con palancas, hundiéndose bajo el peso de los plátanos, de los cocos, de las piñas y naranjas, o cubiertas de plantas que iban al mercado y les daban la apariencia de jardines flotantes, donde las mujeres preparaban el frugal

almuerzo en improvisados fogones y los chiquillos, medio desnudos, corrían, sin temor alguno, entre el mico y el loro. En la ribera opuesta, frente a la ciudad, se desarrollaba otro panorama hechicero, el de los floridos campos, bañados en luz radiante, al pie de las inmensas moles de granito.

—Sí, todo se ha transformado—, volvió a decir Lorenzo a Delia. Todo se ha embellecido. Temía también hallar cambiado, indiferente tal vez, el corazón en deudos y amigos. La cordial acogida que acaba de dispensarme su padrino me prueba que hice mal en abrigar tan torpe temor.

Invadían ya la cubierta los guayaquileños en busca de pasajeros de sus familias y relaciones al par que los cargadores, que se disputaban por ser preferidos; al pie del vapor sonaban las voces de los boteros que ofrecían sus servicios, sin interrumpir, unos y otros, la extática contemplación de Lorenzo, absorto en el incomparable encanto de la patria.

Acercósele el Sr. Doral, y le dijo:

—Vamos a desembarcar. No me brindo a acompañarle porque veo que vienen a buscarle sus tíos y sus primos. Nos vemos más luego, mi querido Lorenzo.

Y de nuevo le apretó en sus brazos.

Delia, sin desplegar los labios, le tendió la mano, que él estrechó amistosamente, como si se conocieran de larga fecha. La siguió con la vista mientras descendía por la escala y en el bote que la alejaba hacia

la orilla, deseando en vano que volviese la cara para enviarle un último saludo.

Los deudos y amigos de Lorenzo, prevenidos de su llegada por un telegrama de Panamá, llegaban a bordo traídos en un yate de vapor y no tardaron en rodearle, manifestándole su alegría de verle, con cariñosas efusiones, aunque revclando en el semblante, más que en las palabras, que le acompañaban en las desgracias que dictaron el deber de regresar al suelo natal. Entre esos parientes se hallaba su primo Ulbio, el compañero de juegos de su infancia, al que profesaba profundo afecto.

En el muelle le aguardaban otros compatriotas, a los que conoció en París. Saludado por personas desconocidas, cuyos nombres le decía Ulbio, átravesó a pie el Malecón, pasó delante de los Bancos del Ecuador, Internacional, Hipotecario y Territorial, y llegó a la casa que iba a habitar, en la segunda calle paralela a la del puerto.

Al pie de la escalera le acogieron con grandes demostraciones de ternura sus tías y sus primas, que dejaban correr las lágrimas por los padres de Lorenzo a quienes ya no volverían a ver.

La primera persona que se le echó al cuello, cubriéndole de besos, fué su anciana tía Dolores, viuda y sin prole, que a ese hijo de su hermana menor prodigó siempre el tesoro de amor maternal que encerraba en su corazón. Tan viejecita está, a pesar de que conserva tersa la tez, blanca como los cabellos,

y viva la mirada de los ojos azules, que Lorenzo se figuró que veía a su abuelita. Algo encorvada, arrastrando los pies, iba y venía, reflejando en sus palabras y ademanes jovial carácter. Buscaba todos los medios de serle útil, indispensable, obligándole a aceptar sus buenos oficios, indicándole que las cortinas de la cama preparada para su sobrino son la obra de sus manos, que también cosieron los lazos con que se alzaban.

—A pesar de tu luto, preferí cintas moradas, color de alivio. Lo negro es demasiado triste—le explica tiernamente.

La querida tía decide que permanecerá a su lado, para atenderle y mimarle, durante toda su permanencia en Guayaquil.

—¡Que sea lo más larga posible!—, suspira, abrazando otra vez a su idolatrado sobrino.

Todos le agobian con preguntas acerca de su hermana Lila y le increpan que no la trajera para conocerla y hacerse querer de ella.

—¡Benditos seáis—pensaba Lorenzo—, excelentes y tiernos corazones que me rodeáis! Procurad con vuestro cariño levantar mi ánimo abatido y volver el calor a mi corazón yerto. ¡Que así me sea más hospitalario el suelo patrio! Esforzaos por colmar los vacíos que la muerte dejó a mi lado, aun cuando sepáis vano vuestro afán para reemplazar a los que lloro.

#### IV

Las diez de la noche sonaban y los deudos y amigos, que fueron a visitarles, se despidieron de la tía Dolores y de Lorenzo. Entre aquéllos acudió D. Miguel Doral, que no quiso tardar en volver a ver al recién llegado para darle un nuevo testimonio de cariñosa deferencia. Quedaron solos sobrino y tía, a la que aquél llamaba Tita desde su infancia. Charlaron acerca de los incidentes de ese primer día de la llegada del hijo pródigo al seno de la patria, de las personas recibidas esa noche, cuyas referencias oía Lorenzo algo distraído y melancólico, experimentando una obcecación que en vano procuraba alejar de la mente. Quería fijar el pensamiento sólo en el recuerdo de su novia, y el hermoso semblante de otra mujer se erguía ante sus ojos. Ocurriósele a la tía Dolores pronunciar el nombre del Sr. Doral y decir:

—Es un varón cumplido, un hombre excelente. Puedes confiar en él con toda tranquilidad. Tu padre no hubiera podido encontrar mejor administrador que su buen amigo Miguel. Te dirán que ni él ni su virtuosa esposa poseen una inteligencia privilegiada. Esto no impide que sean honrados a carta cabal y muy caritativos. Lo que hicieron a favor de Delia, su encantadora ahijada, lo comprueba plenamente.

Lorenzo abrió los oídos al sonar el nombre de Delia y se preparaba a escuchar a su tía sin interrumpir.

pirla, pero ésta no dió más explicaciones. Se decidió entonces a interrogarla:

—¿Qué fué lo que hicieron, Tita, a favor de Delia?

—¡Hola! Deseas, bribón, que te diga un cuento antes de ir a la cama como cuando eras un mocoso. Bueno; óyeme, hijito, pero no bosteces.

Conoció así la historia de Delia.

A la edad de dos años, Delia Love fué confiada por su madre al matrimonio Doral, que la había cargado en la pila bautismal y no tenía retoños. No se separó ya de ellos sino durante los meses pasados cada año en el convento del Sagrado Corazón, donde recibió una educación esmerada, y pocas horas, un día de cada semana, desde su salida del colegio, para ir a ver a su madre y a su media hermana Rosario, que contaba tres años más de edad que ella. Su padre había sido un ingeniero inglés, Richard Love, al que una compañía de minas envió al Ecuador a informar acerca de los terrenos auríferos de Zaruma. A su regreso de la Cordillera, remitido el informe, se relacionó con los esposos Doral en Guayaquil y fijó allí su residencia, locamente enamorado de una cuarterona muy guapa, viuda y madre de una hija, y al fin contrajo matrimonio con ella. Delia nació de ese enlace, que duró dos años apenas, frecuentemente agitado por violentos disgustos. La joven esposa, en el espléndido desarrollo de sus veinticinco abriles, coqueta, veleidosa y autoritaria, dió tan mala

vida al ingeniero que éste, sintiendo espín y pesar, se entregó a la bebida. Acabó por morir de un absceso al hígado, suplicando a sus amigos Doral que velasen por Delia. Estos consiguieron que la madre la enviase a pasar los domingos en casa de ellos, y cautivados por sus monerías, al par que enternecidos por el cariño que les manifestaba, se quedaron con ella, a lo que no puso reparo la hermosa viuda, que, prefiriendo a su hija mayor, y demasiado indolente para ocuparse de la educación de dos niñas a la vez, buscaba además el consuelo a su segunda viudez en un nuevo amor que era la comidilla de muchos.

Delia, privada de caricias desde el fallecimiento de su padre, recompensó a sus padres adoptivos de su bondad con exuberante ternura y completa docilidad. La chiquilla amorosa y alegre llegó a ser con el tiempo una bella e inteligente muchacha, por todos admirada, cuyas facciones reflejaban el encanto del materno rostro, afinado por la sangre inglesa que corría en sus venas. Hacía poco, sin embargo, que su carácter tornábase melancólico, lo que preocupaba a su madrina, que la sabía impresionable y nerviosa al par que altiva. Sus inexplicables accesos de tristeza súbita se terminaban casi siempre con un torrente de lágrimas. Ella misma no hubiera podido decir la causa de su aflicción, y, avergonzada, suplicándole que la perdonase, como si fuera culpable de alguna falta, besaba a su madrina que la consolaba en sus brazos. Los médicos emitieron el socorrido diagnós-

tico de la neurastenia, atribuyéndola, como consecuencia atávica, al alcoholismo y al esplín de mister Love, y aconsejaron la permanencia en el campo, baños de mar, y, en cuanto fuera posible, el matrimonio. Desgraciadamente, para cumplir esa última prescripción había un obstáculo serio, la conducta de la madre de Delia, que alejaba de ésta a los pretendientes dignos de su mano. Aunque muy apreciada y bien acogida en los salones que la posición social de sus padres adoptivos le abría y donde unánimemente se admiraba su deslumbradora belleza, ningún varón se erguía, postulando la dicha de ser su esposo. Delia parecía no darse cuenta de ese comportamiento, y cuando la oportunidad se presentaba, ¡con qué afán afirmaba que, en testimonio de gratitud, jamás consentiría en separarse de sus padres adoptivos, a los que quería entrañablemente! Era probable, sin embargo, que su amor propio herido no fuera extraño a las crisis de melancolía y al vivo deseo de alejarse de la ciudad para residir en la apacible soledad de Almacigal, aquella finca de la familia Cilda que su padrino administraba.

—En realidad—concluyó diciendo la tía Dolores—, Delia es digna de ser feliz. Posee las virtudes y las cualidades de una excelente madre de familia, y, si se casa, creo que no se arrepentirá quien le otorgue su nombre. Empero, no puedo prescindir de pensar, a mi vez, que corre en las venas de su precioso cuerpo la sangre de una cuarterona pecadora y

¡claro!, me disgustaría profundamente que uno de mis deudos la eligiese por esposa. ¡Cuánto me alegro —agregó, riéndose—, que tú, mi guapo sobrino, tengas ya preso y bien preso tu corazón, como hace poco me lo dijiste! Si no fuera así, viviría intranquila, porque no cabe duda de que la ahijada de tu administrador es deliciosa, con esos ojazos que perderían a un santo... Y basta ya de charlar. ¡Qué de años que no me acuesto tan tarde! Serías capaz de hacerme faltar a la misa de las seis de la mañana, lo que te importaría poco, porque en ese famoso París del que vienes, nadie, según dicen, cree en nada.

Lorenzo se rió al oír esa salida de su tía, que conservaba el buen humor de la juventud, y, dándole un beso, replicó:

—Ya verá, Tita, que soy más piadoso que usted, y así tendrá mejor opinión de los parisienses, y también querrá a las parisienses cuando, después de mi matrimonio, le traiga a Elena, a la que ninguna otra mujer puede compararsele.

Lorenzo se expresaba así sinceramente, y, sin embargo, apenas se halló solo y entregado a sus propios pensamientos, en vez de pensar en Elena, se repitió la historia de Delia y experimentó un enternecimiento vago que se le antojó motivado por un sentimiento de compasión hacia ella. Para poner término a ese estado de su ánimo, que juzgó al fin ridículo, miró el retrato de su novia y lo llevó a los labios, como si comprendiera que necesitaba del

auxilio de un ángel bueno en víspera de un peligro.

Poco a poco, sintióse de nuevo invadido por pensamientos de desconsuelo y amargura. Contempló un instante, apoyado a la baranda del balcón de la galería central, la hermosa noche de estío, noche equinoccial. Millares de estrellas irradiaban en el firmamento. La luna esparcía su claridad pálida y suave por toda la casa sin lumbre y silenciosa. Permaneció insensible al encanto del cielo ecuatoriano y sus ojos miraron con fastidio el continuo y fatigante vuelo de los murciélagos que se perseguían en el patio. Su tristeza creció al oír, en un árbol del jardín, detrás del edificio, el misterioso y lúgubre graznido de una lechuza. Tendióse en la hamaca, colgada en medio de su dormitorio, sin otra luz que la de los rayos del astro nocturno. El cansancio le rindió y cerró los ojos, pero fué para soñar que era un naufrago arrojado por la tempestad a una orilla, hospitalaria sin duda, pero de la que no sabía cuándo se alejaría.

En su pesadilla, el suelo natal le parecía un lugar de destierro y era la tierra extranjera la que consideraba como su verdadera patria...

## V

En el profundo silencio de la noche vibraron los aldabazos con que golpeaban la puerta del zaguán y propagaron un eco lúgubre hasta el aposento donde descansaba Lorenzo. De sobresalto irguióse e inquieto abrió los oídos. ¿Quién llamaba en esa hora tardía? ¿Qué nueva desgracia le amenazaba? Los golpes vibraron más recios. Serenándose, se apresuró a bajar y abrir, temiendo que su tía despertara.

Era un vecino, antiguo amigo de su familia, que venía a implorar su auxilio. En la casa contigua un anciano agonizaba, desahuciado por los médicos. Iba a morir en breve seguramente, pero sus hijos, al saber que Lorenzo era médico, se aferraban a la última esperanza de que los conocimientos científicos recientemente adquiridos por él en París operasen un milagro. Lorenzo, sin vacilar acompañó al vecino, imponiendo silencio a las frases de agradecimiento.

La calle estaba desierta. Reinaba un profundo silencio. Subió a la casa del moribundo y fué introducido en un cuarto oscuro, donde, en medio de un grupo de mujeres prosternadas, se erguía un fraile franciscano que las confortaba, y pasó al dormitorio. En redor del lecho del agonizante los hijos le estrecharon la mano, y el médico de cabecera, en breves palabras, le enteró de la enfermedad del anciano, que conservaba completa lucidez de espíritu, pero cuya agita-

ción era excesiva. Le bastó mirar el semblante amarillo, que reflejaba la extrema caquexia, y luego el aniquilado cuerpo, para comprender el mal que le roía irremediabilmente. Practicó un examen rápido para evitar al paciente mayor suplicio. El pulso latía fugaz y la lengua, trabada, articulaba penosamente las respuestas a las preguntas de Lorenzo. La ciencia estaba vencida. Sólo podía aconsejar que se respetaran los últimos momentos de ese mortal sin atormentarle más.

Los hijos no apartaban los ojos del rostro del médico parisiense, ansiando una mirada que les infundiese ánimo. Cruel postura en la que se hallaba Lorenzo, cuyo pecho oprimían los tristes recuerdos de otros adioses eternos. Se alejó balbuciendo palabras de consuelo y, al atravesar la pieza donde lloraban silenciosamente las hijas, la mayor de ellas se alzó, suplicándole la verdad. ¡Oh, indecible minuto de angustiosa perplejidad! Algo dijo en lo que aquella infeliz, que no se resolvía a perder la última esperanza, oyó el eco de su corazón, porque exclamó:

—¡Sí, Dios mío; tu misericordia inspirará a la ciencia!

Profundamente conmovido regresó Lorenzo a su casa, y, sin desnudarse, volvió a tenderse en la hamaca. El cansancio físico y moral le aletargó, mas no fué su sueño benéfico ni reparador. En sus continuas pesadillas se erguían semblantes difuntos y se reme-

moraba la cruel despedida en París, la noche que, en la estación, acompañábanle sus mejores amigos y, entre ellos, Jorge de Latour, el hermano de Elena. Éste le dijo:

—¡Valor! Pronto regreso. La mejor parte de mi corazón va contigo.

Y esas palabras creía ahora oirlas de labios de su novia, y Elena, por una aberración mental, surgía en el sueño con las facciones de Delia...

Rayaba el alba y despertó a Lorenzo el eco de una música distante, el toque de diana en el cuartel de artillería, situado cuatro manzanas detrás de su casa. El viento del mar, cuyo brazo se extiende formando el Estero Salado en las afueras de la ciudad, al pie del Cerro Azul, le traía los armoniosos acentos militares claramente percibidos.

Al levantarse de la hamaca, exhaló un gemido. Experimentaba las agujetas con que castiga ese lecho, blando y delicioso para quien acostumbra a dormir en él en los países tropicales, pero traidor al que por primera vez busca descanso en sus pliegues. El padecimiento físico despertó el sufrimiento moral. Y fué el despertar febril de un día en cuya víspera ocurrieron acontecimientos transcendentales y en el que la memoria se despoja lentamente de las tinieblas para dar campo a ideas tristes, a crueles reminiscencias que penetran por las puertas abiertas del intelecto.

Cesó la música militar e hirieron los oídos de

Lorenzo las lamentaciones exhaladas en la casa contigua. La escena lúgubre de la noche anterior pasó ante sus ojos. El moribundo gozaba ya de paz eterna.

—¡Ah! Fué la muerte—gimió Lorenzo—, que me obligó a volver al suelo de mi cuna; la imagen de la muerte se presentó a mi vista, al llegar a la patria, en aquella isla desierta; su recuerdo me angustió al contemplar las ruinas de la casa paterna, en el Malecón, donde fallecieron mis hermanitos; vino la muerte a golpear a mi puerta la misma noche de mi llegada y es ella también que se yergue para saludarme en la primera aurora del cielo natal. ¿Será acaso esto un presagio de nuevas desgracias?

Se dirigió hacia el balcón y abrió la ventanilla de una persiana. El aire fresco de la mañana acarició su rostro. Miró la calle de Pichincha, sintiendo despertarse impresiones del pasado sumidas en su cerebro hacía veinte años. Reconoció algunos almacenes y edificios, la Intendencia de Policía principalmente, y, poco a poco, perdió la noción del tiempo transcurrido, imaginándose que no se había alejado de esa su casa en la que vivió durante los últimos meses de su estancia en Guayaquil. Recorrió en seguida las diferentes piezas de su morada, agolpándose en su mente los recuerdos gratos o tristes. Se dirigió hacia el cuarto de su abuelita, vacío ahora, que su memoria reconstituyó tal como lo vió amueblado. Recordó el sitio donde colgaba la hamaca en la que su mamacita, arrullándolo en su regazo, le prodigaba

caricias y le narraba tan divertidos cuentos, los milagros de sus santos preferidos, de San Antonio de Padua especialmente, y los episodios más culminantes de la historia patria.

—¡Tierna y adorada mamacita!—exclamó con lágrimas en los ojos—, en mi corazón tienes tú siempre un rincón que es sólo tuyo, del que nada podrá desalojarte, ni cariños nuevos, ni grandes sufrimientos.

Cerró los labios al oír la voz de su tía, que regresaba de la iglesia y golpeaba a la puerta de su dormitorio, llamándole. Se dejó ver.

—¿De dónde sales, cholito? le preguntó.

Acostumbraba la excelente Tita a prodigarle tiernos diminutivos chistosos: *cholito*, *chinito*, *negrito*, cuando no lo llamaba *hijo de mi alma* o *monito*.

—Realizaba un piadoso peregrinaje—le contestó Lorenzo—en el aposento de mi abuelita, donde evocaba inolvidables días de puros goces.

—¡Vaya! Apunto una buena nota a tu diabólico París, que atrae, fascina y no suelta sus presas. No te endureció demasiado el corazón. Tu abuela te quiso mucho, pero más que yo no es posible. Puedo así esperar que, después de mi muerte, no me echarás en olvido, aunque no cuente con tus oraciones por mi alma, impío.

—Usted será, querida Tita, la que rece por la mía—replicó Lorenzo, riéndose—, porque fresca, sana y hermosa como la veo, a pesar de sus cabellos blancos, vende más salud que yo y vivirá más largo.

—Tu lisonja es un disparate, negrito, y nuestra charla no lo es menos, ya que el desayuno se enfría y te estarás muriendo de hambre. Las emociones ahondan el estómago.

—Y las devociones demasiado matutinas igualmente.

Al oír esta réplica, Tita tomó en ambas manos la cabeza de su sobrino y le imprimió en cada mejilla un buen beso. Llevándolo en seguida a su brazo, se dirigió risueña hacia el comedor.

## VI

Unos días habían transcurrido desde la llegada de Lorenzo. La serenidad reinaba en su espíritu. Elena ocupaba de nuevo el lugar preferente en su pensamiento. No había vuelto a ver a Delia desde que se separó de ella en el vapor y, aunque deseoso de cumplir con la obligación de visitar a la esposa enferma de su administrador, que había regresado a Almacigal, la difería de día en día con el pretexto del cansancio que sus labores le causaban y el del calor que le agobiaba aun después de la puesta del sol. Habitaba, además, la Sra. Doral una casa bastante lejos, en el barrio de las Peñas.

A pesar del placer que la compañía de Tita le causaba, Lorenzó prefería la soledad para dar rienda suelta a sus pensamientos, por mucho que éstos exacerbaban su nostalgia. Pasaba largas horas escribiendo a Lila y a Elena. Las hojas escritas se amontonaban sobre su mesa en la espera del correo hebdomadario que las llevaría a Francia.

Un domingo por la mañana resolvió ir, acompañado de su primo Ulbio, a remover recuerdos en la casa que poseía sobre el Guayas, al pie del cerro de Santa Ana. Subieron al imperial del tranvía que recorre el Malecón y el alegre movimiento del puerto le cautivó una vez más. ¡Qué corto le pareció así el trayecto al bajar en la estación de Ciudad Vieja, cerca de la aduana, frente a la iglesia de la Concep-

ción, detrás de la cual se erguía la de Santo Domingo, único templo construido en piedra en la época de la dominación española! Los dos primos entraron en éste a oír misa, que amenizaba la banda de un regimiento, lo que motivaba la concurrencia de damas guapas y elegantes al par que la de varones, melómanos y enamorados.

Sin formar corro, al terminarse el oficio divino, para contemplar a hermosas compatriotas, Lorenzo y Ulbio subieron por el camino de la Planchada y siguieron por la única calle de las Peñas. Las risueñas casas se presentaban allí en dos hileras, una de éstas apoyada a la falda del cerro, la otra a orilla del río. Pasaban así bajo los balcones de las primeras y a lo largo de preciosos jardines que, en un plano inclinado, van a unirse a las casas que bañan sus pilares en el Guayas y cuyas verjas no los ocultaban a las miradas de los transeúntes, como si se ufanasen los dueños en exhibirles la esplendidez de la flora tropical.

La casa contigua a la de Lorenzo, y que la precedía en la calle no muy larga que concluye en la fábrica de cerveza, pertenecía a un inglés. Este había reunido en su bellísimo jardín una diversidad de plantas raras y gran número de animales domésticos: pavos reales que desplegaban las múltiples gemas de su abanico caudal; gallos arrogantes lanzando notas sonoras cerca de tímidas tortugas; jaspeadas aves rodeadas por sus polluelos; cisnes blancos, bañándose en una pila y *cuyes* que roían cáscaras en

un rincón. Un perro danés, fuera de su nicho, dormitaba, arrullado por el quejido de las tórtolas, a la vista de una gatita negra lamiéndose al pie de la escalera. Entre las plantas del balcón, un mico atado a una columna hacía muecas y un loro charlaba debajo de la jaula de los canarios. En la casa sonaban las voces y las risas de los chiquillos.

—Apuesto—dijo Ulbio— que tu salada tía Doloreš llamaría este delicioso *cottage* el arca de Noé.

—Pero el Noé de esta arca—replicó Lorenzo— se me figura que es un mortal feliz que sabe vivir cómodamente. Debe ser un hombre práctico.

— ¡Claro! Es un inglés—opinó aquél.

Tristísima fué la impresión que experimentó el doctor Gilda al ver el contraste que presentaba su casa con la que acababa de admirar. Era una ruina. El jardín casi no existía, invadido por las hierbas y las zarzas. Unos pocos árboles viejos agonizaban, ahogados por las plantas parásitas.

—Y este jardín era antes, ¿lo recuerdas, Ulbio? —suspiró Lorenzo—, un verdadero edén. La flora tropical ostentaba aquí, veinte años ha, toda la escala de sus infinitas variedades, que mi padre cultivaba con tanto esmero y cariño.

Bajaron por la escalera de piedra que conducía a la casa, bajo una enramada de jazmines de España, no muy deteriorada, a través de la cual llovían las manchas de sol.

—He aquí—prosiguió Lorenzo—el sitio donde

un árbol nos brindaba tan hermosos higos, y allá, mira el lamentable aspecto del *pechiche*, a cuya sombra jugamos tantas veces tú y yo, admirando sus frutas, que de verdes tornábanse rojas y luego negras antes de ser desprendidas para procurarnos tan rico dulce. En redor suyo cosechábamos fragantes cerezas, los *guabos*, que colgaban de las ramas como sierpes, las doradas papayas, ciruelas y badeas. De éstas hacíamos los refrescos de nuestras meriendas y nos deleitaban al par que el agua de los cocos de las palmas, que desaparecieron víctimas del gusano o del rayo. En ninguna parte experimenté, como en este jardín, la alegría de vivir. Fué el paraíso de mi infancia, en el que se me antojaba que yo era el soberano de un reino cuyos súbditos dóciles, pájaros y plantas, apresurados por complacerme, gorjeaban sus más dulces cantos o inclinaban sus ramas con un suave murmullo, saludándome a mi paso y ofrendándome sus flores y sus frutas. Sólo una cigarra invisible se burlaba de mi soberanía, lanzando su desafinado chillido en el concierto armonioso de los seres y de los vegetales. Nada queda de las deliciosas plantas que brotaban rosas, dalias, claveles, azucenas, ni de la numerosa familia de los jazmines, cuya reina era la embriagante gardenia. Algunos aromos, suches y resedas, es todo lo que subsiste entre estas ruinas. Y en el balcón de la casa ya no cuelga de las columnas la guirnalda de vistosas flores.

Penetraron en el edificio, donde los sucesivos in-

quilinos, con su incuria, aceleraron la obra funesta del tiempo. Levantada sobre pilotes, la casa, cuando el río se retiraba, gozaba de un gran espacio de playa en su frente; en la creciente, el Guayas penetraba debajo de la parte correspondiente a la ancha galería del primer piso y formaba una piscina de veinticinco metros de largo por diez de ancho, con una profundidad de tres metros, separada, por otros dos, la superficie del agua del piso entresuelo, desde cuyo balcón Lorenzo se zambullía en la hora del baño. Los días de fuerte marea el río subía hasta el jardín y la casa tornábase una isla, unida a la tierra sólo por la escalera de madera, que parecía un puente. Cerraba la piscina una verja cuya puerta se abría para dar paso al bote que llevaba a la ciudad o traía a los huéspedes. Lorenzo recordó que, habiendo quedado abierta una noche, a la mañana siguiente hallaron allí preso a un lagarto, y fué tal su susto que renunció al placer del baño por muchos días.

Los dos primos llegaron a la galería alta. Allí disfrutaba la vista del bellissimo panorama del río, del puerto y de los montes. Se disponían a abrir una persiana para deleitarse en el paisaje cuando oyeron voces y risas femeniles que se elevaban del agua. Abrieron sólo dos ventanillas y les sorprendió, cautivándoles, el espectáculo que miraron.

Alegres muchachas se recreaban en el baño y, sueltos, los cabellos negros flotaban. Tan pronto, al nadar y perseguirse, echándose agua, descubrían los bien

torneados brazos y la tersura del busto, como rápidamente emergía y desaparecía un pequeño pie blanco. Creíanse al abrigo de las miradas indiscretas porque sabían deshabitada la casa de Lorenzo.

—¡Qué lindo cuadro de ninfas en el baño! exclamó Ulbio al oído de su primo.

Este no le contestó. Una ola de sangre ardía en su rostro. Le palpitaba recio el corazón. Una de las doncellas turbulentas acababa de alzar casualmente la frente y dejaba admirar su resplandeciente belleza. Los ojos de Lorenzo recibieron el rayo de una mirada que le estremeció.

La presencia de ambos primos se advirtió y las náyades se eclipsaron. Las oyeron durante algunos instantes reirse bajo la casa contigua, sin volver a verlas. Mientras desaparecían, Ulbio, manifestando sorpresa, dijo:

—No me engaño. Era Delia la reina de esas ondinas. ¡Qué lástima que hayamos ocasionado su fuga! No hay muchacha más guapa en el barrio de las Peñas y es una de las más encantadoras de toda la ciudad. Jamás vi ojos tan hechiceros.

Al notar que su primo guardaba silencio, agregó:

—Pero, ¡tú la conoces! Es la ahijada de tu administrador, de D. Miguel Doral. Con ella viniste desde Puná.

—Es verdad—contestó Lorenzo, que dominó su emoción—. A mí también me pareció guapa; su belleza es rara, arrobadora.

—Sabes que la llamamos, entre jóvenes, la Esfinge. Con sus ojos al par inocentes y profundos, vivos como las estrellas o tétricamente soñadores, y con esos labios cuya sonrisa amable se vuelve a menudo irónica y desdeñosa, ¿quién puede adivinar los pensamientos que mueve en su preciosa frente? Es inteligente y revela fuerza de voluntad. Creo, por mi parte, que su ensueño se limita al de todas las de su edad. Puede resumirse en una palabra: amor.

—¿Ama a alguien?—preguntó inquieto Lorenzo.

—Lo ignoro. Debe anhelar que se le presente un buen partido; pero lo busca demasiado arriba, lo que, dada su condición, es temerario. Sin embargo, no me sorprendería, tan nerviosa y sentimental la juzgo, que el día que se enamore de verdad se salga con la suya. Aunque no medie el himeneo, su triunfador será feliz.

—¿Cómo puedes expresarte de ese modo?—clamó Lorenzo disgustado.

—¡Bah!, el amor se ríe de las consideraciones. Dígallo, si no, la hermosa madre de Delia. Y si es cierto que la sangre se hereda...

—Delia es virtuosa y digna de respeto. No hay nada en ella por donde la calumnia pueda hincar el diente, bien lo sabes—replicó severamente Lorenzo—. Nadie es responsable de los pecados ajenos.

—¡Qué duda cabe! Empero, oí hablar de las consecuencias del atavismo. ¿Qué piensas de eso, querido doctor?

—Jamás generalizo, ni saco deducciones exageradas, de propósito deliberado, de las teorías científicas. Sería eso absurdo. Si el atavismo resulta una de las fuerzas de la máquina humana, la educación, más poderosa, superior de consiguiente a aquélla, restablece el equilibrio y hace inclinar la balanza del buen lado, sobre todo cuando se refleja en excelentes ejemplos, como los que recibió la señorita Love al lado de su madrina. Podemos compadecer a Delia, pero no incriminarla por la conducta de su madre, a la que moralmente en nada se parecerá nunca.

—Convengo en ello; mas, si tu corazón estuviera libre y amases a Delia, ¿la elegirías por esposa?

—Tal vez vacilaría.

—Ya lo ves.

—No, como lo imaginas, porque no me inspire absoluta confianza su virtud, ni tampoco por prejuicio de casta, lo que suele ser una tontería. Su deslumbrante belleza, que atrae las miradas perversas, me alejaría, dado mi carácter impresionable y nervioso, semejante al suyo, según tú mismo me dices. Nuestros temperamentos, por ser idénticos, en este caso no se armonizarían y labraríamos mutuamente nuestra desdicha, aunque tal vez amándonos ciegamente.

—Eres un sentimental, querido primo. Ten cuidado, *prends garde à toi*, como dice, en tu francés, la canción de la *Carmen*. Desconfía de tu espíritu melancólico. La tristeza y el tedio son lazos que nos tiende el amor, y, mientras más se empeña uno en

huirle, más pronto se apodera de nuestro corazón. Tu calurosa defensa de la hermosa Delia me parece un pródromo inquietante, si me atrevo a expresarme en tu lenguaje científico.

—¡Qué disparate! Quien tenga el corazón en su sitio se expresaría de igual modo. No ignoras, además, lo mucho que amo a Elena.

Lorenzo sentía la necesidad de evocar la imagen de su novia en las horas de agitación de su alma, de verla erguirse como el arco iris durante la tempestad. Su nombre era el rocío benéfico que refrescaba su cerebro, el bálsamo que apaciguaba los latidos de su pecho.

—Tampoco ignoro el proverbio: «Lejos de los ojos, cerca de... otro corazón.» Me alegraré de que no pueda aplicársete - le disparó el malévolo primo que alardeaba, a los veintiocho años de edad, de conocer la vida sin abrigar ilusiones. En realidad, por su espíritu sarcástico, sus facciones desdichadas, su pequeño cuerpo repleto, causaba antipatía a las mujeres, especialmente a Delia, cuya aversión adivinaba. Lorenzo no hubiera encontrado a nadie más a propósito que Ulbio para formar contraste a su lado.

—Me afliges profundamente - decía a éste cuando llegaba una chiquilla mulata, que, en lenguaje medio negro y medio castellano, tímidamente, recitó la frase que aprendió de memoria:

—Mi señorita me manda que salude a los caballeros y les ruegue que le den el gusto de almorzar con ella.

—Y ¿cómo se llama tu señorita?—interrogó Lorenzo, sorprendido y divertido.

—Es la señorita Doral.

—¡Vaya!, conquese esa señorita es la señora Doral—dijo riéndose Lorenzo, poco familiarizado con el habla lisonjera de los sirvientes en América como en España.

—Acepta la invitación—le insinuó en voz baja Ulbio—. Es tanto más amable cuanto que has cometido la falta de no visitarla aún.

Lorenzo reflexionó un instante, deseoso de hallar una excusa. El temor de pasar por descortés y la mirada burlona de Ulbio dictaron su aceptación. Contestó a la mulatita:

—Di a tu señorita que con mucho gusto aceptamos.

La intimidad que había reinado entre las familias Cilda y Doral autorizaba esa invitación imprevista, pero conforme a las costumbres de un país muy hospitalario. Aunque Lorenzo no se había presentado en su casa, la señora Doral no titubeó en convidarle a su mesa, apenas Delia le enteró de la presencia de los dos primos en la villa situada al pie de la suya. El luto del joven médico y sus ocupaciones excusaban hasta cierto punto su descortesía. Y luego, ¿acaso no era Lorenzo el dueño de las fincas que administraba su marido? ¿Qué mejor ocasión para satisfacer al fin su curiosidad de conocerle y para manifestarle su amistad sincera?

## VII

A las doce del día presentáronse ambos primos en la casa que la señora Doral habitaba en la parte alta de las Peñas y, al subir a ella, Ulbio dijo a Lorenzo:

—¡Sonó la hora del destino! Pasaste el Rubicón. Viniste, viste y...

—Y me fuí, sencillamente.

—¿Quién sabe? Serás tal vez el Edipo de esta Esfinge.

La señora Doral se hallaba sola, al recibirlos. En la sala, modestamente amueblada, pendían, grandes y pequeñas, las indispensables hamacas.

—Dispéñeme mi inopinada invitación—, dijo a Lorenzo, estrechándole la mano—. Tal vez le haya sorprendido. Intima amiga de vuestra madre, os vi nacer, y así me parece que sois un miembro de mi familia. ¡Anhelaba tanto volver a veros! Mi marido no se cansa de elogiaros. Contemplo en vuestras facciones las de mi buen amigo tan llorado y sé que sois moralmente el espejo de vuestros excelentes padres.

—Don Miguel honra con excesiva indulgencia al hijo de su antiguo amigo. Me confunde tanta bondad y deploro no haberme hecho acreedor a la vuestra.

—No os excuséis, Lorenzo—le contestó, tratán-

dole familiarmente, como cuando era un niño—. Vuestra aflicción y vuestras preocupaciones son los únicos motivos que me privaron hasta hoy del placer de vuestra presencia.

Durante esa conversación la bondadosa dama apretó amistosamente la mano de Ulbio.

La señora Doral, cincuentona, de pequeña estatura y obesa, ostentaba en contorno de su frente estrecha los más hermosos cabellos negros que pudieran verse. Teñirlos era una de sus debilidades. Sus rasgos finos presentaban el aspecto pálido de las personas que padecen un reuma crónico. Se reflejaba la bondad del alma en sus ojos grises, de mirada franca, y en la dulce sonrisa de sus labios descoloridos. Era, moralmente, una bellísima matrona embebecida en el culto fanático que profesaba a Simón Bolívar, el Libertador, al que llamaba el Dios de América. Hablaba de él a troche y moche, deslizando su nombre o su elogio en las conversaciones en que menos venía al caso. Ningún detalle de su vida, ninguna anécdota ignoraba. Se sabía de memoria sus inmortales hechos y los nombres de sus compañeros de armas, y no perdía ocasión de suspirar por el redentor de cinco naciones. Dejaba correr sus lágrimas al recordar la ingratitud de que fué víctima, en los últimos días de su existencia, el varón heroico y genial. Había retratos de Bolívar en todas las piezas de su casa de las Peñas y de la de Almacigal. La sala donde recibía a los dos primos ostentaba,

pegado a la pared, un grabado representando la admirable ascensión del Pisba y el paso por el terrible ventisquero antes de la célebre batalla de Boyacá.

La manía de la señora Doral era algo ridícula, latosa a veces, pero inofensiva. Reíanse de ella algunos; sin embargo, como todos la querían y apreciaban, se complacían en darle cuerda para que abordase su tema favorito. Su delirio no tuvo límites el día que el gobierno de Venezuela la condecoró con la medalla del busto del Libertador por haber enviado a una exposición, que se verificó en Caracas, algunos objetos que pertenecieron a Bolívar. En su júbilo, convidó a sus relaciones a una velada en la que fueron recitadas las poesías más líricas a la gloria de su ídolo, entre las cuales declamó ella misma fragmentos de la oda de Olmedo a la Victoria de Junín. Delia cantó un himno, escrito para esa solemnidad, que su madrina obligó a sus invitados a escuchar de pie, no sin exclamar:—Deberíamos oirlo de hinojos.

El Sr. Doral, varón de poca energía, toleraba las extravagancias, a ese respecto, de su querida esposa, aunque bien comprendía que, por lo mismo que la gloria de Bolívar merece los mayores homenajes, hay que abstenerse de manifestaciones ridículas.

Fuera de éstas, la madrina de Delia era la mujer más llana, cuya conversación agradaba, socorrida por una memoria prodigiosa, de lo que Lorenzo se daba cuenta al oirla sacar a colación muchos recuerdos de su familia y sabrosos comentarios acerca de su

permanencia en Almacigal. Principiaba a pedirle datos referentes a París, curiosidad que invariablemente le manifestaban en cada una de las primeras visitas que hacía o recibía, cuando Delia se presentó con la abundante cabellera suelta, húmeda aún por el reciente baño. La leve nube de polvos de arroz le aclaraba la tez, realzando la belleza de sus grandes ojos negros.

Tendió con frialdad la mano a Ulbio, mientras su madrina decía a Lorenzo.

—Es innecesario, ¿verdad?, que le presente a mi hija.

Se complacía en llamarla así para evidenciar cuanto la quería.

Delia, estrechando la mano de Lorenzo, se apresuró a agregar:

—El doctor Cilda me vió pocos instantes, y tantos días transcurrieron desde entonces que, seguramente, mi recuerdo se borró de su memoria.

Lorenzo, al oír esas palabras, dichas con sonriente ingenuidad, y nuevamente turbado por la mirada de tan hermosos ojos, replicó al malicioso reproche:

—Sería un ingrato, señorita, si olvidara la amable acogida que usted me dispensó al ser la confidente de impresiones, dulces y tristes, a mi llegada al suelo patrio.

—Su viva emoción era una de esas que no se contemplan sin ser uno partícipe de ellas.

—Las almas selectas hallan siempre sencillo el

bien que procuran—afirmó Lorenzo, que añadió—: Deseaba reiterarle, en mi primera visita, la expresión de mi gratitud, y he aquí que, por haberla demorado, debo hoy excusarme de una torpeza.

—No comprendo—contestó Delia, sorprendida.

—Ulbio y yo fuimos la causa involuntaria de que se concluyera su baño.

Delia se sonrojó y fué la señora Doral quien contestó:

—Si es ese el pecado, le absuelvo. Su baño, como el de cada mañana, a pesar de mis consejos, iba resultando interminable.

—¡Por Dios, madrina!—protestó la ahijada.

—Comprendo—dijo a su vez Ulbio, con tono malicioso—, que Delia se deleite en el seno del agua, que es el elemento de las sirenas.

—Me gusta el baño—replicó ella picada—porque olvido así un instante el ardor de la temperatura y me procura una diversión con mis amigas, pero me disgustan las alusiones mitológicas por la falsedad que encierran.

Ulbio pareció reírse de buena gana e iba a dar una nueva muestra de su pesado ingenio, pero calló, porque se presentaba una sirvienta a anunciar que el almuerzo estaba servido.

La señora Doral dió el brazo a Lorenzo, y Ulbio que llevó al suyo a Delia, le decía en voz baja al dirigirse al comedor:

—¿Por qué me trata siempre con tanto rigor?

¿Por qué se niega a creer sincero el profundo sentimiento que me inspira ?

—Porque no lo aprecio tan sincero como lo pretende.

—Y ¿qué es lo que se figura ?

—Que busca la ocasión de jactarse de una nueva conquista y nada más.

—Dígame, ¿qué debo hacer para convencerla ?

Delia se encogió de hombros ligeramente y, con una mueca de niña engreída, como para merecer aún más que la llamase la Esfinge, le selló los labios, replicándole:

—Pida usted mi mano a mi madrina y sabrá a qué atenerse.

Sentados a la mesa, la señora Doral dijo a Lorenzo:

—Prepárese a ayunar, mi querido amigo. Aquí no tenemos lo que en París llaman un *cordón bleu*. Le trato sin etiqueta, y, aunque lo hubiera querido, faltó tiempo para variar la lista de platos caseros.

Lorenzo expresó el placer que le causaba verse agasajado, y agregó llanamente:

—Me gusta la cocina guayaquileña y con agrado volví a saborear sus sabrosos platos.

—Sin duda había usted olvidado muchos de ellos, igual que tantas frutas, desconocidas allá, como estos aguacates.

—No tanto cual lo supone usted. Hay en París fondas españolas cuyo arte culinario recuerda el nues-

tro. Las familias americanas conservan también las recetas de algunos manjares predilectos y las cocincras francesas los preparan con habilidad. En cuanto a las frutas tropicales, los finos paladares de la grandiosa capital las anhelan y, por este motivo, se multiplican diariamente las tiendas que, en sus escaparates, exhiben plátanos, mangos, chirimoyas y aguacates, al par que los kakis del Japón, que se asemejan, aunque no tan ricos, a nuestros caujes. Entre esas frutas, su reina, en

*trono piramidal y alta corona,  
la piña ostenta el cetro de Pomona,*

como tan felizmente lo dijo nuestro gran Olmedo.

Durante el almuerzo, Lorenzo, absorto en la belleza de Delia, miraba alternativamente, ya el lunar de la mejilla izquierda, que se le antojaba un pequeño insecto puesto sobre una rosa, ya las manos pequeñas, en cuyos dedos finos no brillaba ninguna sortija, ya las armoniosas proporciones del busto o la gentil sencillez de los ademanes y la dulzura del acento. Todo en ella le parecía adorable. Huía, sin embargo, la mirada de sus ojos negros que siempre le deslumbraba.

Sirvieron en la mesa tamales.

—Apuesto—dijo Delia—que de este plato sí estuvo ayuno usted en París.

—Desengáñese—contestó riéndose Lorenzo—. Hay allá varias mujeres que los alían igual que aquí.

Unas son venezolanas y otras francesas que regresaron de América.

—Por lo visto—replicó Delia—, de ninguna golosina se carece en aquel incomparable París. Y hay tantas que nosotros ignoramos.

Observó que, por segunda vez, Lorenzo había concluído su pedazo de pan, y, por indicación suya, al llevarle otro la sirvienta, aquél manifestó:

—Me avergüenzo de devorar el pan como un francés; ustedes apenas lo prueban.

—Nuestra poca afición a ese alimento depende, tal vez—dijo Ulbio—, de que aquí no lo cuecen como allá.

—El pan—agregó la señora Doral—resulta caro a la gente menesterosa, que se satisface con el plátano, verdadero pan indígena, prodigado por la providencial naturaleza en innúmeras variedades. Plátanos y agua fueron a menudo la única ración de los soldados de Bolívar.

Nadie esperaba oír el nombre del Libertador al hablarse de plátanos. Ulbio contuvo la carcajada y Lorenzo, sin pestañear, se apresuró a elogiar el postre que le servían.

—Esta leche asada con jugo de piña es exquisita, y decía usted, señora, que no tiene buena cocinera. Era calumniarla.

Delia se sonrojó al oír que su madrina contestaba, riéndose:

—Es mi hija quien la hizo.

—Mi ignorancia de éste de sus talentos—replicó Lorenzo, dirigiéndose a Delia—, prueba la sinceridad del elogio.

—Pude apreciar más de una vez—declaró Ulbio, con jactancia—, la habilidad, en este arte, de Delia, que posee todos los talentos.

—No hay gran mérito en ello. Todas mis amigas, igual que yo, saben algo de cocina.

—Sí, pero ninguna la aventaja a usted—agregó Ulbio, que quiso ser galante.

—El mérito consiste—dijo Lorenzo— en que tantas encantadoras compatriotas más se resuelvan a conocer todo aquello que, en artes y oficios, las pondrá a la altura de las más estimables madres de familia.

Terminado el almuerzo, regresaron a la sala, sin que, esta vez, Delia desplegara los labios al oír los suspiros de Ulbio. A ruego de la señora Doral, los dos primos se sentaron en unas hamaquitas y encendieron los cigarros de tabaco de Balzar que les brindó. Las damas prefirieron sillas mecedoras y empezaron a abanicarse con hojas de palmera.

Delia, apoyando la cabeza sobre el espaldar de su asiento, parecía meditar. «¿En qué pensará?», se decía Lorenzo mentalmente.\*

—Delia, ¿nos dará usted el placer de oírla en el piano?—le preguntó Ulbio, inopinadamente.

Era buena pianista y poseía una linda voz de mezzo-

soprano. Lorenzo fué a brindarle el brazo para llevarla al Pleyel, suplicándola:

—Permítame que igualmente le pida ese favor.

Tan dulce sonó su acento a los oídos de Delia que, conmovida, le miró, expresando sus ojos que accedía porque era él quien lo deseaba. Sentada al piano, recorrió el teclado con agilidad, y, sintiendo fija en su semblante la mirada ardiente del doctor Cilda, experimentó una sensación nueva, exquisita. Detúvose un instante, y, silenciosa, buscó en sus cuadernos lo que tocaría y al fin se decidió a ejecutar un nocturno de Chopín; como si hubiera adivinado que era ese el maestro preferido de Lorenzo.

Interpretó el pensamiento melancólico del célebre compositor polaco con soberana maestría y perfecta inteligencia de las modulaciones. Cada frase musical avivaba la sensibilidad de Lorenzo, acreciendo la corriente de simpatía entre Delia y él. Como si obedeciera a su propia inspiración, ella parecía desahogar la tristeza de su alma en un pecho amigo. Las últimas notas vibraron, apagándose como un suspiro lejano.

—Bravo, bravísimo—aplaudió Ulbio con fogoso entusiasmo, sin dar tiempo a que su primo, saliendo de su éxtasis, hablara.

Delia se alzaba para alejarse del piano.

—¡Oh, no tan pronto!—suplicó Lorenzo, tiernamente. Delia, vencida y más dichosa que si le dirigiera una frase encomiástica, volvió a sentarse, oyéndole decir:

—No puedo expresar lo que he experimentado al escuchar a usted. La música de Chopín es la que conmueve más mi alma. Me parecía ahora que, al par, exhalaba mis penas y las consolaba.

—A mí me entristece esa música—declaró la madrina—. A Delia no le gustan las piezas alegres. Prefiere Chopín, Mendelssohn, Schubert. Igual sucede con el canto. Rara vez consiente en dejarnos oír, en Almacigal, habaneras y seguidillas, acompañándose con la guitarra.

—¿También canta usted, señorita?—preguntó Lorenzo, revelando la esperanza de mayor fruición.

—Sólo por distraer a mis padres—contestó, sonriéndose.

—No la creas—protestó Ulbio—. Delia es muy modesta, pero posee un temperamento de artista. Canta como toca, y fué inmenso su buen éxito en el teatro, hace un año, y suyo el laurel entre numerosas rivales que ofrendaban, en óbolo, sus talentos a una obra de beneficencia.

—Tolere usted que sea exigente y la importune—volvió a suplicar Lorenzo.

—Las exageraciones de su primo bastarían para que no me niegue a complacerle. Así perderá usted más pronto sus ilusiones.

Abrió un libro, que colocó en el atril, y su voz se elevó bien timbrada y pura en las notas agudas, conmovedora en el registro medio, arrobadora siempre. Cantaba la romanza antigua, pero que no deja de ser

cautivante: *La stella confidente*, graduando el sentimiento de la melodía con un arte y un gusto impecables. Las confianzas a la estrella creía Lorenzo que se escapaban de sus propios labios. Al terminar el canto, mientras Ulbio aplaudía, se apresuró a decir:

—Es un deleite tan raro escuchar una voz maravillosa, como la de usted, que se está temiendo que cese. Esa melodía, que me ha procurado el gran placer de oír, sonó a mis oídos qué de veces, en Venecia principalmente. Me pareció allí deliciosa, suspirada en el Gran Canal a la luz de la luna. Jamás, ni entonces, créamelo usted, experimenté igual emoción a la de hoy. ¡La expresión que su alma le imprime es tan original! Me ocurre lo que me sucedió cuando, después de haber visto en Italia una copia de la Virgen de Murillo, me hallé frente a esa divina Asunción del genio español en el Museo del Prado.

Delia, profundamente turbada, la mirada al suelo y las mejillas ardientes, escuchaba en silencio.

Sonaron las campanadas de un reloj.

—Las cuatro ya—exclamó Lorenzo, expresando ménos sorpresa que pena.

Al despedirse del ama de la casa, ésta le dijo:

—Espero que nos vuelva a dar el gusto de verle antes de nuestra marcha a Almacigal.

—Le quedo profundamente agradecido de su bondad, que adormeció mi tristeza. Volveré pronto a reiterarle la expresión de mi gratitud. ¿Cuándo se propone ir al campo?

—En la próxima semana. Y usted ¿tardará mucho en resolverse a conocer su hacienda?

—No, señora. Apenas me lo permitan los asuntos pendientes, iré a presenciar los inventarios.

—Procuraremos que su permanencia allá le sea grata.

—La amable compañía de ustedes bastará.

Y Lorenzo agregó, estrechando la mano de Delia, algo más fuerte tal vez de lo necesario:—¿Me permitirá entonces usted, señorita, que la acompañe al piano cuando consienta en que de nuevo la aplauda?

—¡Cómo! Es usted músico y no lo decía. Me vengaré en el campo—exclamó Delia, manifestando alegría.

Ulbio, al despedirse de Delia, le dijo en voz baja:

—Mi primo no se tapó con cera los oídos y escuchó a la sirena.

—¡Qué malo sois!—replicó ella.

—Malo, no; envidioso.

En el camino, al regresar al centro, viendo que Lorenzo callaba, insinuó:

—En tu lugar, preferiría aguardar que regresaran de Almacigal Delia y su madrina antes de ir allá.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es más juicioso huir de un peligro que afrontarlo. Arrastras el ala, querido primo.

—¡Qué pesado eres!

—¿Te enfadas? Luego, tengo razón.

—Perdóname; pero, ¿dónde ves un peligro?

—En la belleza sin par de Delia y en tu sentimentalismo, avivado por la tristeza.

—Cierto es que sus ojos fascinan—confesó el doctor Cilda—. No importa. Sé dominar las locuras del corazón, y aún más, amando a otra.

Ulbio no quedó convencido, pero prefirió no insistir.

Lorenzo regresó a su casa meditabundo. Su tía le obligó a contarle los incidentes del almuerzo, de cuya invitación fué avisada por teléfono.

—Bien sabía yo—exclamó, soltando la carcajada— que la sombra de Bolívar, como la de Bancó en la cena de Macbeth, se erguiría en la mesa de esa buena amiga. Alégrate, negrito, de que su aparición haya sido corta.

Lorenzo se rió a su vez y pasó a su cuarto. Sobre la mesa vió una carta principiada la víspera. Empezó a leerla: « Mi querida Elena: Ni un día, ni una hora, ni un minuto dejo de pensar en usted...»

Se sonrojó al reflexionar que en todo ese día no se había acordado de ella, y, entristecido, llevó a los labios el retrato de Elena, murmurando: «Perdóname. Eres tú, sólo tú, a la que adoro y adoraré siempre...»

## VIII

*Guayaquil, 15 de Noviembre de 1895.*

Querida Lila: Llegué al fin al fértil y radiante suelo que fué la cuna de nuestros padres, donde nací también y que aprendiste a querer sin conocerlo. Viva emoción experimenté al volver a ver, después de veinte años de ausencia, los sitios y los seres, ¡ay, no a todos! que amé en mi infancia y que con tanta dulzura me han acogido.

Hoy parte el primer correo que, desde mi llegada, irá a decirte lo que tu corazón, tan tierno como el mío, adivina fácilmente. Mi cuerpo se mueve aquí; pero, día y noche, mi pensamiento vuela hacia ti, hermanita querida, y hacia Elena, que sois mis ídolos. No tienes celos, ¿verdad?, del culto que profeso a tu buena y querida amiga, puesto que tú misma labraste nuestra dicha. Al crecer la distancia se acercan más los corazones cuyo cariño es sincero y profundo. La ausencia, siempre cruel, tiene algo bueno: revela la intensidad de los afectos. Con el pensamiento, dos seres, que el destino separó, viven en más estrecha unión que si habitaran bajo el mismo techo. Estáis así cerca de mí en todo instante. Con mi alma veo vuestros semblantes gratos más claramente, aun a través de mis lágrimas, que si mis ojos los mirasen.

¿Qué hacéis? Dime que estoy en vuestra mente y en vuestro corazón, como os guardo en mí. ¿Temeríais acaso envejecer si pudiera hacer girar las mane-

cillas del cuadrante del tiempo para que marquen la hora de mi regreso, que sonará, ¡Dios mío!, después de largos meses? La aguardaré con resignación y filosofía en medio de molestias y preocupaciones, entre sufrimientos y temores, en una ciudad donde los cerebros se hallan en ebullición y las pasiones populares se desatan, porque el país experimenta una transformación política radical.

Anhelo volver a vuestro lado y me inculpo de abrigar el vehemente deseo de abandonar de nuevo y tan pronto la tierra natal, apenas vuelvo a pisarla, esta patria hermosa y adorada donde viviría feliz si no hubiera dejado allá mis más preciados bienes: una tumba y vosotras dos, que guardasteis mi corazón.

No me duele haberte obligado a permanecer en París. Los asuntos de la testamentaría me absorben. Iré en breve a Almacigal. No te fuera fácil acompañarme a esa finca por caminos mal trazados. En esta estación del verano hay que cabalgar por ellos durante días enteros. Además, al dejarte cerca de Elena, le dejé mucho de mí mismo y vuestra ternura recíproca me tranquiliza y me consuela.

Di una vuelta por la ciudad, pensando en ti que me pediste te hablara de ella, y también impelido por mi curiosidad, asombrado de contemplar mi cuna más bella y dilatada de lo que me imaginaba. El medio de locomoción más usual es el tranvía. Los hay en todas las calles. En las noches en que brilla la luna, los imperiales circulan atestados de familias que to-

man el fresco. Las señoritas, elegantemente ataviadas, se reúnen allí para charlar y reír y dan tres o cuatro vueltas en los carros urbanos, como en París lo hacemos en coche en la avenida de las Acacias. Los enamorados suben a los imperiales, cuando salen de sus ocupaciones, al declinar el día, y pasan varias veces bajo los balcones donde las niñas de sus ojos se asoman o se disimulan detrás de las persianas.

Fué, pues, en un carrito, para obedecer a la moda, que recorrí las calles, trazadas en línea recta y perpendiculares. Las casas, aunque casi todas de madera (1), demuestran la habilidad de los arquitectos y ostentan, bajo los techos de teja o de zinc acanalado, fachadas originales, reflejando, con sus frescos matices, en la feliz imitación de variados mármoles, el buen gusto de los dueños y el arte de los maestros pintores. Anchos portales, que los rayos de un sol abrasador, como las recias lluvias del invierno, imponen, ofrecen en cada acera cómoda instalación para hermosas tiendas y un agradable paseo cubierto para los transeúntes. En las casas, de dos pisos por lo general, nunca falta un patio central con galerías semejanado claustros. Muchas de ellas —y crece su número cuando uno se aleja del Malecón— tienen por detrás jardines o, cuando menos, palmas y frondosos árboles que brindan sombra.

Por las fotografías que te mando, verás que es con-

---

(1) Hoy las casas son de varios pisos y edificadas con cemento armado. (N. del A.)

siderable el número de hermosos edificios: palacio de la Gobernación, Municipalidad, con la biblioteca pública, templos y conventos, bancos y teatros, asilos y hospicios, colegios y escuelas de artes y oficios. Algunas de ellas te harán conocer los monumentos elevados a nuestros varones inmortales: Bolívar, Olmedo, Rocafuerte, o los sitios de recreo como el Estero Salado y el parque Seminario, adonde acuden por la noche, a oír la música de la banda militar, las familias de la alta sociedad y la juventud dorada a enamorar entre fragancias de rosas y claveles, antes de ir a algún centro de reunión, como el Club de la Unión, en cuyos elegantes y lujosos salones se improvisan amenas veladas o se celebran, con bailes y banquetes, las fechas magnas de la historia patria.

Un día dirigí mis pasos hacia el Manicomio y, desde allí, al Panteón, para orar ante la tumba de mi idolatrada abuelita, que tanto me quiso y me mimó. No me hubiera alejado de Guayaquil sin cumplir con ese piadoso deber.

Mi luto me impide concurrir a tertulias y fiestas. Nada puedo decirte por ese motivo acerca de los placeres de la sociedad. Los compatriotas con quienes cultivo relaciones de amistad son tan amables que, generalizando, supongo que todos son iguales. Persuádete que no son menos laboriosos y activos. No hay quien no se ocupe en algo, principalmente en el comercio, cuya importancia es considerable. Aún aquellos que pertenecen a la alta clase y se enorgulle-

con de su genealogía, que desciende en línea recta de los conquistadores, no creen desmerecer como comerciantes, lo que es digno de encomio. Los comerciantes de nacionalidad europea abundan y los carteles de sus almacenes indican a veces su nacionalidad: «La Opera», «La Villa de París»; hay algunos que engañan. «La Mascota», «Olympia», no pertenecen a súbditos franceses, como pudiera creerse. Si no me equivoco, las simpatías por los hijos de Francia dominan aquí. París es la ciudad cuyas modas e innovaciones copian con preferencia mis compatriotas. Nuestro gran poeta Olmedo decía ya, hace sesenta años, cuando desde esa capital escribía a su buen amigo Bello: «Como este clima, estas costumbres, esta lengua me son menos desagradables que cualesquiera otros que no sean los míos, me he dejado ir sin apresurar mi regreso...»

¿Qué más quieres que te cuente, querida Lila? Aleja de tus preocupaciones el temor de que me enferme. El clima aquí no es tan malsano como pretenden en Europa; lo comprueba el gran número de extranjeros radicados a orillas del Guayas. El calor, por fuerte que sea, se soporta, en verano principalmente, y agobia menos que el de París durante los meses de julio y agosto. La brisa del mar refresca la temperatura...

Recibe mil besos de tu hermano

LORENZO.

## IX

Las actuaciones judiciales, que, tras los inventarios, debían confiar a Lorenzo la administración de sus bienes con la tutela de su hermana, seguían su marcha habitual, lenta y fastidiosa. Pasaba las veladas en la compañía de Tita y se acostaba temprano. Una noche se decidió a ir a la casa de la señora Doral para hacer lo que vulgarmente llaman en Francia la visita de digestión. Habían transcurrido seis días, desde que fué invitado a almorzar por ella. No había vuelto a las Peñas, deseando que se amortiguara la impresión experimentada aquella tarde cerca de Delia. A las nueve llegó al pie del cerro. La esposa de su administrador padecía un nuevo acceso de reuma que retrasaba su marcha a Almacigal y no pudo recibirle. Delia excusó a su madrina, que guardaba cama y, en ese momento, dormía. Acortó él la visita por discreción y se despidió, después de haber brindado sus servicios profesionales, llevando en el alma la alegría de la contemplación de la hermosura de Delia y el sentimiento de que hubiera sido breve.

El día siguiente volvió, por la noche, a saber cómo seguía la enferma, que, esta vez, le hizo pasar a su dormitorio y le confió el restablecimiento de su salud.

Cada noche, apenas cenaba, se dirigía hacia las Peñas, de donde regresaba radiante, si vió a Delia y estrechó su mano, o melancólico e inquieto, cuando

ella no parecía. Lorenzo dudaba entonces de que fuera cierta la jaqueca que la madrina invocaba para excusarla de su ausencia.—En resumidas cuentas, ¿qué me importa?—murmuraba, mintiéndose a sí mismo. En su despecho, hasta se proponía no volver a esa casa de las Peñas en cuanto se curase la enferma, y una fuerza irresistible guiaba sus pasos hacia aquel barrio aun durante el día. Iba allí acompañado de un arquitecto o de un jardinero, con el pretexto de estudiar el plano de reedificación de su villa y de plantar nuevos árboles en el jardín; en realidad, con el secreto anhelo de mirar a hurtadillas, aunque sólo fuese un instante, el hermoso rostro de Delia. Era, casi siempre, en vano. No lograba verla sino cuando la sorprendía al regresar ella de una visita o al hallarse en compañía de sus amigas, cogiendo flores. Tenía que contentarse con un saludo o con breves frases de pura cortesía. En sus oídos guardaba, sin embargo, el resto del día, el eco de la voz de Delia y, en las pupilas, la luz de sus ojos.

La cortina, en el balcón de la casa de los Doral, no se movía nunca si Lorenzo se hallaba en las inmediaciones. Sólo veía asomarse a la sirvientita mulata, Concha, que le sonreía. Menos afligiérase de no mirar a la que sus ojos ansiaban si sospechara que, detrás de la ventanilla de una de las dos persianas colocadas en las extremidades del balcón, la que hacía frente al cuarto de Delia, unos grandes ojos negros, esos luminosos ojos que le conmovían tanto, le contemplaban ocultamente, cautivados a su vez, y que, suspirando,

ella procuraba adivinar los pensamientos secretos de la hermosa frente varonil.

Delia oía en su pecho una voz que le aconsejaba permanecer oculta. No ignoraba que la conducta de su madre la perjudicaba, y temía que Lorenzo pudiera ser igual a más de un joven que, después de requebrarla, se alejó derrotado por la altivez de su virtud. Ulbio no fué el único que la obligó a ser cauta. ¿De qué le serviría alimentar el amor que presentía naciente en el corazón de Lorenzo? Este, aunque mereciera más estimación que otros que la requebraron, era, de casta superior a la de ella. A todo trance debía evitar que la maledicencia la zahiriese con injustos comentarios.

Los obstáculos con que tropezaba para satisfacer su vivo deseo de verla y oírla, avivaban la llama que prendía en el pecho de Lorenzo. Quizás, en la diaria contemplación de la belleza de Delia, calmándose la impaciencia de admirarla, no se desarrollara con tanta vehemencia el sentimiento que se apoderaba de su alma. Inconscientemente ella, aun más que si hubiera procedido como una coqueta, enardecía, con su juicioso comportamiento, y rendía ese corazón dolorido.

La señora Doral se restableció y Lorenzo careció de motivo para presentarse en su casa diariamente. Precicado a postergar la próxima visita que le haría, resolvió permanecer en su cuarto cada noche. El día siguiente, terminada la cena, sintióse nervioso, impaciente. El imperioso deseo de ir a la calle le con-

venció de que necesitaba moverse, andar, en provecho de su salud. Vaciló, luchó contra la violenta auto-sugestión y, enérgico, exclamó repetidas veces:—No saldré.—¡Vanos esfuerzos! Poco después estaba fuera, resuelto, eso sí, a seguir su camino en dirección opuesta a la del barrio de las Peñas. Dió una gran vuelta y acabó por llegar al pic de la casa de Delia. Y acaeció igual cada noche. Invariablemente, a las nueve, pasaba a lo largo de los jardines del pintoresco cerro. Andaba con paso leve para ahogar el ruido de sus pisadas, sin detenerse. Temía que algún vecino le hostigase con su charla y que su diario paseo nocturno fuese mal interpretado y ofendiese a Delia. No pudo evitar, sin embargo, que alguna vez le atajasen el paso, preguntándole:

—¿Qué hace por aquí a estas horas, doctor Cilda!

—Andando para lograr dormir—contestaba con sorda irritación—. El ejercicio es indispensable a la salud. Dejarse de tranvías. La receta es buena y el medicamento barato.

Se alejaba en seguida, renegando de los importunos, receloso de que algunos siguiesen su consejo y le pisaran los talones.

Una noche, Ulbio, que se enteró tarde de la enfermedad de la señora Doral, se dirigió hacia las Peñas y, allí, en la única calle, se cruzó con su primo.

—¡Qué agradable sorpresa!—exclamó con una sonrisa burlona—. ¿Habrás visitado a la esposa de tu administrador?

—No, Estoy paseando—contestó Lorenzo de mal humor.

—Te paseas lejos del centro. Y, ¿será con frecuencia?—preguntó Ulbio, irónico.

—Cuando me place.

La conversación carecía de amenidad. Inopinadamente, míster Bird, el dueño del precioso *cottage* contiguo a la villa de Lorenzo, salió de la obscuridad de su jardín y acercóse a ambos diciendo:

—*How do you do?*—Y, en un lenguaje medio gringo y medio castellano, agregó, volviéndose hacia Lorenzo:—Usted, doctor, hacer una pequeña marcha.

—Efectivamente, me gusta andar mucho—replicó éste, procurando guardar impasibilidad ante la mirada inquiridora de su primo.

—*Oh, yes!* Yo, verle pasar desde mi *bow-window*.

—Ve usted en las tinieblas como las lechuzas, míster Bird. Voy a diestra y siniestra, y, de vez en cuando, suelo llegar hasta aquí.

—*Oh, yes!* Usted venir todas las noches.

—¡Hola! Vienes diariamente a respirar la fragancia de estos jardines y a contemplar melancólicamente las estrellas—exclamó Ulbio sarcástico.

—Venía a visitar como médico a la señora Doral, pero ya está restablecida y he resuelto no volver a pasear en sitios donde se corre el riesgo de tropezar con hablantines y curiosos. Adiós. Tengo prisa—terminó por decir, alejándose.

—*My God!* El doctor Cilda no va con un aire de contentamiento—declaró míster Bird.

—Habrà respirado demasiado el fuerte aroma de las magnolias del jardín de usted y padecerá jaqueca—opinó Ulbio, riéndose—. Adiós, míster Bird. Voy a ver cómo sigue la señora Doral.

—*Good bye*—contestó el inglés, que desapareció en su edén.

—¡Cómo le disgustó al cazurro de mi primo mi encuentro y la indiscreción del inglés!—soliloquiaba Ulbio—. Me alegro. ¿Por qué no es franco? Lo creo locamente enamorado de Delia, cuyos ojos no pierden tiempo para flechar un corazón. ¡Con tal que no cometa un disparate! ¿Qué pensaría la tierna Elena si viese lo que ocurre en el pecho de su novio? ¡Amor, amor, para ti y la muerte no hay cosa fuerte! Mas ¿quién sabe si esta aventura resultará en provecho mío? Tarde o temprano, Delia descubrirá que su sombrío galán tiene novia. La orgullosa criatura sufrirá horriblemente y, entonces, yo estaré allí para brindarle consuelo. Quizás la cólera y el despecho me rendirán ese corazón que se obstina en rechazarme.

Subió a la casa de la señora Doral y oyó de labios de la mulatita Concha que la señorita y la niña fueron al centro a despedirse de unas amigas. Se retiró más alegre que si las hubiera encontrado. Al no estar Delia—volvió a soliloquiar—es evidente que no sabía que Lorenzo vendría esta noche; luego no hay confabulación entre ambos y mi lindo primo no acude a

una cita. Lo que es hoy frustráronse sus planes.

Se engañaba a medias. Sin que procedieran de acuerdo, Delia, desde el primer paseo de Lorenzo, enterada por Concha, su fiel sirvientita, que, dormitando en el balcón, oyó los pasos del doctor Cilda, se disimulaba detrás de las persianas y, en la obscuridad, seguía con la mirada. ¡Cómo le latía el corazón ufano y cómo se inquietaba si, rara vez, sonaban las nueve y se retrasaba en pasar al pie del balcón!

Ulbio no sospechó que Concha, obedeciendo la orden de su querida niña, que desde su persiana le vio llegar, le había mentido.

Lorenzo, más afligido de su propia conducta que irritado contra Ulbio y míster Bird, seguía a lo largo del Malecón, desierto en las manzanas vecinas del cerro y más animado a medida que se acercaba al centro, donde las luces de las casas irradiaban por las persianas replegadas, alegrando el aspecto de la ancha arteria profusamente iluminada. El río, oscuro y silencioso en su parte norte, reflejaba más abajo las lumbres de las naves y las balsas. En el cielo sin luna brillaban las estrellas como sólo resplandecen en el firmamento tropical.

Lorenzo no veía nada de lo que siempre le cautivaba tanto. Cabizbajo, iba meditando y discutiendo con su conciencia cuya voz oía severa:—Si Delia me gusta, Elena es a la que amo. ¿Qué daño resulta de que pasee donde me place?

Aceleraba el paso, evitando el encuentro de los

amigos, y seguía andando para que el cansancio del cuerpo desviase de su cerebro los pensamientos que le torturaban—. ¡Dios quiera que esa mala lengua de Ulbio o el parlanchín inglés no propalen algún cuento estúpido! La culpa es mía. ¿Por qué me puse en el caso de hacer erguirse la malevolencia? Pero, ¿es acaso un gran pecado desear pacer los ojos en la belleza rara, arrobadora de Delia como se contempla una obra maestra del arte o de la naturaleza? De igual modo fuí varias veces a ver, en el Museo de Florencia, el cautivante rostro de la bellísima patricia que inmortalizaron los pinceles del Ticiano.—No es igual—le contestaba la voz interior—. En vano pretendes engañarte a ti mismo. Sabes la delicada situación en que Delia se halla colocada y, así, es aún más digna de respeto. Por tu culpa no debes consentir en que se le incrimine ni por la más leve imprudencia. La comprometes, rondando su casa. No podrías asegurar que no se ha enterado de tu continua presencia al pie de su balcón. Y si, confiada en el sentimiento que revelan tus acciones, llega su corazón a latir, yendo hacia ti, ¿qué harás de su amor? ¿Vas a turbar su serenidad, a apoderarte de ese corazón para labrar su desdicha? ¿Quieres ser cruel por la locura de un capricho? No te casarás con Delia porque no harás traición a Elena, a la que sigues queriendo, y eres incapaz de la infamia que consistiría en seducir a esa pobre muchacha. ¿Por qué emperrarte en tu ofuscación? De cualquier lado que te vuelvas, ves a tus

pies el precipicio. La soledad, la tristeza no bastan para excusar una distracción pasajera en terreno escabroso. Aléjate de su camino. Ten piedad de un alma aun más digna de miramientos, porque su belleza le resulta un peligro y su sangre le es un motivo de humillación.

Lorenzo llegó al pie del Club de la Unión, hermoso edificio de dos pisos cuyos salones arrojaban torrentes de luz sobre el Malecón. El eco de las conversaciones ruidosas, de las discusiones cordiales llegaba a sus oídos. No se detuvo, como otras veces, para mirar las idas y venidas de los jugadores alrededor de los billares, ni para reconocer a los que ocupaban los asientos en las mesas de tresillo y de *poker*. Replacaba a su conciencia:—Mis labios no dirán nunca a la señorita Love ni una palabra que pueda alterar su tranquilidad y menos agraviarla. ¿Por qué no puedo ser su amigo, experimentar fruición en su trato y en sus talentos, sin despertar en su imaginación ideas que mi actitud respetuosa no autoriza y sin que la calumnia nos hiera?—Desconfía de tu casuística—respondía la voz íntima. El amor no necesita que se le exprese para nacer. Hay silencios elocuentes. ¿Cuántas palabras lisonjeras pronunciaste ya que pudieron conmoverla? Una mirada basta para encender una pasión. La suya, dime, ¿no enardeció tu corazón?

Lorenzo pasaba frente a la Municipalidad. Vendedores al aire libre ofrecían sobre sus mesitas, mal alumbradas por las velas en los briseros, dulces,

pastas de guayaba, cocadas o empanadas, helados de vainilla y de granadilla, caramelos y barquillos.

Aceleró el paso y llegó a las últimas casas del Malecón, donde principiaba el estero de San Carlos. La obscuridad de ese barrio aumentó su tristeza. Se le antojó que salía de un camino alegre, el del placer indolente y frívolo, para entrar en el del deber, camino severo y agrio, pero tranquilo y seguro.—Es indispensable—se dijo—que me substraiga al encanto de la belleza de Delia, que no deja a nadie insensible. La razón me lo ordena. Nunca debe uno aseverar que podrá dominarse, y soy débil; pero no seré un libertino como Ulbio, que se precipita a una aventura en la que arriesga la honra. ¡Qué vergüenza y qué remordimiento si algún día Delia, porque me quiere, sufre y no puedo remediarlo! Me alejaré; aun es tiempo.

Lorenzo se engañaba al creer que aun era tiempo de huir. El corazón de Delia le pertenecía. Su engaño apaciguó el remordimiento, y su resolución viril, infundiéndole ánimo, más sosegado regresó a su casa.

## X

Una semana transcurrió. Lorenzo, firme en su propósito, permanecía después de la cena en su casa, tendido en la hamaca, soñando despierto y aburriéndose.

Su tía se inquietaba, sorprendida de que no saliera a pasear como antes lo hacía cada noche.

—¿Estás enfermo?—le preguntaba tiernamente. Y, al contestarle él que no, añadía:—¿Te fastidias, monito? Dime tus penas.

Le narraba cuentos, procurando distraerle, hacerle reír. Una noche le invitó a jugar al naipe y él consintió por complacerla.

La tía Dolores se parecía por la baraja y el cigarro. Tenía siempre al alcance de la mano, cerca de la hamaca, sobre una mesita baja cubierta con un paño de hilo bordado de encajes finos, paquetes de puros, la baraja y dos vasitos llenos de garbanzos blancos y rojos, que representaban las fichas y las ilusorias sumas de las apuestas. Jamás fumaba fuera de casa, pero, en su cuarto, no despegaba el cigarro de los labios.

—La maldita plaga de los mosquitos me obligó a este vicio—, solía decir a Lorenzo, enviándole boca-

nadas de humo a los ojos hasta que él, poco fumador, encendía un pitillo.

Sus juegos favoritos eran la brisca y el *fusilico*. No le gustaba perder y, cuando no ganaba, enfadada tiraba la baraja, acceso de mal humor que pronto se disipaba. Lorenzo, para desatar los acerbos chistes de la querida Tita, aprovechaba de su mala vista y hacía trampas. Cuando lo notaba, era de oirla ponerlo como nuevo, terminando siempre por darle un beso. En otras ocasiones, Lorenzo perdía adrede y era de verla también cómo se regocijaba entonces, apostrofándole:

—¡Chambón! Juegas como un zarramplín. ¿Qué te enseñaron en tu famoso París? ¿Qué saben hacer allá? Nada.

Lorenzo la picaba, replicando:

—Tiene usted razón, Tita. Las señoras ni siquiera saben fumar en París.

—Pero levantan las faldas hasta las rodillas para dejar ver las pantorrillas a los hombres. Eso te gustaba más, ¡desvergonzado!

Consistía una de las genialidades de Tita en considerar a París como si fuera un sitio de perdición que perteneciera a su sobrino. «Tu París», decía de continuo. Otro de sus temas estribaba en figurarse a todas las parisienses como si fueran harina del mismo costal, veleidosas, coquetas y pérfidas, por lo que leyó en las novelas francesas y en las piezas de teatro contemporáneas que tan injustamente las desacreditan.

—Las buenas máximas que te infundieron tus inme-

zorables padres, y los sanos ejemplos que recibiste de ellos, cuya desgracia fué la de verse constreñidos, al destierro, eso es lo que te resguardó de corromperte en París.

Lorenzo protestaba:

—De todo se ve allá, ¡claro!, pero las mujeres honradas son la mayoría y tan dignas de aprecio y de respeto como las más virtuosas de nuestras compatriotas.

—¡Cuéntaselo a tu abuela y no a Tita, que no se deja engañar! Mi marido se educó en tu Babilonia, y por él supe lo que son esos bailes de la Opera, esos teatros y cafés cantantes con sus revistas indecentes y las desnudeces de las bailarinas, y aquel Longchamp donde las mujeres de vida airada rivalizan de elegancia y desvergüenza, codeándose con las señoras de la alta clase. No verás aquí esa chocante promiscuidad. Consuélate, zambito, ¡qué remedio!

—Tita, es usted bien poco moderna—insistía Lorenzo, embromándola.—Se cuecen habas doquiera, más o menos. ¿Cómo puede compararse una ciudad de cincuenta mil almas (1), tranquila y laboriosa, con el vasto centro cosmopolita que es París? Si el diablo tiene allá su parte, la mejor es de Dios. Usted que es tan devota, debe de ser indulgente. Nuestra religión lo manda. Y bien sabe que María Magdalena y María Egipcíaca son dos santas.

---

(1) Guayaquil cuenta hoy más de cien mil almas.

—Porque la misericordia de Dios no tiene límites, señor pico de oro, pero no hay que arrostrar su cólera. El fuego del cielo también se ha visto llover sobre ciudades malvadas.

Además del tabaco y del naípe, la tía Dolores tenía como distracción favorita la labor de las flores artificiales que obsequiaba a los templos. Heredó esa afición de su madre, y Lorenzo se creía a veces rejuvenecido de veinte años al entrar en el cuarto de Tita y contemplar, como antes en el de su abuelita, el sinnúmero de rosas, dalias, margaritas y jazmines que se abrían alrededor de la hamaca con esplendorosos colores o delicados matices.

Tita recibía con frecuencia la visita de muchachas, a las que protegía, que pasaban el día con ella hasta la hora de la cena, o iban a verla por la noche. Eran hijas de humildes padres menesterosos de la clase llamada allí de medio pelo. Llegaba ya una, ya otra, envuelta en la manta, de la que se despojaba para sentarse en el suelo y ayudarla en su faena de las flores artificiales o jugar con ella al naípe. Las había bonitas o agraciadas, de tez blanca y rosada, por ser hijas de nativos de la sierra o de extranjeros, y morenas como la almendra del cacao, con rasgados ojos oscuros y blanca dentadura, cabellos negros, lacios o crespos, que, por lo general, pendían sueltos o en dos trenzas hasta más abajo de la cintura. La edad variaba entre quince y veinticinco años. Revelaban timidez y se sonrojaban al saludar a Lorenzo, si, por casualidad,

iba éste al cuarto de Tita. Entre ellas observó él a una, huérfana de un italiano que vendía dulces, cuya viuda, guayaquileña, seguía haciéndolos en su casa para las grandes reuniones mundanas. Se llamaba Ventura. De monísimo rostro, graciosa sonrisa, cuerpo de pequeña estatura, pero garboso, y mancras sueltas, inspiraba simpatía a primera vista. Le miraba a hurtadillas, siempre que podía, sin que Tita lo observara. Lorenzo acabó por darse cuenta de que no le era indiferente; pero como no tenía el temperamento de un Don Juan y su corazón y su pensamiento andaban por otros rumbos, guardó ante ella la actitud reservada que le imponía, además, el respeto hacia su tía.

## XI

La energía moral que Lorenzo desplegaba para dominar su vehemente deseo de regresar a la casa de Delia, desde la noche que acató el dictamen de su conciencia, se sostuvo firme durante una semana. Al cabo de ella, se persuadió de que estaba completamente curado del enajenamiento pasajero que le causó la belleza de Delia y de que podría, sin peligro de una recaída, afrontar el fuego de su mirada. Se aprovechó de la agitación causada en la ciudad por malas noticias políticas llegadas de la capital, y se dirigió al barrio de las Peñas.

En Quito, según lo publicaba un diario, se había tenido conocimiento de una conspiración, urdida por los partidarios del régimen derrocado contra el gobierno radical. Habían sido encarcelados algunos varones de la alta clase de la sociedad. En Guayaquil, conocidos personajes se hallaban incomunicados en el local de la policía. Entre éstos figuraban algunos cuyos esfuerzos dieron el triunfo a las ideas liberales; las nulidades ambiciosas, que se engarabitaron en los puestos lucrativos, no querían soltar la presa, y en los verdaderos patriotas veían rivales que era menester calumniar para alejarlos de la administración pública. El pueblo no se dejó engañar. Indignado clamaba contra la injusticia. En las calles crecía el tumulto. La muchedumbre acudía a la Intendencia, exigiendo la libertad de los detenidos,

a quienes diz que se había denunciado en una carta anónima enviada de Panamá.

Lorenzo se deslizó entre los grupos que, en las sombras de la noche, vociferaban y gesticulaban. Los celadores, a pie y a caballo, circulaban en gran número. Se proponían, si la agitación popular llegara a ser alarmante, proceder con energía. Se vió obligado a seguir su camino por calles menos centrales, dejando a espaldas la plaza de San Francisco, donde, erguido en un banco, al pie de la estatua de Rocafuerte, peroraba, ante un gran número de personas inopinadamente congregadas allí a su voz, uno de los principales oradores en reuniones públicas. Le reconoció por sus grandes gestos desordenados, sus palabras vibrantes y presuntuosas, y aun más por el sombrero de fieltro verde y forma tirolense, coronando un cuerpo de títere, flaco y largo, que usaba siempre un terno de paño, verde también, color del loro.

—¡Vaya! Es Ascensio Camarón quien enardece al pueblo—iba diciéndose Lorenzo—. Por centésima vez repite, con grandilocuentes frases, la misma arenga. Los vocablos: patriotismo, derecho sagrado y libertad santa saldrán, como siempre, de sus labios. Vale poco, pero le da oídos el populacho y puede empujarlo hasta donde quiera. ¿Qué aguarda el gobierno para ponerle mordaza con un buen salario? Es todo lo que ansía al hacer sonar recio las voces de patria y derecho sagrado. ¡Cuántos idénticos, aquí y en todas partes! Hoy, por casualidad, la causa que defiende es justa, aunque se

le dé un pito la suerte de los detenidos. No me inquieta la suya. Sabrá, una vez más, sacar limpio su caballo.

Lorenzo aceleró el paso, y, por la calle de Roca-fuerte, tranquila y casi silenciosa, pasó frente a las hermosas quintas del barrio llamado el Bajo, y, luego, sesgando a mano derecha, atravesó el puente del segundo estero y siguió detrás del convento del Sagrado Corazón, de donde los ruidos del mundo parecían alejarse para no perturbar el sosiego de las almas inocentes confiadas al celo de las religiosas francesas.

Poco después llegó a las Peñas.

En la estrecha calle se asomaban a los balcones las mujeres, inquietas por lo que ocurría en el centro, adonde los varones precipitáronse.

—¿Qué sucede allá?—le preguntaban.

Poca cosa. Tranquílcese—contestaba sin detenerse.

Al acercarse a la casa de la señora Doral, su corazón latió más de prisa.—«¡Qué cansado estoy!»—se dijo, por no convenir en que estaba emocionado. Se acobardaba al pensar que en breve se vería en presencia de Delia y experimentaría la irresistible influencia de su avasalladora belleza, perdiendo tal vez en un minuto la coraza con que, resueltamente, cubrió su pecho. Estuvo por echar pie atrás. Dominó al fin su cobardía y llegó a la puerta de la villa.

Atónito quedó al verla cerrada. El balcón estaba obscuro.

«¿Será por temor al motín—pensó—que se encerraron herméticamente a las ocho de la noche?»

Golpeó la puerta inútilmente. Nadie contestó ni bajó a abrirle.

«Sin duda, están en el centro—opinó entonces—. Mal momento eligieron para correr las calles. Pero, de cualquier modo, allí permanecería un sirviente. Apuesto que Concha está dormida.»

Volvió a golpear, más recio, con igual resultado.

En la casa contigua se asomó una mujer y le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—¿Ha salido la señora Doral?—indagó a su vez.

—La señora y la señorita marcharon con los sirvientes hoy, por la mañana, a Almacigal.

Lorenzo, atónito, balbució: «Gracias» y se alejó trémulo, murmurando: «¡Se fué! ¡Sin que haya vuelto a verla, sin decirle adiós!»

De ser lógico, pensara que era el acontecimiento más propicio que pudiera ocurrirle para secundar su firme propósito de huirle; pero desvariaba en su consternación por tan brusca desaparición, impugnándose su torpe alejamiento:

«¡Qué ridículo fuí, exagerándome el peligro que corría al pasar breves instantes a su lado! ¡Qué grosero me habrá creído! Y ¿qué pensará mi administrador cuando sepa mi incomprensible conducta? Tendrá razón de quejarse porque no acompañé al vapor a su esposa.»

No se le venía a la mente que el peligro corrido era real, que aun existía, puesto que podía medir su importancia a la intensidad del desconsuelo por la ausencia de Delia.

Febril regresaba a su domicilio. A medida que se acercaba al centro, se percibían más claros los rugidos de la plebe. Al llegar a la plazuela de la iglesia de la Merced, frente a la cual se alzaría en breve la estatua de Pedro Carbo, el íntegro y popular jefe del partido liberal, fallecido hacía poco, oyó disparos de armas y vió llegar gente despavorida que corría, huyendo de la batahola. Algo grave, sin duda, ocurría. Apretó el paso para salvar la distancia hasta su casa, sin exponerse a un feo golpe.

En la calle del Nueve de Octubre, fecha que conmemora la de la emancipación de la ciudad en 1820, por su propio heroico esfuerzo, se cruzó con un amigo:

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

—El pueblo ha invadido y destrozado la imprenta del diario *El Patriota*.

—Y ¿por qué motivo?

—Porque precisaba una víctima expiatoria a la furia del pueblo y, por el órgano de Ascensio Camarón, se le hizo creer que el director del diario mintió, imprimiendo noticias falsas.

—¡Famoso resultado de una maquiavélica maquiación administrativa! Bien decía yo que Ascensio sacaría buen provecho de los acontecimientos.

—Tenías razón; pero separémonos, para no ir a la cárcel.

—Y ¿los detenidos?

—En libertad, los que lograron fiadores, por orden del Presidente. Probablemente, saldrán mañana desterrados.

—¡Desdichado país!

—Silencio. Las paredes oyen.

Se apretaron la mano tristemente y Lorenzo llegó sin incidente a puerto de claridad, mientras las vociferaciones de la muchedumbre se alejaban, apagándose al ímpetu brutal de los agentes de la policía.

La puerta del zaguán de su casa estaba cerrada. La abrió con su llave y subió la escalera, que el gas, a media luz, dejaba en la penumbra. De repente, detúvose sorprendido. Arriba, en el primer escalón del recibimiento, apoyada la cabeza en la baranda, una mujer sentada dormía. La manta, esa prenda entonces del vestido diario de las ecuatorianas, había resbalado, dejando libre el busto cubierto por una camisola blanca, transparente y guarnecida con lazos azules.

Al oír pasos, despertándose, irguióse de la manta como una flor brota del cáliz. Miráronse a un tiempo y Lorenzo reconoció a Ventura, que, al verle acercarse, se inmutaba.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó, gratamente impresionado.

—Vine a visitar a doña Dolores y había salido poco después que usted, acompañada de la sirvienta,

para ir a ver a su amiga, la señora del Barco, que está enferma y mandó por ella. Me retiraba, pero principió la trifulca y tuve miedo. El chico que sirve a usted se marchó también, diciendo que volvería pronto a buscarme y hasta ahora no regresa.

—No me sorprenderá que esté en la jaula—dijo Lorenzo, riéndose.

—Me senté aquí a aguardarle y me quedé dormida. Hice mal suspiró Ventura, fingiendo disgusto.

—No veo el mal.—replicó aquél—. ¿Le desagrada mi presencia?

Ventura no contestó, pero ruborizóse de verdad esta vez.

El diablo sugirió a Lorenzo el deseo de cerciorarse si, en realidad, no le era indiferente. En la pesada atmósfera de la noche borrascosa su cerebro ardía, disipando la imagen de Delia y nublando completamente la de Elena.

Tomó en su mano la de Ventura y, estrechándola, díjole dulcemente:

—¿Cuántos le habrán dicho ya que es usted monísima?

Vió sus ojos humedecerse y el terso pecho agitarse e iba, al impulso del ardor de la juventud, a ceder a la tentación de besarla, cuando crujió la puerta del zaguán, que su sirviente abría. Volviendo en sí de su desvarío, se alejó de Ventura, y, tras regañar al paje por la demora, le ordenó que acompañara a aquélla a su casa y, con frialdad, despidióse de ella.

Ventura le siguió con la vista hasta que entró en su cuarto, reflejando en el semblante profundo despecho, y lentamente bajó los escalones, ansiando en vano que volviera a presentarse Lorenzo para ofrecerse a acompañarla.

## SEGUNDA PARTE

### I

Al vibrar la última campanada de las ocho de la mañana en el reloj de la torre de la Municipalidad, el *Nobol*, llevando a bordo a un gran número de pasajeros, se alejó de la orilla del Malecón, que, bastante animado ya, principiaba a presentar su aspecto diario, alegre y cautivante. El vaporcito fluvial iba de Guayaquil a Daule para seguir de este puerto su rumbo, por Santa Lucía y Colimes, al pueblo de Balzar. Dos días y una noche empleaba el *Nobol* para llegar al fin de su carrera, que emprendía ahora bajo el cielo gris de una mañana de marzo, durante la estación más calurosa, la de las lluvias, por este motivo llamada allí el invierno.

Lorenzo, acompañado de Ulbio, que se quedaría en Daule, mientras él seguiría el viaje hasta el último puerto, contemplaba, en pie, a babor, el interesante espectáculo que le ofrecían el Malecón y el Guayas

despertándose a la vida intensa del comercio y de la navegación. Miró después con curiosidad a sus compañeros de la primera clase, que se embarcaron, como él, en la parte alta, y a los de la segunda, apiñados en el piso inferior. Aquéllos eran, casi todos, agricultores acomodados que se dirigían a sus fincas para activar las labores de la cosecha o la venta de las reses engordadas en los potreros. Los de abajo, gente humilde, *montubios*, por lo general, llevaban las espaldas cubiertas con el poncho y en la cabeza el ancho sombrero de paja ordinaria. Algunos allí, marchaban a servir como peones en las haciendas o regresaban a éstas, efectuada la venta, en la ciudad, de flores, frutas y verduras. En ambas clases veíanse familias, con numerosa prole, que, proponiéndose pasar una temporada en el campo, llevaban los muebles indispensables para una instalación precaria, sin haber olvidado en casa al perro, al gato y al loro.

Las voces de los campanarios que, dominando el ruido confuso de los rumores de la ciudad y del puerto, llamaban a misa a las personas devotas, hicieron que Lorenzo pensara en su tía Dolores un instante y recordara la conversación que, al despedirse de ella, medió entre ambos. Habíase propuesto Tita acompañarle a bordo, pero él se opuso para evitarle mayor pena y no privarla de su asistencia matinal a la iglesia de San Francisco.

—No me perdonaría, ni sus santos me lo perdonarían tampoco—le dijo—que retrasara la hora de sus

devociones. Vaya, querida Tita, a orar por mí para que, en Almacigal, no sea la presa de un lagarto o de un jaguar, ni la víctima de una víbora que me pique.

—Si son esos los peligros que temes—le replicó—, de los que fácilmente puede uno preservarse en nuestros campos, no corres gran riesgo. Desgraciadamente los hay más graves en la existencia.

—¿Cuáles, Tita?

Lorenzo, al dirigirle esta pregunta, receló que hiciera alguna alusión a Delia, pero se tranquilizó al oírla contestarle:

—Ningún varón escapa cuando le acometen esas fieras en tu impúdica Babilonia.

Aunque el recuerdo de la belleza de Delia le ase- diase menos implacablemente desde hacía tres meses que dejó de verla, Lorenzo se comparaba a un conva- leciente que, a la menor imprudencia, sufre una recaída. Como médico que no erraba en su diagnós- tico, sabía que la curación no era definitiva y no inten- taba persuadirse que podía impunemente volver a mirar los hechiceros ojos de la ahijada de su administrador. Negóse tantas semanas, por substraerse a la irrisis- tible influencia del encanto de Delia, a complacer al señor Doral, que no cesaba de rogarle fuese a conocer su hacienda en la época en que resplandecía la flora invernal, y sólo se decidió a partir porque precisaba proceder a los inventarios antes que, menos abundante el caudal de los ríos durante el verano, fuera impo- sible llegar a Almacigal por la vía fluvial. Al em-

prender el viaje se dió palabra de no ser ya, como la mariposa que la luz atrae y quema, el juguete de la mirada de esos ojos resplandecientes que le deslumbraban y de observar, cerca de Delia una actitud tan respetuosa que rayara en indiferencia. ¡Ah, sí; cuidaría a cada instante, aunque su corazón palpitara recio, que sus labios no soltaran la menor palabra imprudente que revelara sus sensaciones!

El *Nobol*, navegando con la corriente, pasaba frente a las Peñas. Lorenzo quiso mirar su casa, cuya reedificación progresaba rápidamente, pero sus ojos dirigieron la vista más arriba, fijándola en la mansión de los Doral, y su corazón latió al divisar el balcón donde Delia se asomaba para contemplar el paisaje y aspirar las suaves emanaciones de los aromos y de los laureles rosas, que le embriagaban menos a él que la pura fragancia de su hermosura y el dulcísimo acento de su voz.

Ulbio, que observó su contemplación, indicando con la mano la morada de Delia, guasón, le dijo:

—La jaula está vacía. Voló la paloma, pero mañana la encontrarás y te será fácil tornarla dócil, deleitándote en sus arrullos.

—No pierdes la ocasión de disgustarme con tus tonterías—replicó Lorenzo, que agregó para impedir que siguiera importunándole—: Mejor harías, señalándome los puntos más interesantes del espléndido panorama que se desarrolla en ambas riberas.

—Consiento—le contestó afectuosamente el primo, que se complacía en el prurito de charlar.

Le indicó que el Guayas, midiendo dos kilómetros de anchura frente a la ciudad, se estrecha entre las colinas de Santa Ana y las de Cabra o Durán, a cuyo pie principia hoy la línea férrea que recorre el tren hasta llegar a Quito, y en medio del río, frente a las Peñas, le señaló el Cerrito, la única isla que existe en las aguas de Guayaquil, cima verde de una roca subfluvial, donde, en lejana época, se verificaron duelos famosos y en cuyo seno duermen el sueño eterno soldados extranjeros que perecieron en la tentativa de invasión de una nación vecina.

El *Nobol* llegaba a la embocadura de los dos grandes ríos de cuya unión nace el Guayas, el río Babahoyo, a la derecha, más ancho y, por este motivo, llamado también el Río Grande, y, a la izquierda, el Daule, más largo, en cuyas márgenes se extienden más florecientes huertas. Enfrente de la isla de Mocolí, el vapor penetró en este segundo brazo, que iba a recorrer, durante cuarenta y ocho leguas, hasta la ciudad de Balzar.

El precioso aspecto de los fértiles campos asombraba a Lorenzo, que observó cuán diferentes eran ya, con su vegetación exuberante, de aquéllos, más propios para la cría de reses, admirados en el delta del Guayas a su llegada al suelo natal.

—Anhelaba realizar una excursión a lo largo de este río—manifestó Lorenzo a Ulbio—, desde que

leí la opinión tan lisonjera emitida por el competente geógrafo Wolf, en las frases que, si mal no recuerdo, dicen: «Si tuviera que pronunciarne imparcialmente acerca de la belleza de los ríos del Ecuador occidental, daría la supremacía al Daule, siguiendo su curso desde Balzar a Guayaquil. Al viajero que quisiera formarse una idea de la provincia del Guayas, le aconsejaría que viajara en vapor por el Daule durante el invierno. Podrá decir que vió uno de los países más pintorescos de la zona tropical.»

—Expresó sinceramente la verdad—contestó Ulbio—. Tu anhelo se cumple hoy. Te bastará mirar para embelesarte en el espectáculo de esta región húmeda del litoral, a la que la naturaleza prodigó sus mayores encantos.

Mientras los compañeros de viaje, hartos de admirar el suelo patrio en tan fecundas márgenes, discutían acerca de la política, jugaban al naípe, bebían y fumaban, leían o dormían, los dos primos, en la cubierta del lado de proa, siguieron charlando y comunicándose sus impresiones en el trayecto de ese río Daule que tan caprichosamente da vueltas y revueltas, penetrando con repliegues de sierpe en una y otra ribera, como si quisiera asombrar al viajero con los diversos cuadros que le presenta y la infinidad de escenas pintorescas que se exhiben a cada recodo.

Apenas separado, al principio, del Río Grande por una estrecha lengua de tierra, cerca de las haciendas de San Antonio y de Batán, se aleja rápidamente de

aquél, del Sur al Norte, pasando entre antiguas rocas eruptivas hasta la embocadura del Pula, antes de la cual forma un codo profundo frente al pueblo de Pascuales, donde se detuvo el vapor para que saltaran unos pasajeros.

La serie, sin interrupción, de extensas propiedades se ofreció, desde allí, a la vista en ambas riberas, ostentando risueños jardines floridos, abundantes verjeles y dilatados potreros, reverberando al sol como verdes mares, entre cuyas hierbas pacían las innúmeras reses. Las casas con techos de cadi, aisladas o formando grupos, humildes moradas de los peones, hacían resaltar las de los dueños, habitadas por éstos o por los administradores. Cubiertas con tejas rojas o planchas de zinc acanalado, guarnecidas de persianas las elegantes fachadas y adornados con plantas y flores los balcones, cada una de ellas, al antojo de su amo, copiaba la forma y el aspecto de un *cottage*, de un *châlet* suizo, de una *villa* francesa o guardaba la originalidad de los campestres edificios ecuatorianos e indicaba a Lorenzo que veía pasar una nueva hacienda. El vapor atracó sucesivamente al puerto de Petrillo y al de la pequeña población de Soledad, a Nobol, que le dió su nombre. Siguió luego avanzando por la hermosa región en la que los inviernos se prolongan y los bosques conservan siempre verde su frondosidad. En las arenosas playas y en las vegas, donde se cultiva el tabaco, el arroz y el maíz, Lorenzo miraba, como en el delta del Guayas, y aquí en mayor número,

los cocodrilos tomando el sol y soñando en la presa viva. En la superficie del agua emergían los asquerosos cuerpos y las formidables mandíbulas de los reptiles que, al acercarse el vapor, se apartaban tranquilamente o se sumían, al par que algunos se deslizaban de la vega para desaparecer en la profundidad del Daule. Ulbio, que llevaba una escopeta para cazar aves en el campo, quiso, después del almuerzo, revelar a Lorenzo que tenía buena puntería y, dirigiendo el arma hacia un lagarto, disparó. El estallido resonó en ambas riberas, pero la bala, aunque seguramente dió en el blanco, no hirió al animal, que saltó al agua.

—Pólvora quemada en vano—le dijo algo irónico Lorenzo.

—Quisiera verte en mi lugar—le replicó el primo—; las balas resbalan sobre la piel aceitosa de esos malditos monstruos si no se acierta a herirles en un ojo o en el vientre.

—Haber apuntado allí.

—La trepidación de la nave hace temblar el pulso.

—Guarda entonces tus balas para una ocasión más propicia.

A las cinco de la tarde arribó el *Nobol* a Daule, cabeza de cantón, rodeada de huertas de naranjos y limoneros. El campanario de su iglesia, formado de azoteas sobrepuestas, igual al de la población más lejana de Santa Lucía, atrajo las miradas de Lorenzo, al par que el agrupamiento de casas bajas, que presentaban un conjunto agradable a la vista. Allí desem-

barcó Ulbio, que, al pisar tierra, despidióse de su primo, diciéndole:

—Regresa pronto. No te retrases, cazando palomas en la selva virgen.

—No soy cazador y así no me expongo a tener tan mala puntería como tú—le replicó Lorenzo.

El *Nobol* se separó de la orilla y siguió andando. Pasó frente a otras haciendas considerables, cuya magnificencia vegetal enardecía la admiración de Lorenzo. Con el crepúsculo vespertino, los matices de los árboles y de los terrenos variaban de aspecto, palidecían y se oscurecían progresivamente. Soplaba el aire menos ardiente y reinaba mayor silencio en ambas riberas, que sólo interrumpía, de vez en cuando, el ladrido de un perro. Las lumbres, como estrellas terrestres, iban encendiéndose poco a poco en las habitaciones marginales del Daule. Lorenzo, en esa hora exquisita del día que espiraba, sintió su corazón impregnado de dulzura infinita y llegarle al alma la poética serenidad de los campos inmóviles, donde penetraba el misterio de la noche, poblándolos de sombras, hasta que fué la obscuridad completa.

Lorenzo permaneció en la cubierta, mirando la luminosa estela que el *Nobol* imprimía en el Daule. Este parecía arrastrar oro en su corriente, como si fuera el Pactolo. Y, ¿acaso no era, en realidad, un Pactolo ese hermoso río por el cual bajaban hasta Guayaquil, para seguir de allí a Europa, las innúmeras pepas de oro de las prodigiosas huertas?

## II

Por la mañana pasó el *Nobol* frente a Colimes, apacible burgo, y avanzando siempre entre ubérrimas tierras, saludó, con la voz de su sirena, a las cuatro de la tarde, frente a la pequeña cordillera de Paján, a la pintoresca villa de Balzar, que produce en sus vegas un muy preciado tabaco y se destaca, en la margen derecha del río, rodeada de espléndidas huertas cuya frondosidad alegran, como manchas de sol, las áureas mazorcas.

En el muelle, al que acudió gran parte de la población, D. Miguel Doral recibió en sus brazos a Lorenzo y, después de presentarle a los personajes del cantón, se trasladó con él, en una canoa, a la orilla opuesta, donde aguardaban los caballos ensillados. Escortados por dos *montubios* corpulentos, fieles servidores, que llevaban puestas las espuelas en los pies desnudos, la escopeta al hombro y el machete a la cintura, y cabalgaban en *chúcaros*, potros salvajes, no tardaron en internarse por entre las huertas y los potreros.

Profunda fué la impresión que experimentó Lorenzo, y que apenas logró disimular, al hallarse en presencia de Delia y observar la palidez del hermoso rostro, el cerco azulado de los párpados, que obscurecía aún más los hechiceros ojos, sin que irradiara de las pupilas, tan viva como antes, la llama que hacía estremecer su corazón. La languidez del semblante y del cuerpo le daba, sin embargo, un nuevo encanto.

—Le parecerá muy cambiada nuestra hija—le dijo la señora Doral, tras las afectuosas saluciones, como si adivinara su pensamiento—. La salud de Delia nos inquietó mucho a raíz de su violenta crisis nerviosa que me obligó a partir de Guayaquil.

—Ignoraba la enfermedad de la señorita Delia—contestó Lorenzó, manifestando viva sorpresa, al enterarse del motivo del brusco alejamiento de la ciudad.

—Quise consultarle, mi querido doctor, pero Delia se opuso a que llamara a usted.

—Mi ciencia, ¿no le inspiraba quizás confianza?—preguntó a Delia Lorenzo, sonriéndose.

—No se imagine eso—, le contestó, sonrojándose. Mi madrina se alarma demasiado cuando me ve indispuesta. Y no estaba enferma a tal punto que consintiera en que importunasen a usted.

—¿Importunarme? ¡Qué mala opinión le merezco!

—Sus ocupaciones y sus contratiempos le alejaban de las Peñas y sé, además, que no desea ejercer su profesión.

La alusión a su desaparición repentina de aquel

barrio, ¿encerraba acaso un reproche y una pesadumbre? Esta suposición pasó por la mente de Lorenzo, que replicó:

—Muy grato me hubiera sido, una vez más, probarle que no hay regla sin excepción, sobre todo tratándose (iba a decir: *de usted*, pero disfrazó su pensamiento) de uno de los miembros de la familia que puede contar conmigo para servirla incondicionalmente.

Don Miguel y su esposa agradecieron cordialmente la cariñosa frase, mas no Delia, que permaneció un instante pensativa y acabó por decir, para darle a entender que no necesitaba ya de sus servicios:

—Ahora estoy completamente restablecida.

—Convaleciente, quieres decir—exclamó la madrina, que, yéndosele la lengua, añadió—: Pocos días hace que te veo de buen humor. Viva fué hoy mi sorpresa al oír que tocabas un vals, tú que rara vez te sentabas al piano por complacerme y sólo ejecutabas piezas tristísimas. Felizmente, la presencia bajo nuestro techo de un buen médico parisiense me tranquiliza. Usted nos la curará, Lorenzo, si sufre una recaída.

—Haré cuanto de mí dependa para lograr buen éxito—se apresuró a contestar el interpelado. Tan vibrante fué la manifestación de simpatía, que Delia experimentó íntima alegría, mas no alzó la frente y mantuvo la mirada hacia el suelo sin que pudiera Lorenzo ver resplandecer en sus ojos la apagada llama. Sus labios tampoco se movieron para expresarle su

gratitud, y, como si no le hubiera escuchado, siguió absorta en un misterioso pensamiento.

La contempló un instante, esperando en vano que hablase. Sorprendido de su silencio, volvióse hacia la señora Doral para decirle:

—Gran disgusto sufrí al saber, por una vecina, que había salido usted para Almacigal en la mañana del mismo día que fuí a llamar a su puerta.

Si Lorenzo hubiera mirado en ese momento a Delia, viera sus mejillas pálidas encarnarse.

—Mucho sentí—contestó la señora Doral—no poder ir a despedirme de doña Dolores y de usted, mi querido amigo, pero precipité mi viaje por la inquietud que me causaba el estado de mi hija al par que el trastorno popular. Temí que éste fuera de mayor importancia y como, desgraciadamente, no existe ya un Bolívar que imponga respeto a la muchedumbre...

Don Miguel, que se había alejado para dar unas órdenes, acercándose, abrevió la aparición del Libertador al preguntar a Lorenzo si deseaba pasar al cuarto que le prepararon, a lo que accedió.

La imagen de Delia no se alejó de su vista cuando quedó solo. Se esforzaba por adivinar el motivo de la reciente crisis nerviosa que alarmó tanto a la madrina. ¿Un amor contrariado tal vez? Este pensamiento le oprimió el corazón. Si amaba a alguien, Ulbio debía saberlo y se lo habría dicho. No, no era esa la causa. La alusión a su alejamiento de las Peñas surgió en su frente. Pensó que el acceso agudo de neurastenia

estalló cuando él cesó de pasar bajo su balcón y que Delia había recobrado su buen humor apenas supo que iría él a Almacigal. La fatuidad no figuraba entre los defectos del doctor Cilda y así sólo quiso ver una coincidencia curiosa en lo ocurrido. Prefirió atribuir la enfermedad súbita al pecado paterno, al pesar que causaba a Delia la conducta de su madre. Reflexionó, sin embargo, qué débil era la coraza con que pretendió armarse para resistir al encanto de aquella a quien Ulbio llamaba la Esfinge, puesto que, apenas volvía a verla, conmovido por el estado de su salud, divagaba pensando sólo en ella.

Lorenzo se apoyó en la baranda de la ventana de su cuarto. La casa, edificada en el centro de una llanura cubierta de césped, circundábanla huertas y bosques. Por medio de éstos Lorenzo veía, frente a su ventana, extenderse la cinta verde del camino que conducía al lejano puerto. Del lado derecho, ante la fachada principal, una albarrada reflejaba los últimos rayos de sol. Garzas, gallaretas y patillos poblaban el borde de la poza o nadaban en ella, esparciendo los plumajes manchas de diversos colores. El ladrido de un perro, que se lanzó en la dirección del bosque, atrajo hacia éste la mirada de Lorenzo, que vió salir por entre las tupidas ramas, y desfilar lentamente a lo largo de la llanura, las reses que iban a beber a la poza, espectáculo que miraría en adelante renovarse dos veces al día, mañana y tarde, en las horas del rodeo en que esos animales, después de abrevarse, se

acuestan alrededor de la albarrada para descansar antes de volver a internarse en el monte.

Las miradas de Lorenzo se fijaron en las chozas de los peones, agrupadas a proximidad de la casa, en las que principiaban a brillar las lumbres, y, cautivándole el hermoso aspecto de las huertas, en los gigantes del bosque, que, al susurro del aire tibio entre las ramas, erguían al cielo las orgullosas frentes. Las primeras estrellas irradiaron en el firmamento. Los pensamientos de Lorenzo, en la penumbra del crepúsculo, se agitaban vagos, indecisos. Un grupo de jinetes, que, a paso largo, salió del camino y desapareció bajo la bóveda del bosque, le hizo volver a la realidad de la vida. La fantástica visión de París, alegre y ruidoso, se alzó ante sus ojos. Pronunció el nombre de Elena y el de Lila, y murmuró: «¡Qué contentas estarían conmigo aquí!» Pero borró sus semblantes el de Delia, que, a su vez, se alzó radiante en las tinieblas. Y el suspiro que exhaló Lorenzo fué tan triste como el de un náufrago que pierde la última esperanza de salvación.

### III

El día siguiente al de su llegada a Almacigal, Lorenzo, apenas rayó el alba, partió a caballo en compañía de D. Miguel, de seis peones abnegados, de los testigos y de los peritos juramentados que, en unión del escribano, iban a contar y evaluar los árboles de cada huerta y las reses, inventariando al par los potreros, las casas y todos los enseres de los diferentes cuerpos de la finca. Las actuaciones tardarían en concluirse algunas semanas por la extensión considerable de la hacienda, que no se recorría, cabalgando en línea recta, ni en un par de días. Era menester atravesar con frecuencia ríos y a veces la selva casi virgen.

Los que formaban la parte principal de la caravana cubrían la frente con el sombrero de paja de Jipijapa y el busto con el poncho de hilo. El que llevaba Lorenzo era tramado de seda y así más elegante. La silla inglesa que él había traído de Guayaquil contrastaba con las de sus compañeros, principalmente con las albardas de los peones, colocadas sin cinchas en los lomos de los chúcaros. Del cinto le pendía, junto a un revólver, una daga.

Delia le vió alejarse, complaciéndose en contemplar su arrogante figura y su destreza de jinete.

Almacigal constaba de gran número de huertas, distantes unas de otras y bautizadas con nombres diferentes. Los inventarios principiaron por Guarumito, que era el cacaotal más cercano.

—Allí tenéis oro en ramas—dijo D. Miguel a Lorenzo, al señalarle la primera huerta.

Pudo entonces mirar de cerca, a su gusto, esos afamados árboles que en el Ecuador tienen el terreno más propicio para su desarrollo y que se elevan a diez o doce metros. Se fijó en las ramas que dan sombra a la altura de tres metros, permitiendo así que debajo de ellas pasen los jinetes sin golpearse la frente; en las flores blancas sin aroma, en las mazorcas que toman el color del oro cuando están maduras las famosas almendras encerradas en las ovaladas cápsulas, y que, naciendo sobre los troncos, casi a ras del suelo, de todos lados cuelgan de las ramas, como en Francia los juguetes dorados de un árbol de Navidad.

Las huertas formaban calles anchas, de tres a cinco metros, en relación con el método adoptado por los sembradores al enterrar las semillas. Los peones iban y venían contando las matas. A cada cien hacían un nudo en la flexible varilla de bejuco que llevaban con ese objeto, y, al terminar la cuenta de un cuerpo entero de árboles, las entregaban a D. Miguel.

Los peritos evaluaban cada huerta tomando en consideración la edad del plantío, la calidad del terreno y el método empleado por los sembradores, al par que la producción anual. Computaban igualmente los frutales plantados para dar sombra a las huertas mozas, las cercas de *piñuela* o de alambre sostenidas por palos de corazón de *pechiche*, madera incorruptible. Procedieron en seguida a medir los potreros

sembrados de janeiro, cauca o guinea, nombres que indican la procedencia de las hierbas que fueron del Brasil, de Colombia o de Africa. Contáronse después las reses que pacían en cada uno de ellos, marcadas con la letra X, formada por dos C unidas en sentido inverso, correspondientes a las iniciales de D. Carlos Cilda, el padre de Lorenzo.

Lorenzo, entusiasmado por el aspecto maravilloso de la exuberante naturaleza tropical, que cada día le cautivó más y más, no cesaba de interrogar a su administrador. Quería saber el nombre de cada árbol, de cada sitio por donde pasaba, de cada río que atravesaba sin apearse del caballo o en una canoa. En este caso, desensillaban las caballerías para que nadaran de una margen a la otra, y los peones desnudos las montaban, llevando altas las sillas en una mano, y con la otra bejuqueaban a diestra y siniestra a los lagartos, que dócilmente se alejaban.

Lorenzo experimentaba un gran sosiego moral con el cansancio del cuerpo durante las largas correrías a caballo, concentrando sus pensamientos en la contemplación de la ignorada naturaleza. Después del almuerzo, mientras sus compañeros, durante un par de horas de reposo, gozaban de la siesta, tendidos de espaldas en la dura tierra, insensibles a las picadas de los mosquitos, él se rememoraba todo lo que había admirado por la mañana, y, para no olvidarlo, lo apuntaba en la cartera que, antes de su salida de París, le regaló Elena. Su espíritu volaba entonces hacia su

novia y su hermana, y le sumía en dulces ensueños, que no interrumpían los ronquidos de D. Miguel, de los peritos, de los testigos y del escribano.

A las tres de la tarde principiaba de nuevo la faena de los inventarios. Iban a presenciarla los vecinos, deseosos de conocer al heredero de D. Carlos Cilda.

¡Cómo le deleitaba a Lorenzo, en las impresionantes operaciones del rodeo, dar rienda suelta a su caballo por los dilatados potreros de altas hierbas, mientras los vaqueros echaban el lazo, después de arrinconar a las reses, para coger la presa que sería degollada, o la mula arisca herida, que era menester curar, o el potro salvaje que iban a amansar! Prefería, sin embargo, mirar las rústicas escenas de los cosechadores cuando, con la cuchilla atada en la punta de la palanca, cortaban el pezón de las mazorcas, que, rozando las hojas, caían al suelo como fabulosa lluvia de oro. Le parecía entonces que la hechicera tierra americana desparramaba un tesoro a sus pies y le brindaba riquezas, procurando conquistar el corazón del hijo ingrato que tan largo tiempo vivió lejos de ella, e ignorando su belleza, se complacía sólo en admirar la tierra extranjera.

Como manchas de sol veía brillar los áureos frutos desprendidos de las ramas y los troncos. Los peones iban recogéndolos presurosos y amontonándolos, para abrirlos con el machete y extraer las almendras que llevaban a secar en los tendales, donde permanecerían hasta que estuvieran en condiciones de ser apiñadas

en los sacos y enviadas en canoas de pieza o en vaporcitos al puerto de Guayaquil.

Al visitar el islote de la Balsa, a orilla del Puca, Lorenzo observó que la huerta no presentaba el aspecto de armoniosa simetría que en otras vió. Los troncos brotaban allí del suelo a la buena de Dios. Preguntó a D. Miguel el motivo del intrincado desarrollo de esas matas, y éste le contestó:

—La mano del hombre no las sembró. Los animales que roen las mazorcas, al dejar caer las semillas, las esparcen por doquiera, y la tierra, ablandada por las lluvias, dócil siempre en dejarse fecundar, las recibe en su seno, y, madre generosa, produce una infinidad de árboles nuevos que forman, en benéfico laberinto, un almacigal. Por la abundancia de estas arboledas recibió su nombre vuestra hacienda.

Mayor asombro causó así a Lorenzo la prodigalidad del suelo patrio, donde esos árboles providenciales tienden a los hombres, sin exigirles gran esfuerzo de cultivo, sus brazos cargados de dones, ofrendándoles la fortuna.

—¡Bendita tierra ecuatoriana —exclamó Lorenzo—, eres una prodigiosa mina de inagotables bienes!

Tenía razón, una vez más, el administrador. De día las huertas se le antojaban a Lorenzo cargadas de metal precioso, y de noche soñaba que, transformado en semidiós, penetraba, para robar manzanas de oro, en el jardín de las Hespérides.

## IV

Terminada la labor diaria, al anochecer, Lorenzo regresaba con sus compañeros a la casa céntrica de Almacigal. Frente a ésta, bajo las palmeras, oculta por la espesa cortina del follaje, corría entre peñascos una fuente cristalina y fresca, que proveía de agua al vecindario. Los que formaban la caravana echaban allí pie a tierra cada tarde para bañar los sudorosos cuerpos, cansados y tostados por las llamas del sol tropical, durante ocho a diez horas de cabalgar. Al salir del baño se reunían todos en el balcón, que también servía de espaciosa sala a la casa, y principiaba la tertulia, en la que tomaban parte la señora Doral y Delia. La cena no interrumpía la charla, que se proseguía hasta las diez de la noche. Cada cual traía a colación algún cuento alegre o trágico. Hacían lenguas con frecuencia de las bandas de *chapulos*, insurrectos que, en días no lejanos, recorrían los campos, robando reses y exigiendo dinero de los hacendados. Los perseguían las tropas del gobierno, y éstas, a su vez, aun más despóticas, y así más temidas, arrebataban víveres y caballos. Frente a la casa de Almacigal, D. Miguel había indicado a Lorenzo un pequeño túmulo, donde estaban enterrados unos chapulos que riñeron ebrios, al

pie del balcón, y acabaron por matarse a machete y bala.

Los comensales del doctor Cilda, como llamaban a Lorenzo, le instaban con frecuencia para que les hiciera la descripción de París y les refiriese su vida y sus placeres. No se cansaban de pedirle datos acerca de la torre Eiffel, que se les antojaba la octava maravilla del mundo. Él se daba prisa en contentarlos para deshacerse de ellos y acercarse a Delia. Lo conseguía cuando el escribano redactaba el atestado de los trabajos del día, bajo la dirección de D. Miguel, secundado por los peritos y los testigos. Firmada por todos el acta, el administrador poníase a jugar con éstos al naípe, y Lorenzo, que no sabía el tresillo, aprovechaba la oportunidad de conversar con Delia, cuya madrina, rezando el rosario en la hamaca, se dormía.

Se éxtasiaba al observar la transformación, cada día más acentuada, que se producía en la salud de Delia. Su buen humor volvía con las rosas de las mejillas. Sus ojos, sus hechiceros ojos, despedían de nuevo la viva llama que tanto le conmovía. Ella le trataba con amistad y franqueza, dominando en su acento la dulce sensación que experimentaba al verle aproximarse, y hablarle, y aun más al contacto de su mano cuando estrechaba la suya por la mañana y por la noche. No se negaba nunca a complacerle si le pedía que se sentase al piano, y más de una vez ejecutó, a ruegos de él, aquel nocturno de Chopín que la oyó tocar en la casa de las Peñas. Igualmente la complacía Lo-

jante arranque», suspiraba Lorenzo esa noche, cavilando en la soledad de su cuarto.

Anhelaba saber el nombre de aquel a quien Delia amaba, y era esto un pensamiento fijo que le torturaba. Maldecía su curiosidad, sin lograr apartarla de su mente.

En una de las veladas siguientes, durante la cual la temperatura más agobiante y la atmósfera cargada de electricidad anunciaban que no tardaría en desatarse la tempestad, Lorenzo nervioso, sintió más apremiante su ansia de saber la verdad, y se decidió a interrogar a Delia de un modo indirecto y con discreción.

—Dígame, Delia, ¿es cierto que su hermana Rosario no tardará en casarse?

Algo sorprendida de la pregunta, contestó ella sencillamente:

—La boda se verificará cuando regresemos a la ciudad, al terminarse los inventarios.

Cobrando valor, agregó Lorenzo:

—¿No se propone usted seguir pronto su ejemplo?

—No tengo novio—respondió, sonrojándose.

Insistió él:

—Sin haber celebrado abiertamente esponsales se puede...

—¿Se puede?...

—Amar y ser amada, sobre todo quien, como usted, con tantas seducciones y tan perfecta, merece, más que nadie, serlo.

—Desengáñese—replicó, latiéndole recio el corazón—, muy distante estoy de ser tan perfecta como bondadosamente me cree usted—. Y, esforzándose por sonreír, añadió: —No ha podido aún conocer mis defectos.

—Aunque los tuviera, harían sobresalir más sus cualidades, las que sí pude apreciar ya, y, entre éstas, la franqueza.

La intensa luz de un relámpago les cegó un instante. Callaron, mientras Delia se persignaba. Poco después, ella, sin darle tiempo de que él hablara, dijo:

—La sinceridad y la franqueza son efectivamente las más hermosas cualidades de un alma honrada y leal. Como usted las posee, ¿qué me contestaría si, a mi vez, le interrogase en igual sentido?

Lorenzo comprendió que había caído en su propio lazo. Incapaz de mentir, iba a verse obligado a confesar el compromiso contraído con Elena. Sólo supo balbucir:

—Usted me interroga sin haberme contestado.

Receló que la réplica de Delia le metiera en un callejón sin salida.

Súbitamente, el formidable estallido de un trueno, tras la llamarada de un rayo, sacudió la casa. Despertándose de sobresalto, la señora Doral gimió:

—¡Jesús, María y José!, ¡apiadaos de nosotros! Delia, Delia, llama a los sirvientes. Vamos a recitar las letanías para que Dios nos proteja.

La centella cayó cerca afirmó D. Miguel, soltando el naípe—. Mañana verá usted, Lorenzo, proba-

blemente, una palma destrozada allí donde está la fuente.

Relámpagos y truenos siguieron causando viva alarma al par que diluviaba. Las sirvientas, entre las cuales se hallaba Concha, formaban corro de hinojos alrededor de la *señorita* y de la *niña*. Lorenzo, menos impresionado por la furia de la tempestad que por el giro de su conversación imprudente, escuchaba, entre los estallidos celestes, la voz de Delia que invocaba piadosamente a la Virgen y el murmullo de las voces que contestaban:

—*Ora pro nobis.*

Se sentía profundamente triste, inculpándose por su insensata curiosidad y disgustado de no haber logrado descifrar el enigma de la Esfinge al aventurarse en un terreno resbaladizo, desoyendo la voz de su conciencia que clamaba el peligro. Comprendía que si seguía avanzando por igual camino, no saldría de él sin sufrir y tal vez, lo que era peor, sin hacer sufrir. A su lealtad repugnaban la traición y la mentira. ¿Qué? ¿No amaba ya a Elena, pues tan irresistiblemente le atraía la belleza de Delia? ¿Cómo substraerse al hechizo de ese hermoso rostro, a la mirada de esos ojos negros, cuyo resplandor aceleraba el latido de su pecho ardiente y le llegaba al fondo del alma para torturarla? Renegaba de la obligación de presenciar los inventarios, que le constreñía a vivir bajo el mismo techo que ella, a contemplar a cada instante sus atractivos y a deleitarse en sus méritos. Preferible era huir,

alejarse el día siguiente como un cobarde, incapaz de hacer frente al peligro, que doblar la cerviz al yugo. Buscaba el pretexto que pudiera convencer de la urgencia de su regreso a la ciudad y no lo hallaba...

Don Miguel, acercándose a Lorenzo, le dijo:

—Haría bien, mi querido amigo, en retirarse a descansar. Al rayar el alba cabalgaremos, y, yendo lejos, será mañana aún más ardua la faena. ¡Con tal que el diluvio cese! Lo creo, porque la tempestad se aleja.

Lorenzo se dió cuenta entonces de que todos sus compañeros se habían recogido ya. Estrechó la mano del administrador y pasó a su cuarto, sin la esperanza de poder conciliar el sueño...

Delia, apenas logró estar sola, tendida en la hamaca, soñaba, a su vez, despierta. Intentaba comprender el pensamiento de Lorenzo. ¿Cuál era el significado de sus palabras? ¿Por qué deseaba saber si había entregado ella su corazón? ¿Por mera curiosidad? ¿Por pasatiempo? Bien veía, en las miradas y en los conceptos del doctor Cilda, que experimentaba sumo agrado en su trato. Al galantearla, ¿qué se proponía? ¿Podía acaso suponer, esperar, creer que Lorenzo la amaba sinceramente? Mentiría ella si negara cuánto le quería. Desde el día que le vió, a su regreso de Puná, le fué simpático. Su amor nació imperioso àquella tarde del almuerzo en la casa de las Peñas, y siguió creciendo con ímpetu fogoso a cada entrevista, en cada uno de los paseos nocturnos de Lorenzo por ese barrio, al extremo de no soportar su alejamiento, como una flor

que se marchita si le falta el sol. Se alarmaba de la intensidad de ese cariño, consciente de sus peligros. La desigualdad de cuna, de posición social y fortuna se erguía, sembrando obstáculos insuperables entre ambos. ¡Cómo ansiaba también escudriñar el alma de Lorenzo para leer en ella su destino!

Febrilmente su pie golpeaba el suelo para mecer la hamaca, e indecisa entre la duda y la esperanza, apretado el corazón, ahogando los sollozos en su garganta, exasperados los nervios, temía que estallara una de esas crisis que tanto alarmaban a su madrina. Su altivo orgullo le infundió fortaleza. Seguiría aparentando, con mayor reserva, serenidad para no exponerse a ser el juguete de un capricho. El cansancio cerró sus párpados y, en su agitado sueño, murmuraba:

¡Virgen santa! ¡Haz que me quiera realmente y que sea yo su esposa!

## V

Durante la primera semana de su permanencia en Almacigal, Lorenzo visitó las huertas situadas al sur de la hacienda a orillas del Puca. Seguía apuntando en su cartera las impresiones que experimentaba, su admiración, su alegría y su gratitud por la espléndida tierra providencial, a medida que pasaba bajo los áureos árboles, frente a los cafetales, cuyas flores despedían la fragancia de los azahares, o por los potreros, dilatándose en verdes sabanas donde relinchaban las yegua's y bramaban los toros a la ardiente claridad del sol, o por los montes umbríos cuyo silencio interrumpía sólo el suave murmullo de límpidos riachuelos y el dulce trino de algún pájaro, entre la pasmosa confusión del follaje de una naturaleza vigorosa y fantástica. No se cansaba de contemplar esas tierras, que orlaban, culebreando, las plateadas cintas de los ríos a través de las altas hierbas. En el desarrollo grandioso de su belleza invernal exhibían a las miradas curiosas y cautivadas de Lorenzo hechiceros paisajes al par que escenas, divertidas unas, patéticas otras.

Después de los plantíos de Guarumito y de la Balsa, donde miró las delicadas cañas de azúcar y se dió cuenta del trabajo en el ingenio, recorrió a caballo, sucesivamente, los campos de Chorrillos, cuya esme-

ralda enrojecían las flores amarillas de los aromos, y los potreros de San Pablo, donde pacían unas quinientas reses.

En cada cuerpo de Almacigal, la finca presentaba un aspecto casi idéntico. Cerca de la casa del mayordomo, construída a proximidad del río, edificio rústico de madera con techo de tejas o de zinc, frente al cual se extendían las barbacoas en que secaban el cacao, se agrupaban las humildes chozas cubiertas de hojas de palmera, *cadi* o *bijao*, viviendas de los peones conciertos de la hacienda. Las palmas de coco alrededor de las habitaciones, parecían colosales centinelas guardándolas y dominaban a los demás árboles de sabrosas frutas, en las que Lorenzo volvía a ver tantas que fueron su regalo en la infancia: naranjas, aguacates, caujes, guayabas, chirimoyas, mameyes, sinnúmero de otras, entre las cuales prefería los fragantes mangos, bajo cuyas anchas copas paraba el caballo, buscando sombra y descanso.

Jardincillos le halagaban la vista al pie de las casas con infinidad de flores y hortalizas. En las vegas movíanse, al soplo de la brisa, las espigas del arroz y las vistosas hojas del tabaco. Doquiera el maíz elevaba sus sedosas panojas. A medida que se internaba, las tierras, cabrilleando, se dilataban en verdes sabanas pobladas de animales, y del centro de esas llanuras, a semejanza de inmensas mangas de agua, surgían las espesas columnas de hermosas cañas o *gadúas*, que, prefiriendo vivir entre micmbros de una misma familia,

alejan de su vecindad a las demás plantas. Los cañaverales, ¡cómo revestían de atrayente color local los tropicales campos!

El bosque misterioso alzaba en lontananza, al borde del horizonte, sus gigantescas murallas, coronadas de llamas por el sol.

Lorenzo se sorprendía de que no estuviera cultivado en su totalidad el fecundo suelo.

—Faltan los brazos—le decía el administrador.

Le parecía increíble que la inmigración extranjera no se encaminara en masa hacia una nación donde la agricultura compensa con largueza el menor esfuerzo de los labradores y que, en su inmensa y fabulosa región oriental, ofrece el verdadero Eldorado.

En la mañana siguiente a la noche en que estalló la tempestad, Lorenzo y sus compañeros guiaron sus caballos al norte, hacia la montaña de Balzar, límite recóndito de Almacigal. Precisaba cabalgar todo un día para llegar, a través de la selva de San Pablo, a la finca del Congo, a orilla del río de igual nombre. Desde ese sitio, regresarían por la margen del Daule, y, en el trayecto, a la ida y a la vuelta, se procedería a los inventarios de ocho cuerpos de huertas más importantes que las que ya habían recorrido. Permanecerían ausentes de la casa central dos días y dos noches, motivo por el cual se despidieron todos muy afectuosamente de la señora Doral y de su ahijada. Lorenzo, al estrechar la mano de Delia, le dijo:

—Para que me resulte menos pesada la permanencia

en tan distantes parajes, le agradeceré que hoy y mañana se sienta al piano por la noche, como acostumbramos a hacerlo. El eco me llevará sus armoniosos acentos y alegrará mi soledad.

Le contestó riéndose, agradecida al ruego:

—Sería menester, para cumplir su anhelo, un eco poderoso, o de preferencia, un teléfono. Temo que sólo oiga usted allá la canción de los mosquitos y las melodías de las ranas.

—Mi corazón oirá a usted—murmuró tan quedo que pudo ella aparentar que no entendió sus palabras.

Después de contornear la embocadura del Perinao, donde D. Miguel intentaba aclimatar, en la formación de un potrero, una hierba recientemente importada, la paja de la Virgen, los jinetes penetraron en la selva oscura y silenciosa de San Pablo. Bajo la bóveda gigantesca, que el sol, triunfante encima en un cielo sin nubes, flechaba con ardientes rayos sin lograr atravesarla; avanzaban entre dos murallas vivas, impenetrables, formadas por el empuje formidable de la savia sobre la tierra ubérrima. La naturaleza había edificado allí con frenesí los laberintos de intrincada arquitectura, atrevida pero original, grandiosa.

La apretada espesura brotaba del suelo tapizado de césped entre un mar de helechos de cuyo seno se elevaban y se dilataban, sin verse el fin, las columnas de esbeltos tallos, de corpulentos troncos, coronados, unos y otros, a desiguales alturas, por las robustas ramas, cuyo follaje se extendía, enredándose fantástica-

mente o descendía de las copas, formando cascadas verdes. De todos lados se alargaban los caprichosos brazos y crecían los delicados retoños, manifestando todos los vegetales la alegría de vivir, de crecer libremente, de multiplicarse, prodigando infinidad de flores y asombrantes frutas. Todo un territorio de gigantes había allí que erguían soberbios las frentes y tendían los vigorosos brazos, dominadores, para luchar entre sí y robar al vecino la mayor parte de espacio que pudieran. En la incesante lucha, prodigioso era el esfuerzo de las hierbas, los arbustos y los árboles, que parecían precipitarse los unos contra los otros, enlazarse, agarrarse con las ramas, las hojas y las flores, herirse con las espinas y ahogarse con las lianas y las plantas parásitas, que los ataban poderosamente para siempre, acababan por mezclarlos y de la íntima unión hacían surgir vástagos híbridos en un inconcebible derroche de vegetación estupenda.

Atónito, Lorenzo, sintiendo desbordar de su pecho el entusiasmo, contemplaba la magnificencia inaudita de la selva. Nada había visto aún que igualara su portento ni en el famoso bosque de Fontainebleau, cuyos gigantes majestuosos, seculares, los conocía todos, desde el Carlomagno y el Faraón, que ostentan en la corteza rugosa los venerables atributos de la vejez, hasta el llamado *Fuego Artificial*, que ensancha su frondosa frente cual si fuera una opulenta cabellera, sin olvidar el Júpiter y el Soberbio, que de un tirón elevan al cielo el monstruoso tronco, cuya circunferencia

no alcanzan a medir diez hombres, dándose las manos. ¡Cuántos colosos idénticos, o más imponentes todavía, miraba Lorenzo en la selva ecuatoriana! Entre éstos, uno excitó vivamente su curiosidad, el Matapalo, vegetal diabólico, que nace como una planta parásita al pie de un árbol, trepa, envolviéndose en contorno de éste, se desarrolla a sus expensas, se nutre de su savia como un vampiro y, por fin, lo ahoga entre sus robustos brazos, como Hércules a Anteo, para erguirse a su vez cual coloso vegetal cuyas raíces se elevan lentamente de la tierra y forman, a poca altura, espacios que pueden contener a varias personas.

La familia de las palmeras, tan bella como numerosa, asombraba igualmente allí a Lorenzo. Don Miguel le nombró entre las más útiles: el *cadi*, que cubría los techos de las casas de sus peones y cuya nuez, tan estimada en Europa, es el corozo o marfil vegetal; la *toquilla*, planta en forma de abanico, con cuyas hojas se tejen los sombreros de paja, injustamente llamados de Panamá en el viejo continente, ya que esa industria es esencialmente ecuatoriana.

El camino por donde cabalgaba Lorenzo, abierto tras una lucha obstinada y que la selva disputaba cada día al machete de los leñadores, constituía una *manga* que iba estrechándose, bajo la bóveda umbría, entre la legión de titanes, que parecían querer escalar el cielo, y de caprichosos enanos que surgían del océano verde del follaje, cuyas olas dijérase que se preparaban a sumir a los jinetes, porque, a ratos, las plantas, corta-

das al principio del invierno, se erguían de nuevo triunfantes a la altura de las rodillas, y era menester que los peones de la escolta se adelantaran para machetearlas, al par que las ramas, que amenazaban aporrear las frentes para atajar el paso.

Lorenzo en la manga, cuyo término no alcanzaba a ver, exigía que fuera menos rápido el andar de los caballos para deleitarse más en el encanto misterioso de la selva y obligarla a revelarles sus secretos. Su corazón fogoso y entusiasta se prendaba de su belleza, cual se enardecía por la de Delia, súbitamente. Anhelaba echar pie a tierra, saltar los setos vivos, penetrar en el intrincado laberinto, sumirse en el verde océano para saciar la vista en la contemplación de tan extraordinaria naturaleza, respirar desconocidas fragancias, embriagarse en virginales efluvios y experimentar la sensación de la novedad a la sombra de un roble o de un quiebrahacha, bajo el toldo flotante que entre sí formaban las ramas de árboles diferentes. Sus manos ansiaban acariciar las sedosas flores, las aterciopeladas frutas y los finos encajes vegetales que ostentaban en sus mantos regios los soberanos de la selva, obra maestra de invisibles hadas.

Don Miguel instaba a Lorenzo para que acelerase el paso de su corcel porque faltaba mucho que recorrer hasta llegar al término del viaje; pero él, en su continuo arrobamiento, no desprendía los ojos de la selva y negábase a complacerle. A veces, un pájaro que huía de un árbol sacudía la rama, de la que llovían

las gotas de rocío sobre la frente de Lorenzo, o bien una bandada de pericos chirriaba ruidosamente, un mono hacía muecas y lanzaba una cáscara de fruta o una iguana se deslizaba por un tronco. Todo le cautivaba y le divertía: las preciosas mariposas en cuyas alas irradiaban multicolores gémias, la monótona faena del pájaro carpintero, el reclamo del predicador, el saludo del diostedé.

A las doce del día los jinetes salieron de la selva y llegaron, en breves instantes, a un sitio raso donde se elevaban unas pocas habitaciones de leñadores y boyeros. Allí debían almorzar y descansar, reposo bien merecido después de cinco horas de cabalgar. En el suelo yacían, derribados por las hachas, algunos de los gigantes de la selva, imponentes como aquellos que Lorenzo acababa de ver en pic, triunfantes, majestuosos y soberbios. Se acercó a mirarlos y, sorprendido de sus dimensiones, exclamó, parodiando involuntariamente las palabras de Enrique III ante el cadáver del duque de Guisa:

— ¡Aun más grandes son de lo que me figuraba!

## VI

Lorenzo se irguió de la hamaca, acariciado por la brisa fresca de la mañana. Le despertaban los mugidos de los terneros, encerrados en el corral junto a la casa, a los que contestaban las vacas, sueltas en la llanura, que aguardaban impacientes que sus hijos fueran a prenderse a las ubres.

Había pasado la noche en la mansión del guarda de la Isabel. Se dirigió hacia el balcón que daba a la orilla del río de Balzar. La luz del alba blanqueaba el horizonte. La tranquilidad de la naturaleza, medio dormida aún, y la dulzura del paisaje, impregnado de rocío, que lentamente se aclaraba, le alegraron el alma propensa a la melancolía. Recordó que la noche anterior, rendido de cansancio después de cabalgar nueve horas, se apoyó en esa misma baranda y miró brillar en la obscuridad profunda de la huerta, como estrellas errantes, las fosforescentes luces de los cocuyos.

Meditabundo, vió aparecer la aurora y bañar en tintes rosados las colinas que le rememoraban las de los Pirineos, contempladas en Pau desde la balaustrada del paseo del Mediodía. Un largo rato permaneció absorto en la contemplación del despertamiento de la naturaleza. Los rayos del sol doraban ya las copas de los árboles que formaban grupos sombríos alrededor de la casa. En los potreros, la vida renacía animada entre las reses. Los pájaros saludaban con trinos la vuelta del día, especialmente el *hoyero*, que sólo canta cuando

amanece. Palmas y bambúes imprimían allí también su soberano encanto a la tierra. La fragancia que despedía un cafetal de veinte mil matas atrajo hacia él la mirada de Lorenzo, que se complació mirando las blancas flores y las frutas encarnadas, semejantes a cerezas oblongas. En la margen del río cubrían la vega el arrozal, donde saltaban las codornices, y las anchas hojas del tabaco.

Una agraciada muchacha, en el desarrollo de diez y seis primaveras, de tez morena como la de una gitana y vivos ojos negros, ordeñaba una vaca al pie de la casa, a la puerta del corral. El sol iluminaba toda la tierra cuando bajó Lorenzo y se dirigió hacia ella:

—¿Quieres darme un poco de leche? le preguntó amistosamente.

Inmutada y ruborizándose, sin contestarle, le tendió el licor blanco en un mate.

—¿Cómo te llamas?—volvió a preguntarle.

—Estrella.

—Bonito nombre. ¿Quién es tu padre?

—Soy la hija del guarda de esta huerta.

—Me alegro de conocerte. ¿Sabes tú quién soy yo?

—El amo.

Lorenzo se rió al oír la ingenua respuesta y, alargándole una moneda blanca, le dijo:

—Toma, preciosa. No te olvidaré.

Estrella se negó rotundamente a aceptar la moneda; él era el amo y todo le pertenecía.

Durante las horas de la mañana empleada en los inventarios de la Isabel, Lorenzo vió elevarse en el bosque una columna de humo. Preguntó a D. Miguel si era un incendio.

—Es un terreno que los sembradores preparan para enterrar las semillas—le explicó el administrador.

Guió su caballo a esa parte y, presenciando el trabajo, se enteró de lo que eran la *zocola* y la *roza*. Al regreso, pasó frente a un extenso platanal y creyó que cultivaban allí esa fruta para exportarla. Supo entonces que el plátano, árbol fénix, renace de sus cenizas y se multiplica con los renuevos que brotan al pie del tallo. Lo siembran en las tierras donde entierran las semillas del cacao y del café para que sus anchas hojas den sombra a los tiernos arbustos. Estos serán protegidos más tarde por frutales y por livianos *bucares*, cuyas espinas alejan los monos, las ardillas y las aves que perjudican a las huertas.

Sentado a la mesa para el almuerzo, Lorenzo se sorprendió de que los comensales anunciaran la próxima llegada de una embarcación, sin que se alcanzase a ver ninguna en el río. Uno de ellos le indicó los pájaros negros que volaban sobre la corriente en dirección a la casa.

—Son los anunciadores de las canoas—le dijeron— las aves mensajeras.

Efectivamente, no tardó mucho en dejarse oír el ruido de los remos y en atracar a la orilla una canoa de pieza, de la que saltó un hombre.

—Es el gringo exclamaron los que le conocían.

Suelen llamar así en el Ecuador al extranjero que, estropeando el castellano, se expresa en un lenguaje disparatado.

—Sí, es Mateo,—confirmó D. Miguel, que agregó, dirigiéndose a Lorenzo—: Este italiano recorre nuestros campos tres o cuatro veces al año para vender a los montubios infinidad de objetos que trae en su canoa convertida en amplio bazar. Su comercio le deja buena utilidad, y siempre vuelve con telas, quincallas, ropa, porcelanas, latas con conservas, etc. Hay de todo, hasta guitarras. Agrada con su carácter jovial y su honradez relativa de mercader ambulante. Trae noticias de la ciudad y lleva allá nuestras cartas. Hele aquí.

Subió Mateo y, tras los saludos amistosos, se le brindó asiento a la mesa.

—¿Cómo van sus amores?—le preguntó en medio de la charla general uno de los peritos.

—¡*Per Bacco!* ¿Quién va a querer a un pobre diablo como yo?

—No se rebaje tanto, *don* Mateo. Sabemos que hay un par de ojos negros que le atraen a estas orillas más que el desco de meternos gato por liebre con sus mercancías—replicó aquél, embromándole.

—Siempre me está usted picando y acabaré por enfadarme—dijo Mateo con un tono agridulce.

—Bueno, no se incomode, si no quiere que le nombre la *estrella* que sus ojos prefieren contemplar.

—¡*Per la Madonna!* Cállese, perverso hablador— replicó el gringo, que era joven y no mal parecido, mirando de todos lados, temeroso de que las indiscretas palabras hubieran sido oídas por quien no le convenía que las oyese.

Lorenzo comprendió que era una alusión a la hija del guarda.

El Sr. Doral sacó de apuro al italiano, preguntándole:

—¿Qué noticias nos trae, Mateo, de Guayaquil? ¿Es cierto que allí varias noches consecutivas hubo incendio?

—Sí, D. Miguel; casi todas las noches siguen incendiándose algunas casas.

—¿Será el resultado de una imprudencia? No puedo creer que se trate de atentados criminales.

—Cada partido político inculpa al otro de que manda prender fuego para aterrorizar al pueblo; *ma, ¡corpo di Cristo!*, eso es demasiado abominable para ser verídico. También creo yo que los incendios son casuales. Un ligero descuido, y ¡como las casas de madera arden tan rápidamente!

Mateo, que temía comprometerse si seguía hablando de las luchas políticas del país, se apresuró a sacar del bolsillo un paquete de cartas que entregó al Sr. Doral, diciéndole:

—El capitán del *Nobol*, a quien dijeron en Balzar, que usted presenciaba aquí los inventarios, me encargó que le entregara esto.

Hay cartas para usted, Lorenzo—exclamó D. Miguel.

Lorenzo las recibió. Eran cuatro, las primeras que llegaban a sus manos desde la salida de Guayaquil. Se apresuró a beber la taza de café y, alejándose de los compañeros, empezó a leerlas.

Abrió impaciente la que tenía el sello de Francia porque vió la escritura de Lila, y tan viva fué su emoción cual su alegría al hallar dentro otra carta, de Elena ésta, que leyó en seguida. Uno de los párrafos decía: «...¡Qué triste estoy, querido Lorenzo, muy triste! Durante las largas veladas de invierno jamás veo brillar en el cielo sombrío nuestro lucero y así no puedo confiarle mis pensamientos para que, lo contempléis, e, interrogándolo, os los diga. Confiaré mis penas a este papel, cuya suerte envidio porque va adonde estáis. Una pesadilla me oprimió anoche el corazón. ¡Qué angustia! Soñé que me queríais menos y no os dabais prisa en regresar. Me desperté, sollozando. Mentiras son los sueños, lo sé, y también que no debo dudar de vuestro amor. Sin embargo, permanezco triste. Regáñeme, lo merezco, pero el corazón que ama sinceramente, ¡cómo no ha de temer y sufrir si no tiene a su lado a la única persona que puede consolarlo y confortarlo! ¿Cuántos meses durará aún vuestra ausencia? ¡Dios quiera que, en la selva de la hacienda ningún peligro os amenace! ¡Que viva yo en vuestro pensamiento, pues del mío no os alejáis ni un solo instante!...»

Pensativo, experimentando tristeza y remordimiento, pasó a leer la carta de Lila que le abría su corazón:

«Hermano querido: Vuelve pronto. Tengo un gran secreto que anhelo confiarte. Si estuvieras cerca de mí, ya lo hubieras oído de mis labios. Quizás no, no me atrevería, a pesar de tu inmensa ternura. Prefiero que no me veas sonrojarme al hablarte de... él. Mi corazón late, hace unos días, más rápido y más recio que antes. ¿Qué afección será ésta, experto doctor? Bien lo sabrás, ya que padeces de igual mal. A nadie se lo he dicho, ni a Elena, aunque la muy pícara debe adivinarlo. ¿Te inquietas, pides que te lo nombre? No seas tan curioso... Tiene bigotes rubios y unos ojos azules cuyas dulces miradas me dijeron con elocuencia lo que él calla, aguardando que regreses para declararse. Manifiesta así su deferencia hacia ti, que bien le quieres y mucho le estimas. ¿Su nombre? ¿Exiges que te lo diga? Vuelve pronto y lo sabrás. Con el egoísmo que inspira la dicha, insisto en que regreses pronto, sin pensar que el cariño que me profesas fué el principal motivo de tu viaje que te alejó de Elena. ¡Cuánto te quiere! ¡No es posible querer más ni de mejor manera! Así querré a... Jorge.»

Lorenzo, desde los primeros renglones, adivinó que Lila amaba a Jorge de Latour, el hermano de Elena, cuyas cualidades apreciaba. Experimentó viva satisfacción. Nadie haría como él dichosa a Lila.

«Ese nuevo vínculo de familia completará también mi felicidad,» murmuró, profundamente enternecido al par que asediado por la implacable voz de su conciencia. Quiso imponerle silencio, leyendo la tercera carta. Se la mandaba Ulbio en estilo mitológico, ridículo, que se le antojaba chistoso.

«Querido Lorenzo. Déjame que vaya a auxiliarte. Temo que te hayas metido desatinadamente en un laberinto del que sólo podrás alejarte, abandonando en la roca a Ariadna...»

La última de las epístolas era de la tía Dolores y encerraba un objeto envuelto en papel de seda:

«Negrito querido: Te mando un escapulario de Nuestra Señora de la Merced, que está bendito y que yo misma bordé, pensando en ti. No abrigo la ilusión de que lo colgarás a tu cuello. ¡Quíá! Un parisiense librepensador, como sin duda lo eres, no carga ese trebejo de la superstición; pero puedes meterlo en un bolsillo y lo harás, si quieres a tu vieja Tita. Segura estoy, yo que no perdí la fe entre los intelectuales de tu famoso París, que te libraré de todo peligro, y ¿quién sabe?, tal vez de un disparate...»

Lorenzo permaneció un largo rato sumido en las cavilaciones que promovieron los diversos sentimientos expresados en las cartas recibidas. La última humorada de Tita cruzó su mente y, como un eco de su alma, que persistía en no olvidar a Delia, murmuró:

—¡Un disparate, sí! ¿Qué duda cabe?

## VII

La faena de los inventarios cesaba los días festivos. Cada domingo por la mañana se procedía a la venta de la res degollada al rayar el alba. La venta se hacía bajo la vigilancia del mayordomo y del administrador. Delia inscribía en un libro de asientos los nombres de los compradores, que nunca pagaban de contado. Casi todos eran peones de la hacienda. Varones, hembras y chiquillos acudían, descalzos en mayor número y con el estricto atavío que exigía la decencia. Los que venían de lejos llegaban en chúcaros, trayendo en ancas a la mujer o al hijo. Formaban grupos divertidos, hablando recio y con el deje peculiar de la gente montubia, en un lenguaje cuyos modismos entendía difícilmente Lorenzo.

Por la mañana, ese día, se efectuaba igualmente la paga a los peones: rozadores, sembradores, cosechadores, boyeros desfilaban ante D. Miguel, que ajustaba las cuentas, secundado por Delia.

Lorenzo cerca de ella, admiraba la actividad que desplegaba y la bondad con que trataba a los campesinos. Acariciaba Delia a los chiquillos, sonreía a las mujeres con quienes conversaba, sin exceptuar a

ninguna, y afectuosamente regañaba a los varones cuya conducta durante la semana mereció alguna queja. Todos la querían. Y ¿cómo no quererla? Jamás dejaba de acudir a la choza donde había una desgracia por socorrer, un duelo por consolar. Sí, todos la adoraban, lo que se observaba aun entre aquellos que, escuchando sus buenas palabras, proponíanse no cumplir las promesas de corregirse y volvían al vicio de la bebida y a maltratar a sus compañeras.

El domingo por la tarde se aguardaba a que el sol declinara para montar a caballo e ir, menos agobiados por la temperatura, a visitar a algún hacendado de las inmediaciones o a solazarse en el pueblo de Balzar. Lorenzo se excusaba de acompañar a D. Miguel y sus huéspedes, invocando el cansancio y la necesidad de recobrar fuerzas para los trabajos de la semana, pretexto motivado por su vivo deseo de permanecer cerca de Delia, aun corriendo el riesgo, como a veces sucedía, de tener que soportar la incansable charla de la señora Doral, en la que surgían los héroes de la Independencia y, en primera línea, el Libertador, al que ponía muy por encima de Wáshington, Napoleón, César y Alejandro.

Por muy grande que haya sido Wáshington—exclamaba—todo le favoreció en su empresa. Los demás, ¿qué fueron? Conquistadores famosos, inmortales, convengo en ello, pero ¿cómo podría equivaler la obra de la conquista, a la obra de la redención de

cinco Estados, de la emancipación de medio Continente, tras veinte años de esfuerzos sobrehumanos?

En cuanto Lorenzo podía eludir, sin descortesía, el latoso patriotismo de la intempestiva admiradora de Bolívar, se acercaba a Delia y le comunicaba sus impresiones referentes a las escenas rústicas presenciadas por la mañana. La cumplimentaba por el arte y la amabilidad con que desempeñaba su poco agradable tarea:

—Cada día—le dijo una tarde—observo una nueva cualidad de su alma y de su inteligencia. Comprendo que los peones la adoren, la veneren. Es usted la providencia de todos.

Y al oírlo que rechazaba el elogio, replicando:

No hago sino seguir los consejos de mi madrina. Ella es la que merece todo el agradecimiento.

Insistió calurosamente:

--No. El hada de Almacigal es usted, un hada buena y la más digna de ser adorada.

Delia reveló en su semblante que le disgustaba, por excesiva, la alabanza. Quiso él reparar su falta y la agravó.

- Perdóneme, Delia, si mis palabras la disgustaron, pero menos culpable soy yo que usted. ¿Por qué despliega tantas seducciones que nadie mira sin rendir el corazón?

No obtuvo respuesta. Delia, reflejando seriedad en el semblante, se levantó para ir a sentarse al piano. Lorenzo la siguió, preguntándole:

—¿Quiere usted que toquemos a cuatro manos?

Se negó a complacerle y, afligido, permaneció silencioso, escuchándola.

Con frecuencia ocurría que a cuatro manos descifrarán partituras. Los brazos se rozaban entonces, las manos se acercaban, los hálitos se mezclaban, y, febriles, ardientes las sienas, sentían latir más unísonos ambos corazones que las notas vibrantes del teclado, y más armoniosas sus almas felices y enajenadas que todas las frases musicales.

Un domingo D. Miguel propuso un paseo a caballo a la lechería de Platanal, donde merendarían. Se iría allí atravesando el monte, cuya sombra mitigaría el ardor del sol. Su esposa y Delia accedieron a acompañar a los varones. El administrador y el escribano abrieron la marcha. La obesa dama ocupaba, en una robusta yegua, el centro de la cabalgata, junto a Delia y a Lorenzo. Los peritos y los testigos iban detrás, precediendo a los habituales peones de la escolta. Las damas no gastaban el traje clásico de montar adoptado por el bello sexo. Las faldas largas de la amazona resultarían de uso difícil por aquellos caminos mal trillados. Lorenzo, cuya mano rehusó Delia para subir a la silla, la vió ligera sentarse en ésta, saltando desde la escalera, a cuyo lado, bajo la casa, trajéronle el caballo. En el trayecto iba admirando su soltura y habilidad en el arte de manejar al animal.

Era una tarde espléndida. Las lluvias de los días

anteriores avivaban la lozanía de la vegetación, realzando los matices de las flores y cuajando las huertas de mayor número de áureas mazorcas. Los jinetes andaban al paso largo de los caballos ecuatorianos, que no trotan. Sólo Lorenzo montaba según la costumbre inglesa.

La riqueza de la flora del suelo natal seguía promoviendo la admiración del doctor Cilda y ésta rebosaba ahora en sus palabras con mayor entusiasmo al cabalgar por la fecunda tierra al lado de Delia y oír de sus labios las explicaciones acerca de los dones prodigados allí por la naturaleza. Era una manga, que aun no conocía, la que recorrían y en la que la hermosa joven le indicó varios árboles que tampoco había visto todavía, el *ríma*, de fruta globulosa, o árbol del pan, el *damajagua*, cuya corteza, bien preparada, imita el paño. Como para agradecerle la condescendencia en satisfacer su curiosidad, Lorenzo apenas alcanzaba a ver una flor vistosa o fragante, se apresuraba a cogerla para que se la prendiera Delia en el pecho.

Cruzábanse en el camino con algún hacendado acompañado de sus peones, porque, a falta de carreteras y caminos vecinales, los dueños de las fincas se ven obligados a permitir el paso por sus tierras. Aquél se acercaba a la cabalgata y la conversación se generalizaba durante algunos instantes. Quiso la casualidad que vieran pasar otro grupo de jinetes entre los cuales iban mujeres, y una de éstas llevaba en

brazos a un recién nacido, de tez tan prieta como la de ella. Eran montubios de humilde condición que regresaban de Colimes, donde fué bautizado el angelito. Delia y Lorenzo se apartaron de sus compañeros para ir a verle.

—¡Qué monísimo es!—exclamó ella, inclinando la cabeza para besarle—. ¿Será varoncito?—preguntó en seguida a la que le cargaba.

—No, hembrita contestó la interpelada, que no les conocía y, figurándose que eran esposos, a su vez preguntó:

—¿El caballero y la señorita tienen niños?

Delia se sonrojó, mientras Lorenzo, riéndose, contestaba:

—Ambos somos solteros.

—Dispénsenme. ¡Forman tan linda pareja!

Delia, para ocultar su turbación, hizo dar media vuelta a su caballo y regresó al lado de su madrina.

Lorenzo, regocijándose de la ocurrencia, se sintió como unas castañuelas y puso un escudito de oro en la mano de la montubia, diciéndole:

—Para que le compre una medalla de la Virgen a la mamoncita.

Al dirigirse hacia la cabalgata vió que Delia, saliendo del grupo, lanzaba a galope su caballo.

—Mire a Delia que hace de las suyas—exclamó la madrina—. Siempre temo que le pase algo. Monta un caballo tan fogoso como el de Bolívar en la carga de Junín.

Lorenzo, sin hacer caso del paralelo histórico, que bien pudiera ser inexacto, lo aprovechó, diciendo:

—¿Quiere usted, señora, que la alcance por si algo le ocurre?

—¡Ay, sí! Vaya, Lorenzo, y dígale que modere su andar y regrese.

Tuvo que galopar bastante para alcanzarla, y difícil le fué lograr que acatara la voluntad de la madrina. Al fin contuvo el caballo, diciendo:

—Mi madrina, con su prudencia, no peca de perspicaz.

—¿Por qué dice eso, Delia?

—Yo me entiendo—replicó entre enojada y bur-lona.

—¡Qué dichoso fuera de entenderla igualmente! Pero, usted guarda bien sus secretos. No me sorprende que la llamen la Esfinge.

—¿Quién me llama así?

—Mi primo Ulbio.

—Ulbio es un tonto al que aborrezco.

—Me figuraba que era al contrario. Tan galante es siempre con usted.

—Por eso mismo no puedo soportarle.

—¿Debo inferir que odia a todos los que le manifiestan los sentimientos que les inspira la belleza de usted?

—Hasta ahora ninguno de esos conceptos, que se me obligó a oír, fué sincero.

—No puede usted impedir que se la quiera, Delia,

y, su corazón, ¿impondrá, acaso, siempre silencio al amor?

—Lorenzo..., le dijo con un acento grave y triste, llamándole por primera vez así y no doctor Cilda—, no quiero profundizar el sentido de sus palabras ni indagar cuáles son sus miras. Sin ser mojigata, me disgustan profundamente las galanterías vulgares y lo que hoy llaman un *flirt*, por muy inocente que se crea. Entre usted y yo sólo puede existir una franca y leal amistad. No siga más por otro camino.

Sin darle tiempo de contestar, volvió su caballo y, de nuevo a galope, llegó hasta los compañeros. Lorenzo la siguió, compungido e irritado contra sí mismo. Durante el trayecto restante permanecieron ambos silenciosos, meditando.

—Bien merecido lo tengo—se decía Lorenzo—. Le sobra razón. Sólo debe existir en su corazón y en el mío un sentimiento, el de la amistad. Y, sin embargo, no puedo resistir al amor insensato que crece en mí de hora en hora. Y ¿si ella también me quisiera?—se estremeció de alegría al pensarlo—; ¿si su advertencia fuera una prueba para medir la intensidad de mi ternura?—La miró a hurtadillas y viéndola tranquila, despreocupada, gimió:—No, no fué un ardid de coqueta. Debe amar a otro,—esta suposición le torturó.—Más vale que así sea. ¿Qué puedo darle en cambio de su amor?—El espíritu malévolo le sugirió el recuerdo de las palabras de Ulbio: «El día que su corazón hable, aunque no medie el himeneo,

su triunfador será feliz.» Rechazó esta insinuación como una vil calumnia. Fuera un crimen seducir a esa adorable doncella y pagar con una infame acción la hospitalidad del administrador.— Gimió:— ¿Qué hacer? Perdidamente la amo. El secreto no puede ya caber en mi pecho, y, a pesar de mis esfuerzos, sube a mis labios para clamar mi loco amor. Por más que luche, viviendo a su lado, no podré callar. Y, si no callo, ¿cuáles serán las consecuencias? Engañar a Elena, que cada día alejo más de mi corazón y de mi mente, y casarme con Delia. ¡Qué inmenso sufrimiento impondré no sólo a mi novia, también a Lila, que ama a Jorge de Latour! Huiré mañana mismo. ¡Termínense los inventarios como Dios quiera! Dentro de tres días llegaré a Guayaquil, donde no me agobiará tal vez el peso de esta pasión avasalladora, al no contemplar a cada instante la belleza de Delia. Y, si no basta, pondré, entre sus encantos y mi flaqueza, la distancia de dos mares hasta que a los pies de Elena recobre el juicio perdido...

Delia meditaba igualmente. Temía haber lastimado a Lorenzo con la brutalidad de su franqueza; pero volvía a esperar que si la amaba sinceramente, como ella ansiaba su amor, dispuesto a arrostrar todas las dificultades, a desafiar al mundo entero para hacerla suya, el comportamiento observado por ella, lejos de disgustarle, la haría más merecedora de su amor.

## VIII

Los inventarios iban a terminarse con el de La Quinta, preciosa finca que se extendía por la orilla izquierda del río, frente a la ciudad de Balzar, y presentaba un aspecto diferente a los demás cuerpos de Almacigal. Como su nombre lo indicaba, era más un sitio de recreo que de gran rendimiento, aunque también tenía huertas de cacao y de café y potreros, pero en menor escala. Lo que allí abundaban eran los árboles frutales y las flores. Alrededor de la casa, desde cuyo balcón se disfrutaba de una vista arrobadora, jardines y vergeles exhibían las plantas indígenas en gran número, al par que aquellas cuyas semillas envió de Europa el padre de Lorenzo y que pudieron aclimatarse en la fértil tierra.

Cada año, en los primeros días del verano, don Miguel y su familia se trasladaban de la casa central a la de La Quinta por unas semanas, antes de la acostumbrada temporada que pasaban en Guayaquil o a orilla del mar. Con motivo del inventario de ese fundo y por agasajar a Lorenzo más cumplidamente, la señora Doral decidió que adelantaría la época de su permanencia en la margen del río, al oír que el doctor Cilda manifestaba su intención de regresar a Guayaquil apenas se firmara la última acta inventarial.

Delia no pestañeó mientras la miraba Lorenzo, declarando su firme voluntad de alejarse sin más tardar, pero éste observó que, desde ese momento, tornóse taciturna y evitó toda oportunidad de hallarse a solas con él. La madrina, a su vez, notó la melancolía de Delia y, en alta voz, le preguntó, en presencia de aquél:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? No vayas a causarme una nueva inquietud ahora que se aleja el doctor Cilda y no podría asistirte.

Replicó con voz clara y tono altivo:

—No se alarme, madrina. La agobiante temperatura que presagia nuevas tempestades me hace sufrir jaquecas.

—Se disiparán cuando estemos en La Quinta, si Dios quiere—, opinó la señora Doral.

Lorenzo no se dejó engañar. Veía claramente que Delia en realidad sufría y que la tempestad que invocaba como pretexto de su estado apático, se desataba en su alma. Por tan soberbia la tenía que no se atrevió a interrogarla. Desde aquel domingo en que le significó que sólo debía reinar entre ambos una amistad sincera, ni una palabra pronunció. Lorenzo que expresara la angustia de su pecho, la violencia de su amor. Pensó haberla tranquilizado con su silencio, sufriendo, a su vez, de que no comprendiera que la adoraba y permaneciera indiferente a su lado. Al mirar ahora su semblante pálido, enrojecidos sus ojos, cual si secretamente vertieran lágrimas, y lánguido el hermoso

cuerpo, volvía a meditar acerca de la coincidencia curiosa de ese trastorno físico y moral con la resolución expresada de alejarse de Almacigal a la brevedad posible. ¿Sería éste el motivo? Tal vez. Luego Delia también le amaba, y si al fin lograba arrancarle su secreto, ¿qué sucedería? Seguiría él, avanzando deliberadamente en el dédalo sin salida, o del que sólo escaparía,—Ulbio se lo escribió,—como Teseo, dejando una víctima. Empero, tal era la violencia de su amor, que veía llegar la hora en que cerraría los oídos a la voz de su conciencia y, resuelto a arrostrarlo todo, arrancaría, con Delia en sus brazos, e internándose en el seno de la misteriosa selva, viviría en el perenne arrobamiento de tan peregrina belleza...

Deslizábase el sol tras las colinas cuando llegaron todos a La Quinta. Parecía incendiarlas, al par que coronaba de llamas las copas de las frondosas huertas. Poco a poco el manto de púrpura de la sabana verde tornábase violeta y luego gris, negro al fin. Lorenzo contemplaba la puesta del astro desde la galería de la casa, a la orilla del río, evocando el recuerdo de otros ocasos admirados frente a la *Fronalp*, en Seelisberg, a mil metros sobre el nivel del mar, espectáculo tan cautivante que, cada tarde, abandonaban el comedor los huéspedes del hotel para ir con él a admirarlo en la florida terraza que domina el lago de Uri.

Permaneció un gran rato apoyado en el balcón, absorto en meditaciones tristes, sombrías como las mariposas que revoloteaban alrededor de él. Se reme-

moraba los diversos incidentes de la correría cerca de Delia aquel día a través de las alamedas de los cacao-tales, las sabanas ardientes y la impresionante selva. Habían alargado el paseo para inventariar la Linda, donde almorzaron. Mientras la señora Doral gozaba de la siesta, Delia, incansable, acompañó a los varones a caballo. Lorenzo aquella tarde prestaba poca atención a la faena, experimentando mayor placer, viva emoción, en galopar al lado de Delia. Deleitábase en contemplarla, sorprendido al observar que de su semblante animado se había alejado la melancolía. No tardaron en apartarse de los terrenos cultivados, internándose en el monte.

La tierra, a trechos, formaba allí pequeñas alturas. Las columnas vegetales se erguían sin simetría bajo los atrevidos arcos de las ramas y sostenían bóvedas gigantes, ideando templos de obscuro verdor, con grandiosas naves por donde parecía subir a la cima toda una procesión de innumerables plantas. Ascendieron a la Montaña de las Hojas para mirar el extenso panorama. De la derecha a la izquierda, desde la cordillera de Manabí, recorrieron con la vista las fincas del Congo, de la Isabel, de Cañaverál, Punta Piedra y Perote hasta más allá de Colimes y, a sus pies, la Linda y la Quinta, ante las cuales, entre campos de esmeralda, tan risueños como lozanos, se extendía la plateada cinta del río, que reverberaba, y en la orilla opuesta, rodeada de florecientes haciendas, se destacaba la ciudad de Balzar bañada en viva luz.

—¡Qué bellissimo suelo!—exclamó Lorenzo con entusiasta enternecimiento.

—Y gran parte de esta tierra fecunda y radiante pertenece a usted—, le contestó Delia—sin que en Francia se imaginara su esplendor y su riqueza.

Le confesó que en la dulzura de la vida del incomparable París, que, como le decía la tía Dolores, no suelta sus presas, jamás soñó tan prodigioso el suelo patrio.

—Fué necesario—agregó—que la muerte entrara en mi hogar para obligarme a volver a mi cuna y, abriéndome los ojos, me hiciera comprender mi ingratitud. En ninguna parte, ni en los admirables sitios de los Pirineos, de Suiza y de Escocia, la naturaleza se irguió más asombrosa a mi mirada y promovió en mi alma tan hondas sensaciones como las que experimento aquí. Almacigal es para mí como un paraíso perdido, que vuelvo a hallar, del que no quisiera alejarme, adonde volveré.

Lorenzo, soñando despierto, se acordó de que vió a Delia palidecer al oír sus últimas palabras y que le preguntó si ella igualmente preferiría vivir siempre allí, en la perenne contemplación de esa naturaleza cautivante, sin que en la soledad del campo suspirara al fin por volver a la ciudad.

—Según y cómo—le contestó con grave acento.

Insistió por conocer el fondo de su pensamiento y tuvo que contentarse con esta réplica:

—Es el secreto de la Esfinge, como se me llama.

A las tres de la tarde se dirigieron todos hacia Perote, para inventariar este fundo, a medio camino de la Quinta. Por un puente rústico, cubierto como la pasadera de Lucerna, salvaron el torrente para llegar, entre naranjos y limoneros, a la casa del guarda, frente a la cual, exhalando un olor acre, secaban las áureas pepas en barbacoas con ruedas, lo que permitía moverlas a gusto para presentarlas a los rayos del sol. En el piso bajo, pilas de sacos repletos esperaban el turno de ser llevados a la canoa atracada a la orilla.

Lorenzo batió palmas ante la imponente arboleda cuajada de dorados frutos, la extensa sabana cercada con seis hilos de alambre punzante, poblada de centenares de reses, nítida y reluciente como una alfombra espesa. No pudo convenir en que fuera adecuado el nombre mal sonante de Perote que dieron a esa joya. Don Miguel le enteró que existen en el inmediato bosque unos pájaros que parecen ladrar recio, cual si fueran grandes perros, *perrotes*, y que de éstos derivaba aquel nombre.

—Soy de vuestro parecer, Lorenzo —agregó—. Hay que cambiarle el nombre. Sea usted su padrino. Bautícela. ¿Cómo desea que desde hoy llamemos esta finca?

—Los Campos Elíseos—contestó sin vacilar.

Poco después Delia le hizo observar que el recuerdo de París persistía a tal punto que le había sugerido esa apelación.

—Otro recuerdo llevaré de aquí grabado en el

corazón—le replicó que no se borrará nunca, y es el de usted.

Delia lanzó su caballo á rienda suelta y huyó de él como la primera vez que no pudo contener el grito de su amor...

Mientras que el dueño de Almacigal meditaba así, las sombras de la noche se extendían. Las lumbres de Balzar y del villorrio de Saujón principiaban a brillar. De repente un dilatado quejido hirió sus oídos, reiterándose varias veces. Concha traía una luz, hacia la cual se precipitó una nube de insectos. Delia llegó al mismo tiempo.

—¿Oyó usted ese prolongado y repetido gemido?  
—le preguntó Lorenzo.

—Es la *valdivia*, el pájaro de mal agüero. Nuestros montubios pretenden que sólo canta cuando alguien va a morir.

—Bien lúgubre es, efectivamente, su chillido para que se generalice esa superstición a la que usted no dará crédito.

—No soy supersticiosa y, sin embargo, no faltaron, a ese respecto, las coincidencias tan curiosas como impresionantes. Se oyó cantar a la *valdivia* la noche que mataron a Juanaso.

—¿Quién era ese Juanaso?

—Uno de nuestros mejores guardas. Ladrones de reses le asesinaron. Su viuda y su huérfana, por las que me intereso mucho, pues son dignas de lástima, moran en una de las chozas que usted habrá visto a

la entrada de la Quinta. Tendrá la oportunidad de conocerlas. En cuanto llego, vienen a traerme flores.

—Me será grato socorrerlas porque lo merecen, como usted dice, y además, porque es usted quien me las recomienda.

—Será una buena acción, que desde ahora le agradezco.

Lorenzo se acercó á Delia y con dulzura le dijo:

—Dígame, Delia, todos los infortunios que pueda aliviar. Quisiera que nadie fuera desgraciado en Almacigal. ¡Cómo pudiera dar consuelo a toda alma que sufre, y aún más a la que calla su sufrimiento!

Lejos de contestarle, cual él lo ansiaba, se alejó Delia, temiendo revelarle su emoción, y se asomó para ver llegar la canoa que traía a su padrino de Balzar, adonde fué, acompañando al escribano, a los peritos y testigos. Estos resolvieron pasar la noche y el día siguiente, que era un domingo, en aquella población para solazarse en alguna parranda al cabo de seis semanas de diaria facna. Lorenzo, después de la cena, se vió precisado a escuchar al administrador, que le aconsejó rescatara de las manos de los sembradores unas huertas mozas, pero cargadoras, y comprara una finca que lindaba con Almacigal y se vendería barato.

La señora Doral, rendida por la jornada a caballo, se retiró temprano en unión de Delia.

## IX

Lorenzo, perseguido en su sueño por la imagen de Delia, durmió mal. Al rayar el alba, bajó al jardín y siguió andando por la orilla del río, acariciado por el aire fresco de la mañana que impregnaban de fragancia la infinidad de flores cubiertas de rocío. Las plantas alfombraban el suelo, se erguían sobre sus tallos doquier alrededor de él y formaban a veces leves bóvedas sobre su frente. No dió oídos a los trinos de los pájaros, que se despertaban entre las ramas, saludando al día, ni a las sonoras notas de los gallos, que, rivalizando de arrogancia, se respondían, ni a los mugidos lentos de las reses, ni a la argentina voz del campanario, que, en la iglesia de Balzar, llamaba a los feligreses a la primera misa dominical. Erraba indiferente en el alegre despertar de la naturaleza. Optó por alejarse de la margen y penetró en la huerta, que recorrió, sin sacudir su melancolía, durante un par

de horas. Resplandecía el sol cuando se decidió a regresar a la casa.

Se hallaba cerca del grupo de las chozas levantadas en el término del cacaotal y recordaba que en una de ellas habitaban la viuda y la huérfana de Juanaso. Viva fué su sorpresa al ver a Delia dirigirse rápidamente de ese lado. Se apresuró a alcanzarla, y ella, al acercársele, sin darle tiempo de que hablara, exclamó:

—¡Dios le hizo venir a usted por aquí! Acaban de avisarme que Pepita, la hija de Juanaso, padece convulsiones y pasó muy mala noche. Estoy inquieta. Tenga la bondad de subir conmigo a verla. Usted me dirá qué debo hacer.

La rápida carrera y la emoción ponían los tintes de la rosa en las mejillas de Delia, que a Lorenzo le pareció más hechicera que nunca.

—Es usted, Delia, —le contestó, —la Providencia de estos campos y usted así quien me inspiró que siguiera este camino. Mi corazón obedeció a la voz del suyo. Anhele serle útil, secundarla en su compasión.

En la choza pasaron por un espacio abierto que servía de sala, de cocina, de cuanto se quería, con sólo una pared de cañas, cuya puerta daba acceso a una pequeña pieza. El mobiliario consistía en un petate tendido en el suelo, un baúl viejo y una hamaca, obsequiada por Delia, en la que gemía Pepita, arrullada en el regazo de la viuda, cuyas facciones maci-

lentas y el cuerpo enjuto revelaban que la consumía el paludismo.

Delia tomó en sus brazos a la chiquilla, de unos cuatro años de edad, sin que en el estado de abatimiento en que se hallaba, asomara a sus labios la graciosa sonrisa con que correspondía a los mimos de su bienhechora en otras ocasiones.

Lorenzo la examinó prolijamente. La lividez del semblante, la vaguedad de la mirada, la rapidez del pulso, el enfriamiento de las extremidades le inquietaron. Observó el color azulado de las uñas, el temblor de los miembros y las contracciones espasmódicas de los músculos en los ojos. Al auscultarla oyó ruidos sibilantes y, al palpar el bazo, lo sintió túmido. Indicó a Delia las manchas purpúreas diseminadas en el aniquilado cuerpo, meneando la cabeza para que comprendiera la gravedad del caso. Una nueva crisis convulsiva agitó a Pepita, que gemía, delirando, sin que la temperatura febril fuese excesiva.

—Se trata—dijo el doctor Cilda en voz baja—de un acceso de fiebre perniciosa—y dirigiéndose a la madre—: ¿Cuánto tiempo hace que la niña está enferma?

Explicó la viuda, sollozando, que hacía meses que Pepita enflaquecía y, a veces tiritaba de frío, a veces le ardía la piel y otras sudaba a mares. No le cabía duda de que los asesinos de su marido habían hechizado a su hijita igual que a ella, porque tampoco se sentía buena.

Delia entró a Lorenzo de que el padre de Pepita, guarda en la linde de la montaña de Almacigal, en el sitio llamado Fermut, habitaba con su familia entre pantanos plagados de mosquitos y que todos los montubios en aquella parte de la hacienda eran víctimas de la malaria, motivo por el cual, aun remunerándolos bien, pocos peones consentían en ir allá. La pérdida de Juanaso, honrado, activo y trabajador, era irreparable.

Lorenzo administró a Pepita el sulfato de quinina, que Delia fué a buscar en el botiquín de su padrino. Se afligió aún más al saber que Lorenzo temía que ningún medicamento surtiera ya buen efecto.

Durante varios días, por la mañana, antes de que Lorenzo montara a caballo para ir a presenciar los inventarios y, por la tarde, a su regreso, Delia y él acudían juntos a la choza. Volvían a la casa, sin acelerar el paso, a la puesta del sol, por la margen del río o, dando una vuelta, por las huertas umbrías. A pesar de la inquietud de Delia por la gravedad del estado de Pepita, fueron para ella dulcísimos momentos. ¡Cómo agradecía al doctor Cilda sus esfuerzos por salvar a la enfermita! Lorenzo admiraba la paciencia y la suavidad, la ternura maternal de Delia en los cuidados que prodigaba a Pepita. Se le revelaba con un aspecto nuevo que le arraigaba en la mente la convicción de que, no sólo poseía los atractivos físicos más peregrinos, sino también las más exquisitas cualidades del alma y del corazón, propias a labrar

la dicha de quien la llamara su esposa. ¡Qué profunda tristeza experimentaba, diciéndose que no sería él ese varón, y qué sorda irritación al pensar que tan deliciosa criatura, la buena hada de Almacigal, como la llamaba, sería un día, en breve tal vez, la compañera de un imbécil pretencioso, como lo era Ulbio, de un rústico acomodado o de un empleado de la ciudad!

«Ninguno de ellos sabrá justipreciarla cual lo merece—se repetía a menudo—. Es digna de figurar, en el más alto puesto, en una sociedad escogida, que la acataría como su reina. ¿Quién, conociéndola igual que hoy yo, cualesquiera que sean su rango y su fortuna, no ansiara, con orgullo y júbilo, ser aceptado por compañero de su vida?»

En el paroxismo de la fiebre de su corazón, difícil le era ya sellar los labios, y las frases lisonjeras, apasionadas, se escapaban con frecuencia de su pecho, revelando a Delia lo que ni él quería expresar abiertamente ni ella oír, en su temor de no poder tampoco ocultar su amor. Que hablara sí, que hablara al fin, lo anhelaba Delia, con tal que fuera franco y sincero al manifestar sus intenciones para saber a qué atenerse y el partido que ella debía tomar.

En el angustioso esperar del instante en que él hablaría claro, y la aflicción de que no llegase nunca, crecía su desconsuelo a tal punto que exclamaba, enajenada: «¡Dios mío! Si no me ha de querer cual lo deseo, ¡que la muerte me lleve a mí y no a Pepita!»

## X

Pepita murió una tarde a las cinco, pocos momentos antes de que regresara Lorenzo el día que los inventarios se terminaron.

En la choza halló a Delia que, secundada por las vecinas, consolaba a la atribulada madre, después de haber vestido a la niña con sus trapitos de cristianar, y la vió, conmovido a su vez, derramar lágrimas. Bajaron juntos y, yendo al jardín a buscar flores blancas, regresaron a colocarlas alrededor de la humilde cajita que un peón carpintero clavó rápidamente.

Diariamente Lorenzo colocaba en la mano de la viuda unas cuantas monedas de plata. En esta ocasión se retiró, dejándole mayor suma, para hacer frente a los gastos del entierro, que se verificaría la mañana siguiente en el cementerio de Balzar.

Tristes y silenciosos, Delia y él tomaron el camino de la huerta para regresar a su casa. Las sombras del ocaso se deslizaban ya entre los árboles sin que la pesada atmósfera se refrescara. La tierra, rendida por el cansancio de la vegetación al fuego de los rayos del fecundante sol, se adormecía, escuchando los últi-

mos trinos de los pájaros al encenderse Venus en el firmamento.

Lorenzo, que se afligía de no haber podido salvar a Pepita, a la que Delia quería tanto, le dijo:

—De buena gana renunciaría a ejercer mi profesión al comprobar cuán vanos son los esfuerzos de la ciencia en gran número de casos. Crece el desaliento en circunstancias como la de hoy, en la que uno lucha por arrancar la presa a la muerte, deseando que no corran las lágrimas de seres queridos.

—La muerte murmuró Delia, con lastimero acento —, es con frecuencia ciega, injusta y brutal. Sin embargo, no debemos maldecirla siempre, porque también suele ser la bienhechora que liberta, que otorga en su regazo el bálsamo del completo olvido a los sufrimientos humanos. ¡Acaso sea preferible morir en la edad de Pepita que pasar una larga vida acariciando quimeras, viéndolas derribarse como castillos de naipes y, perdida la esperanza del consuelo, ansiar impaciente el término de la desdicha!

—No, Delia—replicó Lorenzo impresionado—; la muerte de un sér joven jamás puede considerarse como una solución propicia. La vida reserva compensaciones a las grandes amarguras. Nunca debemos desesperar.

Alabo su filosofía, pero presiento que no soy de las que se resignan a sufrir un cruel destino—dijo Delia con áspera convicción.

—Con un alma cristiana, mucho más religiosa que la mía, ¿cómo se expresa usted así? ¡Qué de veces

somos nosotros mismos los que labramos nuestra desdicha, los que nos sentenciamos a suspirar eternamente porque el orgullo selló nuestros labios y perdimos la oportunidad de pedir consuelo al amigo leal y constante que debió inspirarnos confianza!

Miró tiernamente a Delia como para inspirarle esa confianza y lograr que hablara; pero ella, cabizbaja, las mejillas ardientes, tétrica, no contestó. Reinó un instante el silencio, durante el cual pudieran oírse los recios latidos de ambos corazones.

La atmósfera tibia impregnada de fragancia, la serenidad del crepúsculo que cedía el campo a las sombras de la noche, el suave murmullo de la brisa en el follaje, bañaban el alma de dulzura y, desfallecientes, se atraían ambas.

Lorenzo rompió el silencio, diciendo:

—Partiré, con el corazón desgarrado, al alejarme de estos campos donde pasé feliz inolvidables días. Permaneciera aquí si el deber no me empujara por otro camino. Volveré quizás. ¿Será pronto? Diré, como usted me lo dijo: según y cómo, pero lo deseo con toda mi alma. Por muy lejos que vaya, jamás olvidaré el esplendor de esta vegetación prodigiosa, ni los pasmosos paisajes que tan fugazmente contemplé, ni las escenas gratas o tristes que me impresionaron profundamente; pero, en el radiante suelo lozano, se erguirá siempre ante mis ojos la hechicera visión de la buena hada de Almacigal. Llevo el corazón embebecido en el puro aroma de esa peregrina flor del

suelo patrio cuyo recuerdo no se borrará jamás. Y usted, Delia, acaso, en breve, me habrá olvidado ya.

Al oírle, como si entre las tinieblas de su alma, más densas que las de la noche que iba cubriéndoles con su manto, despuntara la aurora súbitamente, la dulzura del acento, estremeciéndola, venció la firme resolución de callar y, dolorosamente, contestó:

Creo, Lorenzo, que sus palabras son hoy sinceras; mas, si salvando la distancia que nos separará mañana, por siempre tal vez, lograra llegar hasta usted allende los mares y le recordara, no digo dentro de algunos años, transcurridos pocos meses, lo que acaba de decir, ¡cómo se sorprendería de haber expresado ese concepto! Pudiera ser que ni mi nombre supiera ya.

¿Tan ingrato me cree usted que deje de agradecerle un día la delicia de su trato? ¡Ah!, si participara de la emoción que embarga mi alma, me comprendería y me creería; pero usted pesa mi cariño en la balanza de su indiferencia. Olvidar le parece la cosa más natural.

Delia cesó de andar y, fijando en el rostro de Lorenzo la mirada de sus avasalladores ojos negros, llenos de lágrimas, exclamó con vehemencia:

—¡Sois injusto y cruel!—Y, sin disimular con su habitual altivez el amor que la entregaba a la merced de Lorenzo, prosiguió—: El corazón de una mujer olvida menos pronto que el del hombre que, casi siempre, es egoísta. ¿Se imagina usted que viviré sin acordarme, yo que permaneceré en los sitios que, a

cada instante, evocarán su presencia efímera, nuestra dulce intimidad de tantas fugaces veladas? ¿Cuándo me sentaré al piano sin que le busque a mi lado, sin que deje de sentir allí sus miradas más elocuentes que sus palabras? Y, de regreso a Guayaquil, en mi habitación de las Peñas, viendo de mi balcón su casa, ¿acaso no oiré cada noche sus pisadas al pie de mi ventana? Usted, en el torbellino lejano de la gran ciudad, en los deleites de la sociedad de la que forma parte por su posición social, entre las hermosas mujeres que le sonreirán, experimentará goces y sensaciones que borrarán hasta la última huella de un pasajero capricho. No pretenda, Lorenzo, que sea yo quien le compadezca.

La escuchaba atónito de que le abriera al fin el corazón, de la energía con que le revelaba su cariño, y, sin interrumpir el desahogo del pecho dolorido, saciaba su sed de saber si le amaba, como el viajero, extraviado bajo un cielo asfixiante, se deleita en la fuente pura y fresca que ansiaba hallar en el oasis al pie de verde palma. Apenas calló, delirante de amor y júbilo, sonó su voz:

¡Usted también me ama, adorada Delia! ¡Usted también! Torpe yo que no veía claramente en sus hechiceros ojos la ternura de su corazón. ¿Por qué me impuso el suplicio de su silencio? ¿Por qué haberme rechazado duramente cuando, febril, me acercaba a usted lleno de angustia y de esperanza? Dios la bendiga porque puso un término a mi sufrimiento,

a mi constante temor de que amara usted a otro y despreciara mi corazón, que sólo sabe lo que es amor desde el día que, por el soberano poder de su belleza, por el hechizo, de todos sus encantos, le hizo su esclavo.

Mientras discurría se apoderó de las manos de Delia, que vacilaba «como la hoja en el árbol», y, después de comerlas a besos, enajenado, intentó atraerla a sus brazos.

Recobrando ella su serenidad al par que su altivez, le rechazó, diciéndole quedo:

—Le quiero, sí, Lorenzo, y sé que usted también me quiere; empero, aunque mi corazón sea suyo, anhelo aún más su aprecio que su amor.

—Perdóneme—gimió él humildemente, sin intentar otra vez acortar la distancia entre ambos—. La miel de sus palabras me embriagó. Descuide. Sólo ambiciono su dicha y su tranquilidad. Confíe en mi respeto y abnegación.

Cerraba la noche.

—Ya es tarde. Regresemos a casa—murmuró Delia, queriendo poner punto final a la conversación que les desconcertaba.

Lorenzo hubiera deseado ser un Josué para impedir que desapareciera completamente el sol y seguir gozando de la dulzura de la primera mutua expansión. Suplicó a Delia que permaneciera a su lado unos minutos más y sentáronse sobre el tronco derribado de un pechiche. Accedió ella a su ruego para manifestarle que confiaba en su hidalguía, diciéndole:

—Me di palabra de no escucharos y de callar. Falté a mi promesa. Hice mal en no seguir guardando mi secreto y debisteis también guardar el vuestro al reflexionar en la gran distancia social que media entre nosotros. Herida por vuestras palabras injustas, aún más conmovida por la ternura con que me expresabais dulces conceptos, os abrí mi corazón para apaciguaros. ¡A cuántas lágrimas nuevas y a cuántos sufrimientos más crueles me resuelvo así!

—No lo piense—exclamó Lorenzo—. Sabiendo que nos queremos, nada temamos. El amor correspondido tendrá como compañera la dicha.

—Quisiera creerlo y no temer; pero usted, Lorenzo, se cansará pronto de su cariño por una montubia insignificante de Almacigal cuando el tiempo y el trato diario disipen la alucinación, y que a sus miradas surja yo ¡qué diferente de las mujeres de su rango! Se arrepentirá entonces y se avergonzará quizás, sin que mi ternura inmensa sea bastante a impedir el hastío. Presiento funesto mi destino. Nací con mala estrella. Aunque me cuesta mucho decírselo: Lorenzo, ¡apártese de mi camino, huya, olvídeme!

Cuando la muralla, que alzaron el orgullo y la timidez, se derriba al choque de nuestros corazones, ¡no me cierre, Delia, la puerta del soñado paraíso! Entremos allí, al contrario, por nuestro mutuo albedrío, altas las frentes y unidas las manos, rebosantes de júbilo y de esperanza, fijos los ojos en el radiante porvenir y oyendo las voces divinas de la esperanza

que, bajo un cielo eternamente sereno, nos prometen felicidad completa.

Movió ella la cabeza en señal de desconfianza en esa eternidad de infinita dulzura y suspiró:

—Me invita a entrar con usted en el paraíso y pronto sonará la hora de su alejamiento, abriéndome la puerta de un infierno.

—No marcharé—prometió resueltamente. Ahora que sé que usted me quiere, ¿cómo podría alejarme?

—Retrasará a lo sumo el instante de los adioses, ya que, hace poco, me dijo usted mismo que el deber le llama lejos de la patria.

Lorenzo se estremeció. Por primera vez, en la apasionada conversación, la imagen de Elena se irguió ante sus ojos. Para disimular su turbación le habló de Lila, enamorada también, del profundo cariño que profesaba a su hermanita y que le obligaba a desempeñar las veces de un padre en la realización de su sueño. No podía consentir en que fuera otro y no él quien la llevara del brazo al altar.

—Sí—agregó—, no puedo dispensarme de volver a Francia, pero regresaré de allá en seguida, si su corazón, Delia, durante esa ausencia de tres o cuatro meses, me guarda fielmente la fortaleza y la fragancia del amor que hoy me revela. A mi vuelta nada podrá separarnos ya.

Si hablaba sinceramente, sacrificando sin escrúpulos al amor nuevo el de la tierna Elena, o si descaradamente mentía para hacer firme la conquista del

corazón de Delia, ¿qué espíritu, por sutil que fuese, pudiera penetrar hasta el alma de Lorenzo para ver claro en la confusión de sus diversas sensaciones? De interrogarle, ni él mismo pudiera decir sino que ciegamente obedecía al imperioso deseo de ser el único dueño de la belleza de esa primerosa mujer que, trémula, le declaraba su amor. Concentraba todos sus pensamientos en uno solo: ser el vencedor y la víctima, el amo y el esclavo de la que le enajenaba, humillaba su conciencia, aniquilaba su voluntad, pero le sumía en las delicias de ignoradas sensaciones que el remordimiento avivaba. En su pecho ardiente y sensible se desataba la pasión implacable, avasalladora, «ante la cual no existen obstáculos, ni mundo, ni Dios», como lo confesaba aquel otro varón tiranizado por el amor, Diego Marsilla, el célebre amante de Teruel. Y Lorenzo, como la nave sin brújula se deja arrastrar por la corriente, no quería pensar en el riesgo ni mirar el abismo. ¡Que éste se abriese a sus pies para tragarle con Delia antes que renunciar a ella! Le era más necesaria que el aire que respiraba. Ella era su fortaleza, su salud, su vida. Reunía todas las seducciones, todas las fragancias, todas las virtudes de la lozana tierra esplendorosa, del suelo patrio americano que le cautivaba y le enorgullecía y se vengaba de la larga preferencia por la tierra lejana del viejo continente, enardeciéndole el corazón con ese amor loco por la incomparable flor tropical que triunfaba de la rival extranjera.

Delia, rendida, ¿cómo no iba a confiar en la promesa de Lorenzo? De quererle menos, hubiera pensado que, si el camino de la dicha era tan recto, despejado y tranquilo, como él lo pretendía, lejos de resolverse a la cruel separación inminente, al suplicio de la ausencia, bien pudiera unirse a ella con los indisolubles lazos del matrimonio y llevarla a París. No reflexionó, y, resignada a su suerte, tristemente contestó:

—Le aguardaré, Lorenzo. Le hubiera aguardado, ahora me atrevo a decírselo, aunque se alejara sin declararme su amor, con la inquebrantable fuerza de voluntad paciente de un corazón que sólo puede ser feliz con vuestro cariño. El día que me convenciera de que no volvería usted, que definitivamente mi ensueño no se realizaría, ese día habría muerto.

Dirigieron sus pasos hacia la casa. Millares de estrellas brillaban en el firmamento disipando las sombras de la noche, noche equinoccial, tibia y fragante, serena, brindando paz y dulzura, noche de esponsales, noche de amor...

## XI

—Bien suponía yo que la permanencia en la Quinta te sentaría,—exclamó la señora Doral, al mirar una mañana el semblante risueño de Delia.

No se engañaba la buena madrina, pero, de ser perspicaz, hubiera observado, no poco perpleja, que, por una coincidencia curiosa, volvió a alegrarse su hija el día siguiente al de la muerte de Pepita, cuyo ataúd fué llevado a Balzar en la misma canoa que alejó de la hacienda al escribano, a los peritos y testigos después de suscrita la última acta de los inventarios.

Lorenzo, a pesar de que tantas veces manifestó anteriormente su resolución de marchar a Guayaquil al terminarse los inventarios, regresó del pueblo, a raíz del entierro. Acompañaba a don Miguel, con el pretexto de visitar la finca que el administrador le instaba que comprara. De día en día fué postergando la visita a dicha hacienda. Una ciática que la señora Doral tuvo la feliz ocurrencia de pescar una tarde húmeda, en el jardín, favoreció los planes del doctor Cilda, que decentemente no podía alejarse sin dejarla restablecida. También se vió precisado a prestar servicios profesionales a la viuda de Juanaso, cuyo estado precario se agravó con la muerte de su hija, y esto

les permitió, a Delia y a él, seguir paseándose solos al salir de la choza.

Delia, ciertamente, vivía feliz. La alegría de vivir, amando y amada, se reflejaba en su semblante y sus maneras. A veces, su dicha la asustaba. Temía que no fuese real y durable. Una nube le obscurecía la frente si se le ocurría pensar que Lorenzo, en ninguna de sus manifestaciones amorosas ni en sus reiteradas promesas de regresar, a la brevedad posible, de París, pronunciaba el vocablo matrimonio. ¿Por qué esa reserva? ¿Sería, acaso, desleal e hipócrita, igual, en resumen, a cuantos la habían galanteado antes? Delia rechazaba tan ruines suposiciones. «Lorenzo me juró que volverá para dedicarme su existencia. ¿Qué otro medio de gozar de las delicias del mutuo amor que no sea la unión bendecida por el vicario, a vista y sabiendas de todos?» Los obstáculos que, en sus días de desconsuelo, en sus noches de insomnio, le parecían insuperables, posición social y fortuna, ya no la inquietaban. ¿Acaso no oía a Lorenzo burlarse de los prejuicios relativos a la diferencia de cuna y de sangre? Sabía que no era orgulloso y vano. ¡Cómo admiraba su bondad, su rectitud, su varonil belleza, sus maneras distinguidas y su inteligencia! Y aunque fuera uno de aquellos, inflados con su nobleza, siempre confiara en su palabra, con la ceguedad de toda mujer perdidamente enamorada, que no ve defectos en el ídolo de su culto. Pero él también le profesaba un amor sin límites. ¿Quién ignora que el amor hace milagros?

Reyes se casaron con pastoras; millonarios colocan el anillo nupcial en la mano de mujeres de humilde condición, que, para hacer inclinar las orgullosas frentes y doblar las rodillas de los poderosos, no poseen otro bien, otro mérito, otra virtud a veces que su espléndida belleza.

Virtuosa, Delia lo era como la más pura, la más inocente de las doncellas, y perdía la cuenta de los que, tan elocuentemente como su espejo, le decían, con la mirada más que con los labios, el encanto de su belleza. ¿Por qué había de sorprenderse de que Lorenzo, corazón noble y generoso, se hubiera prendado de ella y la prefiriera a cualquiera de sus preciosas compatriotas de ponderada cepa y cuantiosos bienes, a alguna de tantas parisienses que cautivan a los varones por su elegancia y su ingenio? ¿Por qué dudar de que estuviera resuelto a darle el nombre de esposa?

Delia, alejando, de propósito deliberado, toda sospecha, toda inquietud, vivía en el enajenamiento de su amor. La naturaleza entera parecía que respiraba su propia dicha. Los bosques, las sabanas, las huertas, el río reflejaban la expansión de su ánimo. De todos lados oía elevarse de la tierra voces armoniosas que por vez primera escuchaba. Almacigal se presentaba a su vista más hermoso, más risueño que antes. A cada instante descubría luces y sombras, flores preciosas, áureos frutos, escala de colores que la entusiasmaban. Percibía con mayor agrado la elegante majestad de las

palmas, la flexible hermosura de los cañaverales. Todo motivaba su sorpresa o su alegría: el pájaro que cantaba, el que volaba a ras del suelo o arrugaba la superficie del río, el murmullo de una fuente, la brisa inclinando las ramas, el rocío que humedecía sus pies, la ondulación de las reses en los potreros, una nube rosada en la serenidad del crepúsculo.

Los seres como las cosas participaban de su alegría, recibían de sus ojos, de sus labios, de sus manos las vivas señales de la ternura que rebosaba de su pecho. Contemplaba las flores de su jardín, hablándoles y acariciándolas como si fueran predilectas hermanas suyas. Las veía sonreírle, abrir sus corolas para recibir las confidencias que les hacía, alzar sus cálices para encerrar los suspiros y los besos que les prodigaba y tornarlos sutiles y embriagantes fragancias al paso del varón adorado. Los lastimeros arrullos de sus tórtolas la conmovían profundamente.

Delia era feliz. Llevaba en su sér la sonrisa de la aurora, la claridad del sol, la alegría de la primavera naciente, en una palabra, el amor.

Lorenzo, igual que Pirro, que, a juicio de Pascal, no podía ser dichoso ni antes ni después de la conquista del mundo, tampoco lograba dicha completa ni antes ni después de la conquista de Delia. Una sombra, como en el festín de D. Juan Tenorio, se erguía para amargarle la copa al llevarla a los labios. Elena se interponía entre Delia y él, y ¡qué triste era su semblante! ¡Ah! Bien sabía Lorenzo, al meterse en tan

descabellado lance, que llevaba en la mano el rayo que, tarde o temprano, estallaría para pulverizar el corazón de una mujer.

La indecisión fué, entre tantas cualidades brillantes y simpáticas de su alma y de su inteligencia, el ostensible defecto de su carácter débil e impresionable. La frivolidad, los placeres voluptuosos de la grandiosa capital del mundo no lograron corromperle, pero tampoco vencer su poquedad de ánimo, propenso a la melancolía. Sus nervios, desde la infancia, vibraban siempre dolorosamente al menor choque y rendían más intensa cualquier emoción, más agudo el sufrimiento. El obstáculo imprevisto coartaba el arrebató de la voluntad y, desconcertado, permanecía melancólico. Su índole, en esta ocasión, extenuándole, llenaba la medida de la irresolución. Ulbio, su sarcástico primo, de estar cerca de él y poder leer en el corazón de Lorenzo, tal vez le aplicara el cuento del asno de Buridán, diciéndole: «Acabarás por consumirte sin resolverte a elegir entre ambos amores.» El doctor Cilda interrogaba a veces su alma: «¿Será de tal naturaleza el corazón que se preste a amar a dos mujeres a la vez?» ¡Qué caso inaudito, complicado, confundiendo, se presentaba a su investigación psicológica, siendo él al par el paciente y el observador! Si penetraba en el fondo de su corazón, escudriñándolo, forzoso le era convenir que el enardecido órgano no vacilaba ya y que imperiosamente exigía la fruición del amor de Delia. Lorenzo dudaba entonces de que realmente

quisiera a Elena. Habíase ilusionado acerca del afectuoso sentimiento que su novia le inspiraba. La costumbre de verla diariamente, la tierna amistad que reinaba entre ella y Lila, le impulsaron tal vez a imaginarse que era amor una deferente simpatía. Obcecado por el hechizo de Delia, no reflexionaba cuál sería su existencia cuando, más tarde, saciado el capricho, harto tal vez de la contemplación de la peregrina belleza, considerara, como ella lo temía, la diferencia de cuna, de educación y de hábitos sociales entre una y otra, favoreciendo con su preferencia a Elena. En su arrebato lanzaba el barco que llevaba su destino sobre las olas encrespadas de un mar borrascoso y despreciaba la apacible corriente del lago en cuyo cristal se reflejaba antes tranquilo su corazón.

Perplejo, Lorenzo no se atrevía a revelar a Delia su compromiso, afirmándole que se desligaría, por temor de que le increpara su largo silencio y dudara de la sinceridad de su cariño; tampoco se arriesgaba a escribir a Elena, confesándole humildemente la verdad cruel y suplicándole que no le exigiera el cumplimiento de la palabra dada, porque, aunque no dudaba, tan grande era su alma bondadosa, que, sin revelar el sufrimiento inmenso, le contestaría sencillamente: «Sea usted feliz», Jorge de Latour no aceptaría tan fácilmente el desenlace y Lila sería quizás la víctima de la descabellada conducta del hermano y tutor a quien quería y en quien confiaba.

Lorenzo, sin fuerzas al cabo para seguir luchando con su conciencia, se resolvió, único expediente que halló en su flaqueza, a callar y aguardar que, corriendo el tiempo, brillara una luz en la obscuridad de su cerebro; pero, temeroso de que una indiscreción hiciese saber a Elena su conducta y derribase la torre que alzaba en movediza arena, exigió de Delia que guardase secreto el mutuo amor hasta que él regresara de Europa.

—Evitaremos así las miradas indiscretas y los comentarios irritantes, mi adorada Delia—le dijo.

Feliz y confiada, le contestó ella sencillamente:

—Conformarme a cuanto usted desee es la mejor prueba de mi amor.

La preocupación constante de Lorenzo no escapaba a la penetración de la mirada de Delia, pero la creía motivada, como él se lo afirmaba, por el pesar de la inminente separación, lo que la indujo, una tarde que se hallaban sentados en la huerta donde se juraron por primera vez amor eterno, a decirle:

—Soñé anoche que marchaba con usted a Francia.

La miró, sorprendido de oír esas palabras que ocultaban mal un deseo, no expresado aún, y se apresuró a contestar:

—¡Qué de veces he pensado, Delia, en que partiéramos ambos! ¡Qué dicha la mía si pudiera realizar ese anhelo de mi corazón! Pero no puede ser.

—¿No puede ser?—repitió ella, sin comprender la causa y ansiando una explicación.

—Usted sabe que voy a París para asistir al casamiento de mi hermana. Su novio es un amigo mío, cuyos padres, obstinados en prejuicios rancios, no me perdonarían nuestro matrimonio, celebrado sin que se lo participara, y ya no alcanza el tiempo para que se enteren. Mi corazón no puede exponer a su ídolo al percance de un recibimiento cuya frialdad me entristecería e irritaría, porque exijo que se le tributen todos los homenajes que merece.

La especie imaginada por Lorenzo para salir de apuro hubiera satisfecho menos a Delia si profundizara el pensamiento de aquél, pero distraída lo escuchaba desde que pronunció estas dos palabras: nuestro matrimonio, que le abrieron los cielos. Por fin, su idolatrado Lorenzo decía la tan ansiada frase. ¡Nuestro matrimonio! Luego, bien resuelto estaba a llamarla su esposa. Que, tarde o temprano, antes o después del viaje de Lorenzo, se realizara el fausto acontecimiento, poco importaba. Sabía que se efectuaría el himeneo. Su semblante reflejó la alegría de su alma y Lorenzo quedó pasmado de la docilidad con que acogía tan pésima disculpa.

## XII

Lorenzo, cabalgando, regresaba a Guayaquil. Prefirió la vía terrestre para conocer nuevas florecientes haciendas a su paso por pintorescas poblaciones y eligió, no la que conduce por Colimes y Santa Lucía a Daule, sino aquella que va de Vinces a Baba. Al amanecer partió de La Quinta con don Miguel y la escolta de peones, atravesó el río en una canoa, llegó a Colimes, galopó por entre tupidas huertas y, a las cuatro de la tarde, paró el caballo en la margen del río de Vinces, que pasó también en una embarcación, habiendo salido de la provincia del Guayas para penetrar en la de los Ríos, tan fértil y rica como aquella.

Vinces, cabeza de cantón, se ofreció a sus miradas como una población risueña y tranquila, de habitaciones claras y circundada por la siempre cautivante espesura de las áureas huertas, mirándose en el nítido espejo de su río a cuya orilla flotan balsas y canoas. En la mañana siguiente don Miguel se despidió de Lorenzo y regresó a Almacigal, dejándole dos peones para que le guiaran por el nuevo trayecto que iba a recorrer. No tardó el doctor Cilda en alejarse de Vinces y galopó por la ancha alameda que orlaban los cacaotales, las palmas y variados árboles cuajados de frutas. Rememorábase los horas exquisitas de los

últimos días pasados en Almacigal, durante los cuales paseaba a caballo con Delia, acompañados por dos peones, cuya vigilancia les imponía don Miguel por recelo de alguna ocurrencia desagradable y no por desconfiar de ellos.

Recorrieron así, sucesivamente, todas las huertas diseminadas en la extensa finca, apasionados de aire, de movimiento, de libertad, enardecidos en su amor por las deslumbrantes llamas del sol tropical, absortos al par en la magnificencia de la vegetación gigantesca. Doquiera, la presencia de Delia realizaba la naturaleza, a los ojos de Lorenzo, con un nuevo esplendor, un indecible encanto, y ella miraba cuidadosamente cada sitio donde se detenían para no olvidarlo y volver allí, cuando él estuviera ausente, a oír el eco de las tiernas frases que le decía. Vieron la casa central, cerca de la albarrada, en cuya poza se bañaban pájaros de relucientes alas. Allí habían sufrido, callando su amor. ¡Qué alegres y dichosos miraron el querido piano, sentáronse a él y dejaron correr las manos sobre el teclado! En otras correrías, deleitándose cual si experimentaran ignoradas fruiciones, galoparon por las ondulantes sabanas verdes que incendiaba el sol o buscaron la sombra bajo las bóvedas de las innúmeras arboledas de los Campos Elíseos, como se llamaba ya el fundo de Perote, o se extraviaron por el intrincado laberinto de la selva medrosa, impresionados por el silencio y el misterio, por la lujuriente vegetación, por la mar creciente de los fantásticos hele-

chos, por el mundo de colosos y de enanos que se erguían, se agitaban, dejaban oír murmullos, suspiros y voces, un canto breve, una carcajada.

En la huerta de la Linda se apresuraron a escalar la montaña de las Hojas, y allí Lorenzo repitió la pregunta que hacía poco dirigió a Delia:

—¿Viviría usted siempre en el seno de esta radiante y apacible soledad?

—Según y como... usted lo quiera—le contestó emocionada, y, risueña, agregó—: No era difícil, ya lo ve, adivinar el enigma de la Esfinge.

En las pampas de Cañaveral participaron de las emociones de una cogida al lazo, dramática, entre reses ariscas. En la albarrada de Segual, Delia probó su habilidad abatiendo dos patillos con la carabina que tomó de manos de Lorenzo, devolviéndosela en seguida al manifestarle la pena que le causaba dar la muerte a los huéspedes alados de Almacigal que alegraban los campos. Lorenzo recordó haberle dicho entonces:

—Sois la fruición de mi alma como el deleite de mi ojos.

Recordó igualmente su horrible angustia el día que, en la Beldaca, el pie de Delia se enredó en el estribo al subir a la silla. Precipitóse él y recibióla en sus brazos. ¡Cómo sintió latir el corazón de la adorada doncella junto al suyo un breve instante, porque, rápida, se desprendió, alejándose!

Fueron una tarde al fundo de la Isabel y, en el

camino, Delia le preguntó si había conocido a Estrella, la hija del guarda. Al contestarle que sí:

—Es una linda montubia—agregó.

—Creo,—le dijo Lorenzo—que no somos los únicos de ese parecer. Mateo, el mercader italiano, se ha prendado de ella.

—Muy tierna está para que la requiebren

—Diez y seis años me dijo ella misma que contaba. Me pareció ingenua y candorosa, pero hay que desconfiar. Todo es precoz en esta tierra ardiente.

Apenas llegaron a la huerta, sorprendiéronse de que no acudieran ni Estrella ni su padre a saludarles.

—¿Dónde está su hija?—preguntó Delia a la mujer del guarda.

Con viva sorpresa la oyeron prorrumpir en sollozos. Temieron que se hubicra muerto. Un poco sosegada, les enteró de la desaparición de Estrella, raptada por Mateo hacía tres días.

—Los anda buscando mi marido—agregó la desconsolada madre, volviendo a sollozar—para obligar a ese maldito gringo a casarse con mi hija.

—Le prometo—díjole Delia, conmovida e indignada—; que mi padrino secundará los esfuerzos de su marido. Le devolveremos a Estrella al brazo de su esposo.

—Haré también cuanto pueda en ese sentido—ofreció a su vez Lorenzo—. Obligaré a Mateo a conducirse como un hombre honrado.

La mujer del guarda, muy agradecida y algo consolada, se alejó, y Delia suspiró:

—¡Pobre muchacha!

—¿Compadece usted a Estrella?—le dijo Lorenzo—. ¿Por qué? ¿La cree acaso desgraciada? Siguió al elegido de su corazón, dando así a ese pícaro Mateo la mayor prueba de amor desinteresado que una doncella pueda conceder al que ama. Renuncia por él a su familia, su reputación y su honra.

—La compadezco profundamente—aseveró Delia—. Sin considerar su desconsuelo, ni la miseria que tal vez la hará su presa si Mateo la abandona un día, niego que pueda ser dichoso un corazón cuando le remuerde la conciencia.

De golpe y porrazo daba en la llaga viva de Lorenzo, que, disimulando mal su emoción, se apresuró a replicar:

—De manera que si un obstáculo insuperable surgiera entre nosotros, y supongamos que éste fuera la inquebrantable oposición de su madre o de su madrina, ¿usted, Delia, jamás consentiría en imitar a Estrella, en huir conmigo?

Fué Delia, esta vez, quien experimentó viva turbación. Eludió la contestación categórica, diciendo:

—¿Por qué suponer lo que no ha de ocurrir?

Pero, al ver que insistía con tenacidad, trémula, le suplicó:

—No me atormente, Lorenzo, puesto que sabe cuánto le quiero—y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Las palabras, a pesar de la reticencia que encerraban, eran bastante claras para que Lorenzo no dudara de su significado y le llegaran al alma. Avergonzado y afligido de haber hecho correr las lágrimas de Delia le pidió mil perdones por su estúpida pregunta y, con sus manifestaciones de ternura, procuró alegrarla, pero, ese día, no asomó de nuevo el buen humor de ella.

Fué en Puerto-Limón, a orilla del cristalino río de Chicompe, que Lorenzo, pocos días después del ya olvidado incidente, ordenó a un peón que subiera a una palma y desprendiera un racimo de cocos para apagar la sed de Delia. Le vieron escalar, con la maña de un mono, el inmenso mástil de treinta metros de altura, apoyando los pies descalzos en las escamas del tronco. Llevaba atada a la cintura, de la que pendía el machete, la soga que, al llegar a la copa, anudó al racimo antes de cortar, a golpe seguro, el pezón, que le sirvió de polea, en la parte unida al árbol, para deslizar a lo largo de éste las frutas, hasta que, llegadas a tierra, se dejó resbalar a su vez.

Durante esa maniobra, que suele ser peligrosa para el peón inexperto o que padece un vértigo, y se desploma y aplasta en el suelo, Lorenzo decía a Delia:

—Ese montubio arriesga la vida por complacernos. Para alejar de usted un pesar, yo daría la mía.

—Nada evitaría, porque, al perder a usted, me moriría de pena.

Lorenzo seguía cabalgando por entre las huertas

y recordando otros tantos paseos deliciosos, en compañía de Delia, fuera de los linderos de Almacigal, a orillas del río. Los dueños o los administradores de las haciendas vecinas les prodigaban mil atenciones, brindándoles flores, frutas, cerveza. Ellos preferían un vaso de chicha o una taza de leche. Las miradas y las sonrisas decían ¡qué claro! doquier, igual que las voces de la selva, el espejo de las fuentes y los trinos de los pájaros: «¡Linda pareja de enamorados dichosos!» Ambos lo comprendían y, confusos, pero ufanos, lo agradecían.

Lorenzo llegó a mediodía a Baba, cabeza de cantón igualmente y próspera población, donde se detuvo para almorzar.

En la calle principal, a través de la reja de un piso bajo, vió alargarse manos que le imploraban. Se acercó y supo que era la cárcel. Uno de los presos le dijo:

—Caballero, ¡por el amor de Dios, una limosna!

Otro, más sabido, exclamó:

—Dénos una limosnita en recuerdo de la niña de sus ojos. Rezaré por ella y por usted.

Lorenzo se sonrió y, compadecido, latiéndole el corazón al oír invocar a la que adoraba, aunque sin ninguna ilusión respecto de las oraciones prometidas, repartió entre aquellos desdichados, que le bendecían, las monedas que llevaba.

Ensillado de nuevo su caballo, siguió andando por la orilla del río del Arenal, donde abundaban los

fragantes plantíos de café y las cañas de azúcar, y siguió meditando.

Delia y él, ¡qué de veces atravesaron el río de Balzar en una canoa para ir al pueblo de este nombre, frente a La Quinta, a merendar! Juntos fueron también a Colimes y visitaron la hacienda que se proponía comprar y se llamaba Santa Rosa.

—Cuando sea mía—le dijo Lorenzo—, la llamaré Santa Delia.

Con los ojos del corazón, Lorenzo se rememoraba el frondoso tamarindo a cuya sombra se sentaban para descansar al regreso de los largos paseos a caballo, en que Delia hacía amplia cosecha de orquídeas y vainillas; la puerta de agujas que, mejor amazona que él era jinete, obligaba a saltar a su montura sin atreverse él a imitarla; la cabaña ruinoso, baja y estrecha, en la que se refugiaron al caer un chaparrón que él deseara de mayor duración. Tan cerca se hallaban así el uno del otro que se confundían los hálitos y le embriagaba la fragancia del cuerpo virginal. ¡Cómo le provocaba posar los labios en aquel lunar de la mejilla izquierda que agraciaba tanto el rostro de Delia! Supo resistir a la tentación por temor de enfadarla y que renunciara a las correrías por los campos; pero, al salir del escondite, le confesó su deseo. Ella se sonrojó y, tendiéndole la mano, le dijo:

—Le permito que la bese en premio de su buena conducta.

La tomó él y la comió a besos, obligándola a exclamar entre risas:

—¡Basta! ¡Basta! Es usted demasiado goloso y se toma más de lo que se le da.

A lo que él le contestó:

—Creí que merecía más.

Hay que saber contentarse y aguardar con paciencia. Todo llega a su hora.

Y esa hora llegó, la víspera de su salida de La Quinta, al decirse adiós, solos en un rincón del jardín, con la seguridad de volver a verse pronto en Guayaquil. Delia cogió un jazmín del Cabo, su flor predilecta, y la colocó en el ojal de la americana de Lorenzo, tendiéndole la mejilla izquierda, la que ostentaba el hechicero lunar, y diciéndole:

—Cóbrense su deuda.

Lorenzo se alejó llevando en el alma la embriaguez de ese minuto delicioso...

A las cinco de la tarde el doctor Cilda llegó a la Isla y, poco después, a la hacienda de Guarumal, donde aguardó el vapor que, por el Río Grande, le condujo a Guayaquil.

## TERCERA PARTE

### I

Lorenzo, al llegar a Guayaquil, sin haber anunciado a la tía Dolores, para darle el gusto de la sorpresa, que se proponía regresar de Almacigal, halló instalada en su casa a Ventura, en la que no había vuelto a pensar desde aquella noche de la asonada popular. Tita le explicó que, no pudiendo soportar la soledad porque era muy miedosa, pidió a esa de sus protegidas que la acompañase durante la ausencia de su sobrino y que la secundase en su labor de las flores artificiales que preparaba para adorno del altar mayor en la iglesia de San Francisco, con motivo de la solemnidad de Corpus. Después de cenar le era también indispensable, para fastidiarse menos jugando al naípe.

—Se marchará Ventura en cuanto termine las flores que debo entregar la próxima semana, si consientes en que permanezca aquí hasta el día de Corpus —agregó Tita.

Lorenzo no puso ningún reparo, pero no tardó en

arrepentirse de su condescendencia porque, con sus miradas y sonrisas, Ventura a cada instante le manifestaba claramente sus tiernos sentimientos y, enardecida por el despecho al ver la indiferencia con que él le oía los suspiros, procuraba hallarse en su camino y rondaba su cuarto cuando la anciana señora quedábase dormida en la hamaca. No consiguiendo nada con su descarado manejo, llevó la audacia hasta penetrar una noche en el dormitorio de Lorenzo, aprovechando de que la tía Dolores había ido a ver a una amiga, y presentósele con el pretexto de consultarle acerca de una gastralgia que le causaba un vivo padecimiento. Mas, apenas la interrogaba con manifiesta frialdad, prorrumpiendo ella en llanto, le dijo:

—¿Por qué me trata usted con tanto desprecio después de haberme dejado acariciar la esperanza, desde la noche del tumulto, de que sentía alguna inclinación hacia mí?

—Se engañó usted, Ventura—le contestó con tono desabrido—; pero, aunque muy incorrecto su comportamiento en esta ocasión, me alegro de la entrevista para rogarle que observe otra conducta, porque sólo me inspira usted una amistosa simpatía.

—¡No me engañaba, no!—replicó alterándose—. Bien sé lo que ocurre. La larga permanencia de usted en Almacigal cerca de la preciosa Delia, que fué mi discípula en el Sagrado Corazón...

—¡Basta!—la interrumpió Lorenzo—. No le consiento que desatine malévolamente... Retírese.

—Dije mentira por sacar verdad. La irritación de usted prueba que di en el clavo. No le importunaré más con mi cariño. ¡Ojalá le quiera tanto como yo su preferida, a la que deseo un desengaño igual al mío!

Se alejó colérica Ventura, y con gran descanso la vió Lorenzo, dos días después, marchar, de su casa, anhelando que no volviera a ella y dispuesto, si persistía en molestarle con insinuaciones de esa índole, a suplicar a su tía que no la recibiera.

Quince días después del regreso de Lorenzo llegó a su vez Delia a Guayaquil con sus padres adoptivos. Estos, que se habían dado cuenta de la viva simpatía creciente entre aquéllos durante la temporada que pasaron juntos en La Quinta, se manifestaron mutuamente sus preocupaciones a ese respecto. Don Miguel consideraba a Lorenzo como un varón recto y leal, incapaz de una mala acción, y su esposa, igual que él, conocían la entereza del alma virtuosa y altiva de Delia que la impedirían ceder a un arrebato del corazón o caer en un lazo en que peligrase la honra. La señora Doral se decidió, sin embargo, a amonestar a su hija y aconsejarle que no se arriesgara a perder la tranquilidad en un lance del que tal vez saldría desilusionada y maltrecha.

—No olvides le dijo—que te separa del dueño de Almacigal una gran distancia.

—Persuádase, madrina— le contestó—, que el ejemplo de sus virtudes me guiará siempre en la vida

por un camino recto. Jamás podría corresponder a los beneficios de usted y de mi padrino con horrible ingratitud; pero, por Dios, le suplico que no coarte mi albedrío. Déjeme abandonarme a mi destino, aunque el dolor, no el remordimiento, sea mi parte.

Vencida por el acento firme y tranquilizador de Delia, la madrina, de acuerdo con su esposo, se resolvió a tolerar la intimidación que reinaba entre los enamorados, acariciando la esperanza de que Lorenzo, sinceramente prendado de Delia, pidiera su mano.

Lorenzo, en cuanto se lo permitían sus ocupaciones, se dirigía a las Peñas, pero no subía todos los días a la casa de su administrador para evitar, en un barrio tan reducido, que el vecindario se enterase de sus relaciones con Delia y diese rienda suelta a los comentarios. Contentábase a veces con pasar a lo largo de la calle para ir a sentarse en la cervocería, o bien penetraba en su villa para echar un vistazo por la nueva construcción y por el jardín, que renacía lozano, desde el cual contemplaba a su adorada oculta detrás de una persiana. La frecuencia de sus paseos y de sus visitas a Delia fué finalmente la comidilla de las buenas lenguas, no sólo al pie del cerro, sino en toda la ciudad, porque, como siempre sucede entre novios, acabaron por no observar la prudencia que se prometieron y, en su impaciencia por verse, dábanse cita por la mañana en los baños del Estero Salado, por la tarde recorrían de vez en cuando los portales, penetrando para hacer compras en los más lujosos almacenes del

Malecón, y, por la noche, acudían al parque Seminario en los días de concierto militar o al teatro Olmedo, donde una compañía española representaba con buen éxito las más alegres zarzuelas. Les vieron también pasear en noches de luna en el imperial de un carro urbano. Cuando no la acompañaba D. Miguel o su esposa, o alguna dama respetable amiga de ellos, Delia salía seguida de Concha, especialmente el domingo al ir a misa. Lorenzo la aguardaba en la puerta de la iglesia y juntos regresaban desde la Merced a las Peñas.

¿A quién iban a engañar acerca de sus recíprocos sentimientos? Bastaba verles mirarse, hablarse, estrechase las manos para comprenderlos. La alegría reflejada en ambos semblantes decía a voces el secreto echado en la calle, dando pábulo a la maledicencia de algunos, a los aspavientos de otros, a las murmuraciones de todos. Pactábanse apuestas:—Se casará con Delia.—No se casará.—Los amartelados no se enteraban de que estuvieran en el banquillo de la opinión pública y, ciegos, seguían queriéndose y rebosantes de dicha.

Aliviado el luto, Lorenzo frecuentaba, por obligación más que por gusto, los salones donde se celebraban veladas y concurría antes de cenar, o de diez a doce de la noche, a su regreso de las Peñas, al Club de la Unión, lujoso y ameno centro de reunión, donde se complacía en ver jugar al tresillo o al *poker*, en leer los periódicos nacionales y extranjeros o algún

libro de la bien surtida biblioteca. A veces, sentado en una de las hamaquitas de la galería central, en cuyo patio se erguía, único árbol, una hermosa palma, escuchaba las animadas charlas, los dichos picantes, las saladas críticas y las discusiones políticas. En otras ocasiones prefería tomar asiento en una de las poltronas mecedoras del balcón, donde contemplaba el cautivante panorama del ruidoso Malecón, del ancho río poblado de mástiles y velas, de embarcaciones de todo tamaño, y, cerrando el horizonte, la majestuosa Cordillera, a cuyos pies se dilataban los verdes campos.

Habíase granjeado la amistad de casi todos los miembros del Club, porque, platicando con ingenio y tacto, se esmeraba en no emitir conceptos o sostener opiniones que no fueran del agrado general, y soportaba de buen humor que algunos chanceros remedasen el acento francés con que pronunciaba el castellano. Más de uno le decía:

—¡Qué lástima, Lorenzo, que se marche otra vez a París! Le hubiéramos nombrado presidente del Club en las próximas elecciones. Quédese o, por lo menos, prolongue su permanencia entre nosotros.

Manifestaba su agradecimiento, prometiendo:

—Volveré pronto, para no alejarme ya nunca de Guayaquil.

Movían la cabeza, incrédulos:

—Si París le pesca de nuevo, no le afloja, y ¡Dios sabe cuándo le veremos!

Oía entonces las opiniones de los compañeros, divi-

dados en dos campos. Unos le aprobaban que prefiriera vivir en París, la única ciudad en el mundo donde la existencia es deliciosa y de la que regresaron ellos sin estar hartos de su belleza y sus placeres, por la que siempre suspiraban. Otros, alardeando de un patriotismo intransigente, declaraban que era ingratitud y locura, y aun peor, una mala acción, abandonar el suelo natal para arraigarse en la tierra extranjera, por mucho que ese ponderado París fuera el paraíso.

No faltó en el Club quien le endilgara alguna cuchufleta acerca de sus relaciones con Delia; pero, a la primera ocasión, sin enfadarse, aunque con un tono serio y firme, por el que se comprendía que no toleraría la reincidencia, suplicó que no tomaran tema en ese sentido, afirmando categóricamente además que sólo le inspiraba esa señorita una respetuosa simpatía. Cuidaron de no insistir; callaron en su presencia, mas, al volver él la espalda, se desataban las lenguas y allí también pactábanse apuestas:—Se casará con Delia.—No se casará.

Acercábase la magna fecha del 10 de Agosto, en la que el Club celebraba anualmente con un gran bajle la conmemoración del primer grito de independencia que lanzó Quito en 1809. Los días que precedían a ese fausto acontecimiento eran de animación extraordinaria en aquel centro mundano. Se discutía el grave asunto de las invitaciones nuevas que consentirían en otorgar. El reglamento, riguroso a ese respecto, se aplicaba con severidad las más de las veces, lo que

no impedía que las discusiones fueran vivas, apasionadas, irritantes si alguno de los socios proponía que se invitase a un matrimonio, una dama o una señorita que aun no había figurado en las reuniones de la alta clase de la sociedad. Una invitación al baile del Club equivalía a la obtención de letras patentes de aristocracia. Era algo así como la elevación, al rango de persona de calidad, de la agraciada, cuyo origen más o menos obscuro se perdonaba, confiriéndole el derecho de mirar a su vez con desprecio o compasión a las que quedaban abajo en la escala social, impacientes de que les sonara la hora de ascender, al pináculo de la vanidad humana. Como generalmente ocurre, aquellos que con mayor dificultad lograron que les abrieran las puertas del Club figuraban después entre los más intransigentes y porfiados en cerrárselas a otros. La política hacía de las suyas allí también, y, por instigación de algún patrioteró exaltado, se suprimía la invitación que correspondía por innegable derecho a la familia del alto funcionario cuyo comportamiento descontentaba a la mayoría del elemento joven del Club, que ostentaba ideas avanzadas. El rigor no era tan desmedido, tratándose del sexo fuerte. Los varones que, merced a su inteligencia o su trabajo, se imponían al aprecio y la consideración unánimes, eran invitados al baile, por modesta que fuese su cuna; pero los padrinos de las que postulaban la honra de formar parte en los rigodones del Club emprendían luchas diarias con los miembros del comité de fiestas, derrochando elocuencia

y maniobrando con diplomacia, para hacer valer el prestigio de la fortuna, de la educación, de la virtud y de la belleza.

Las discusiones pasaban del Club a la calle y se propagaban en el seno de las familias.

Lorenzo presenció y motivó incidentes análogos con su inquebrantable resolución de obtener una invitación para Delia. Aunque los Doral, que la consideraban como su hija, estaban inscritos por derecho de cuna en la famosa lista de los privilegiados archivada en el Club, Delia no se había presentado en ninguna reunión aristocrática. Lorenzo sabía que, desde que subió al poder el partido radical democrático, el comité de fiestas amainaba en la rigurosa aplicación del reglamento. Se atrevió así a solicitar que, a la esquila de invitación para el matrimonio Doral, se agregara otra dirigida a Delia. La estupefacción que, al oírle, reflejaron los semblantes, le puso de manifiesto cuán exorbitante parecía su pretensión. Viva irritación y gran disgusto experimentó, como si él fuera a quien quisieran agraviar. Insistió con tenacidad, alegando que Mr. Love, el padre de Delia, fué socio del Club y que, si aun viviera, no podrían negarle una invitación al baile para su hija. Finalmente exclamó:

—La señorita Delia, adoptada y educada por D. Miguel Doral y su esposa, debe de ser considerada como hija de ellos. Su deslumbrante belleza, su educación y su virtud son merecimientos de tanta consideración que es ella quien honrará al Club si se

digna de presentarse en sus salones para brillar como reina del baile.

Tan calurosos conceptos, expresados con vehemente acento, probaron a todos que estaba perdidamente enamorado de Delia y resuelto a casarse con ella, porque, si así no fuera, jamás osara abogar en su favor tan abiertamente. Tremendo fué el escándalo en el círculo y en la ciudad. Entre los miembros del Club formáronse, en esta ocasión, otros dos campos: el de aquellos que, por influencia del elemento femenino, hostil a Delia a causa de su belleza, ponían el grito en el cielo, clamando contra el incalificable descaro, prediciendo el descrédito del aristocrático centro y amenazando con que negaríanse a concurrir al baile muchas familias de indiscutible abolengo, cuyos deudos cesarían de ser miembros del Club. El otro campo constaba de aquellos que, exentos de prejuicios y con nobleza de alma, cerrando los oídos a egoístas y vanidosas objeciones, manteníanse firmes, amparando a Delia y secundando los esfuerzos de Lorenzo. El comité vacilaba. En la votación se preveía el empate; pero el presidente del Club, varón ilustrado y ajeno a cualquier preocupación ruin, trataba con gran cariño a Lorenzo desde que, merced a sus solícitos esfuerzos, curó de una grave dolencia. Su voto favorable inclinó la balanza del lado de los partidarios de Delia, y ésta se decidió a ir al baile sólo por complacer a Lorenzo.

## II

Reinaban la animación y la alegría en los salones del Club, la noche del 10 de Agosto, al subir Lorenzo la escalera, después de haber mirado un instante la iluminación de la fachada del hermoso edificio. La profusión de luces y de flores, el fulgor de las gémias que ostentaban las damas en el albo pecho y la obscura cabellera, los variados visos de los elegantes vestidos femeniles, conformes al buen gusto de la última moda de París, las deslumbrantes llamas de las pupilas negras avivadas por el buen humor, el donaire de los bien formados cuerpos, el agrado de las sonrisas, todo el conjunto de insuperables encantos que despliega la belleza tropical de las guayaquileñas deslumbró las miradas del doctor Cilda, que, por primera vez, contemplaba tan cautivante espectáculo. Después de saludar a las señoras que, a ruego del comité, recibían

a los invitados en la puerta de la sala que se abría sobre el vestíbulo, se instaló en la galería central, frente a la escalera, para aguardar a Delia, que no tardaría en llegar.

Ulbio, que, desde el regreso de su primo, afectando ignorancia de las relaciones de éste con Delia, jamás le hablaba de ella, se acercó y, festivo, le dijo:

— ¡Misterioso varón, siempre huraño! ¿Qué, no bailas?

Lorenzo movió la cabeza negativamente.

—Acertaste al elegir este puesto de observación— agregó Ulbio—, y hasta que se te presente la oportunidad de un mejor deleite, si quieres, voy a darte a conocer tus compatriotas.

Le indicó, una tras otra, nombrándoselas, a cada persona de importancia que pasaba cerca de ellos para ir al comedor, cuya mesa presentaba, en opíparo derroche, refrescos, helados, pastas y dulces, licores entre pirámides de emparedados, de frutas y de bandejas de plata con los manjares que se servirían en la cena. Conoció así Lorenzo a las notabilidades en la política, el periodismo, las letras y el comercio, a las damas que se enorgullecían con su descendencia de los conquistadores, en línea recta y sin mezcla de sangre; a aquéllas que, regresando de Francia, llevaban la batuta del buen tono y de la elegancia; a la muchacha cuyos padres se oponían al desigual enlace con algún joven de posición social inferior, que, a hurtadillas, lograba mirarla y hasta acercarse a hablarle

en el umbral de una de las puertas del balcón, y a otras que, con paciente resignación, aguardaban fielmente que el novio adquiriese los recursos necesarios para formar el nuevo hogar, así transcurriesen diez años.

—Sabes—creyó oportuno decirle Ulbio—, que aquí el amor promueve siempre el himeneo. La especulación, el interés vil no impelen al matrimonio, ya que los padres, aun los más acaudalados, persisten, por lo general, en no constituir la dote como se acostumbra en Francia, donde los matrimonios por mutua conveniencia son los más frecuentes.

Cesó de hablar al ver que Lorenzo no le escuchaba, porque miraba a Delia que subía la escalera al brazo del Sr. Doral.

Apenas se desprendió de su abrigo y, vestida con un traje de muselina encarnada que realzaba el color de sus brazos, desnudos igual que su garganta luciendo amplio descote, se dejó ver en el esplendor de su soberana belleza, un murmullo de admiración brotó de los labios varoniles, mientras, mordiéndose los labios, despechadas, se abanicaban más rápidamente las mu-chachas como si, de súbito, el calor las hostigase.

Con sus radiantes aterciopelados ojos, la frente coronada por la opulenta cabellera negra, que rizaba naturalmente y en la que había prendido una gardenia, la mediana boca de acentuados labios rojos, bajo la nariz pequeña pero recta, el gracioso donaire del esbelto cuerpo, Delia, sin reflejar timidez en el semblante,

se presentó en la sala de baile como una diosa joven a la que aclamaran en el mismo Olimpo. Sin ninguna joya, sólo lucía, al borde del descote, un ramo de flores, gardenias también, obsequiadas, como el cuadernillo de baile que llevaba en la mano, por Lorenzo.

La sensación que produjo la entrada de Delia en el Club, trajo a la memoria de Ulbio el verso inspirado a Olmedo por la gloria de Bolívar, y murmuró al oído de su primo:

—Como el sol, a los astrós obscurece.

Lorenzo, sin contestarle, se alejó para acercarse a Delia y, dándole el brazo, la llevó por la sala entre las miradas curiosas e impertinentes, los más o menos discretos cuchicheos y las imperceptibles muecas despectivas de algunas almas femeniles envidiosas. Apenas tomó ella asiento, acudieron los jóvenes, como las mariposas van a la reina del pensil, y aquellos que más inflexibles fueron en su ahinco por que se negara la invitación, deslumbrados, vencidos por el poder de la hechicera, se apresuraron a ser los primeros en solicitar el favor de bailar con ella. Delia, aunque prefiriendo ver su talle enlazado sólo por Lorenzo, no podía negarse a complacerles.

Lorenzo, de pie en el marco de una puerta, no desprendía de ella las miradas mientras valsaba, ufano de que triunfara su adorada, pero sintiendo al par los celos morderle el corazón. Delia también sufría, porque le adivinaba el pensamiento, y porque más de una que fué su compañera en el colegio del Sagrado

Corazón pasaba a su lado, como si no la conociera, evitando el saludo. Entre ellas, la hija de un alto funcionario de la provincia rehusó el asiento que su novio le brindaba, contiguo al de Delia, quien, igual que Lorenzo, la oyó decirle, orgullosamente:

—No repara usted en que éste no es mi sitio.

Comprendieron el doble sentido cruel de la frase y experimentaron la natural mortificación, pero Delia sintió al mismo tiempo despertarse su altivez, y, para humillar a las despiadadas rivales con el completo triunfo de su belleza, bailó sin descanso toda la noche, hasta la hora de la cena, servida en mesitas alrededor del patio central. Tuvo una corte de admiradores que su buen humor aparente entusiasmaba, mientras que algunas de las pretenciosas señoritas *comían pavo*, como dicen allá de las que se quedan sentadas porque no se les invita a bailar.

Al rayar el alba y terminarse el baile, todos los varones, enajenados por la belleza y el ingenio de Delia, aplaudieron el concepto del engreído calavera de buen tono que exclamó con voz recia, para que Lorenzo le oyera:

—¡Es una mujer ideal! Quisiera ser un rey para colocar mi corona en su frente.

### III

Lorenzo anudaba la corbata blanca ante el espejo, impacientándose porque no había cuello, por bien almidonado que estuviese, que resistiera, sin arrugarse, a la influencia de la temperatura ardiente. Antes de vestir el frac encendió un cigarrillo y, sentándose en la hamaca, empezó a mecerse. Aguardaba a Ulbio para que le acompañara a la casa de la bella madama Love, como solían llamar a la veleidosa cuarterona, madre de Delia, que casaba esa noche a su hija Rosario con el propietario del afamado café Salón Guayas.

Lorenzo, como de ordinario, estaba melancólico y preocupado, en vez de experimentar alegría porque iba a pasar la velada con Delia. Sabía que el Sr. Doral era uno de los testigos de Rosario en la ceremonia nupcial, que, según la costumbre local en aquella época, se verificaría en la casa materna. Su esposa no le acompañaría, alegando el pretexto de su ciática para no concurrir a una reunión de gentes que no eran de su rango. Mientras se mecía en la hamaca, Lorenzo recordaba el baile del Club, que se verificó hacía dos meses, y las diversas sensaciones que promovieron en su alma la satisfacción de amor propio por el triunfo de Delia, su mortificación por la actitud soberbia de algunas señoritas y su creciente mal humor al ver tan galanteada a la que él adoraba y que, aparentando

alegría, se entregaba en brazos de uno y otro joven al placer de bailar. Delia, con su tierna perspicacidad, se dió cuenta de este sentimiento y espontáneamente le manifestó, el día siguiente al de la fiesta en el Club, que deseaba no volver a una reunión mundana para no verse precisada a valsar. Iba, sin embargo, a presentarse de nuevo, a pesar suyo, en una velada durante la cual la requiebraría más de un galán, arrobado por la fragancia de esa maravillosa flor tropical que Lorenzo pretendía, guardándola para sí solo, substraer a las miradas impertinentes de todos. Malhumorado revolvía esos pensamientos en su frente al aparecérselle la tía Dolores, siempre vivaracha, diciéndole:

—¿Puedo servirte en algo, negrito, ya que vas a un bodorrio?

—Gracias, Tita. Sólo desearía un poco menos de calor para que el cuello no se me arrugue tan desdichadamente.

—No me harás creer que la temperatura aquí es más intolerable que en París, donde, durante la canícula, os asfixiáis como si fuera el infierno y lo es, en realidad, con sus desvergüenzas y vicios.

Lorenzo, a quien esta salida de su tía causaba risa, aplicó el oído al agregar ella:

—Es juicioso, caballero, no desear nunca lo que no se puede lograr. ¿Quién sabe si el calor de que te quejas no tiene otro origen?

—¿Qué origen, vamos a ver?—preguntó algo in-

quieto, porque la frase encerraba sin duda una alusión cuyo alcance no comprendía.

—Las borrascas del corazón, según pretenden, también enardecen, y si doy crédito a las murmuraciones...

—A las murmuraciones... ¿a mi respecto?—exclamó, procurando reirse, aunque su inquietud crecía.

—¡Claro! No he de ser yo el objeto de ellas.

—Al grano, Tita. Suelta lo que está impaciente por decirme. Si es un sermón, elige mala hora para convertirme.

—Será lo que tú quieras, según y conforme te dispongas a escucharme, pero convéncete, cholito, que la ternura maternal dicta mis palabras con el vivo deseo de precaverte contra la maledicencia y de impedir que cometas tal vez un disparate, porque te juzgo incapaz de dejarte arrastrar a una mala acción.

—¡Qué de preámbulos, Dios mío! Al grano, Tita—replicó Lorenzo impaciente, porque comprendía ya que el nombre de Delia iba a sonar.

Razón tenía yo en temer. Esa hechicera muchacha a todos fascina; empero, abrigaba la esperanza de que te protegería, como una coraza, el amor de Elena. Bien se ve que el corazón tiene razones que la razón desconoce, como un filósofo dijo.

—¡Por piedad, Tita, al grano! Explíquese al fin con claridad.

Pues bien, te diré que por todas partes se comentan tus relaciones con la ahijada de tu administrador, tus visitas diarias a las Peñas, las citas que os dais en

diversos puntos de la ciudad, y, siendo tanta la distancia social que os separa, las más malévolas suposiciones circulan.

—No comprendo—clamó Lorenzo, fruncidas las cejas—, el motivo de tan ridículas habladurías, que desprecio. Ciudad pequeña, infierno grande, como dice igualmente uno de esos proverbios que le placen. Experimento fruición, es cierto, en la amable sociedad de D. Miguel, de su esposa y su hija, cuya virtud está muy por encima de cualquier calumnia. ¿Debo acaso, porque callen las lenguas, renunciar a tan inocente gusto? Usted, indulgente y buena, no debería ser el eco de esos chismes.

—¡Caramba! No te sofoques más, ¡hijo de mi alma!—suplicó la anciana tía, sintiendo ya haber hablado y causado disgusto a su querido Lorenzo—. Cumplí con mi deber, informándote de lo que se dice. Comprometes a Delia, con quien no pensarás en casarte, lo imagino. Perdóname mis palabras y diviértete mucho esta noche, chinito.

Lorenzo, al retirarse Tita, permaneció abrumado por la advertencia e indignado por la calumnia. Sólo podían interpretar en el sentido más desfavorable a Delia sus relaciones con ella. «¿Por qué se mete la gente en lo que ni le va ni le viene?—se decía rabioso.—¿Acaso procuro yo conocer los enredos de la sociedad, las amorosas intrigas y hasta los escándalos que estallan en el seno de algunas familias? Jamás me ocupo de la vida ajena. ¿Quién se atribuye

el derecho de escudriñar la mía para turbar mi dicha y alzar de mi corazón a la que adoro?»

Cuando se escuchó, la voz que interiormente oía, y que hablaba más recio que la de las malas lenguas, sonó a su vez, y Lorenzo, alma vacilante y débil, pero justa, y que así inclinaba siempre del lado de la verdad y de la razón, suspiró: «Es cierto. Comprometo a Delia. Sufre daño su reputación por mi culpa. El único medio de reparación es casarme con ella. Clamará quienquiera porque pretenda que contraigo un matrimonio desigual. Mañana mismo rogaré a D. Miguel que obtenga el consentimiento de madama Love. La noticia de mis esponsales pondrá mordaza a la calumnia. Me uniré con Delia a mi regreso de París, después de haber casado a Lila y obtenido que Elena me devuelva la palabra.»

Persuadido de que adoptaba una resolución definitiva, la única que su conciencia le dictaba, se tranquilizó y, al llegar Ulbio, no observó éste su desazón, mientras le decía:

—Vengo retrasado, pero aun será tiempo de que veas desfilar a los invitados de la bella madama Love. Te divertirás comparando a la sociedad mezclada que allí verás con la muy selecta que concurrió al baile del Club.

## IV

La casa de madama Love presentaba un golpe de vista curioso al entrar Lorenzo y Ulbio en la sala, bastante animada ya. Los invitados pertenecían, en su mayor número, a la clase modesta. Algunos jóvenes de la alta sociedad habían ido allí a solazarse y conquistar corazones entre las muchachas, guapas por lo general, de hermosos ojos negros, tez morena y cabellos crespos. En sus vestidos, el bello sexo copiaba, exagerándola, la moda parisiense, a cuyo capricho veían sometidas a las damas distinguidas. En el centro de la sala se erguía triunfante la hermosa viuda, lujosamente ataviada y cubierta de joyas. Delia, que había pasado el día en el hogar materno, se hallaba cerca de Rosario y no se la vió en la sala hasta que, presente el vicario, la novia apareció, al brazo de don Miguel, vestida de blanco y coronada de azahares, simpática, más morena que Delia, cuya belleza fué la que atrajo las miradas varoniles.

La ceremonia religiosa se redujo a la toma de dichos y a la bendición nupcial. Cumplimentados los nuevos consortes, principió el baile. Las parejas bailaban con no menos arte y gracia que las del Club.

Lorenzo, sentado junto a Delia, discurría cariñosamente con ella. De súbito sus ojos vieron en la penumbra del balcón los de Ventura, que airados le miraban.

Sorprendido de que estuviera allí, dijo a Delia:

—Ignoraba yo que Rosario fuera amiga de Ventura.

—¿La conoce usted?

—Sí. La he visto varias veces en el cuarto de mi tía, que la protege.

—Rosario y yo la conocimos en el colegio del Sagrado Corazón. Fué mi condiscípula, pero no continuamos relaciones a la salida de ese plantel. La madre de Ventura, que, como usted lo sabrá, no abandonó el oficio de su marido a la muerte de éste, hizo los dulces de la boda y preparó los ramilletitos con azahares y medallas conmemorativas que acaban de repartirse. Ventura, que los trajo, manifestó el deseo de ver a Rosario en su traje blanco y por ese motivo está allí. No quiso entrar a la sala porque vino sin ataviarse. Se me antoja que tiene un aire triste y preocupado.

El baile seguía animándose a medida que las parejas regresaban del comedor, donde se libaba inconsideradamente el champagne al par que los licores fuertes, especialmente el famoso *cardenal*, mezcla de varios vinos a los que agregan ron, jugo de piña, zumo de limón y nuez moscada, sin el cual no había fiesta de buen tono. Lorenzo se vió obligado a alejarse de Delia para acompañar, una vez siquiera, al comedor a madama Love. Ventura, aprovechando ese momento, hizo seña a Delia que quería hablarle y, al acercársele, le dijo:

—¿Por qué no bailas, Delia? Antes te gustaba valsar.

—Estoy algo cansada.

—¿Te acuerdas de cuando éramos condiscípulas? ¡Dichoso tiempo aquel en que el corazón no palpitaba durante nuestros juegos inocentes! En recuerdo de esa lejana amistad nuestra, quiero darte un consejo.

—¿Un consejo?—repitió Delia, sorprendida—. Habla, Ventura.

—Desconfía de los hombres. Lo diré claro. Desconfía del hombre a quien quieres.

—Explícate. ¿Por qué me dices eso?

—Crees que Lorenzo se casará contigo y tiene novia en París.

—¡Mentira! exclamó Delia, palideciendo, pero ansiosa de saber la verdad, agregó—: ¿Por qué te metes donde no te llaman, inventando una calumnia?

—Su novia se llama Elena de Latour—replicó implacable Ventura, y sin preocuparse del sufrimiento que le imponía, dió una nueva prueba de lo que aseveraba—: Vi el retrato de esa Elena en el cuarto del doctor Cilda, que se prepara a partir para casarse con ella.

—Un retrato nada significa—murmuró Delia con voz trémula y perdiendo pie, pero sin dar aún su brazo a torcer.

—¿Quieres una prueba contundente? Toma esta carta, que es de Elena y que robé para entregártela.

No te cabrá duda respecto de la infame comedia con que corresponde a tu amor ese hombre.

Delia vaciló. No quería dudar de Lorenzo, cuyo profundo amor era evidente. Y, sin embargo, se le suministraba la prueba de su deslealtad. Acabó por coger el paper, preguntando:

—¿Qué te impulsó a prestarme lo que te figuras un señalado servicio?

—La satisfacción de vengarme de él, que despreció mi cariño, y de ti, porque te prefirió a mí—declaró la iracunda Ventura, que aprovechó la llegada de varias parejas al balcón para alejarse rápidamente y salir de la casa.

Desconcertada, estupefacta, Delia corrió al cuarto de Rosario y, sofocada por la emoción, leyó las siguientes líneas:

«Soñé que me queríais menos y que nos os dabais prisa en regresar...»

Interrumpió, desfalleciente, la lectura, y tras un gemido, arrasados los ojos en lágrimas, siguió leyendo hasta el último renglón, que decía:

«Que viva yo en vuestro pensamiento, pues del mío no os alejáis ni un solo instante.»

—«¡Malvado, hipócrita, desleal!»—sollozó, tirándose en una hamaca, en la que enterró el rostro, ardiendo en fiebre, bañado de llanto, y ahogando sus lamentaciones, para no ser oída, con el pañuelo, que metía en la boca, despedazándolo con los dientes.—

«¡Es semejante a todos, pérfido, cobarde y cruel! Sus ojos, sus palabras tan tiernas ¡cómo me decían, sin embargo, que su amor era sincero, profundo! ¡Y tiene novia! ¡Y va a casarse, dejando destrozado mi corazón!»—Siguió, sollozando con desesperación. Volvió luego a decir:—«Y esa Elena, ¡cómo le quiere también! Pero, más que yo no es posible. Una tras otra, hasta esa maldita Ventura, todas sufrimos el predominio de su embeleso. Yo moriré, porque no puedo esperar, luchando, triunfar de esa francesa, a la que preferirá por su linaje, su caudal y quizás por su belleza. No quiero volver a oírle, ni verle. Huiré de aquí sin que goce con mi desconsuelo.»

Se irguió y, en el tocador de Rosario, bañó un gran rato los ojos en agua fresca, se empolvó el rostro, y, de súbito, el orgullo, que en tantas circunstancias dominó su alma, se despertó y vibró más recio que su dolor, aconsejándole que hiciera a su vez sufrir, si en verdad la quería, al que causaba su martirio, o le hiciera ver, si se burló de ella, que no tenía la laya de una víctima y que era ella la primera en reirse de su percance, del que se consolaría pronto, amando a otro. Se fijó en Ulbio para que, sin comerlo ni beberlo, desempeñara, inconsciente, el papel que le atribuía en la comedia que le inspiraba el amor propio ulcerado. Se acercó a él, apenas regresó a la sala, la frente alta y con la sonrisa en los labios, y le dijo:

—Ulbio, todavía no se le ha antojado valsar conmigo.

—Creía,—contestó atónito,—que no quería usted bailar.

—He cambiado de parecer. Deme el brazo y valdemos.

—Con mucho gusto, pero hará usted que Lorenzo me desuelle vivo. ¿Habéis regañado?—preguntó con viva curiosidad, mientras que, a los acordes del vals de Waldteufel, *Siempre fiel*, giraban enlazados entre las parejas ante las miradas de Lorenzo estupefacto.

Su primo, felizmente, no puede invocar ningún derecho para impedir que me divierta a mi antojo—replicó Delia con soberbia.

—¡Cáspita! ¿Será acaso un rompimiento? Y si así fuera, ¿me será lícito figurar entre los pretendientes a su amor?

—No puedo impedir a nadie que procure conquistarme exclamó Delia con una carcajada nerviosa al pasar junto a Lorenzo, y tan recio que éste, al oírla, quedó anonadado, como partido por un rayo. El doctor Cilda creía soñar, y, en el paroxismo de su dolorosa irritación, no atinaba a comprender lo que significaba la inaudita conducta de Delia. ¿Quería poner a prueba la paciencia de su corazón? ¿Era un capricho tonto? ¡Cómo se contenía para no arrojarle sobre Ulbio y abofetearle!

Antes que terminara el vals, Delia se sintió de nuevo desfallecer, pero, sacando fuerzas de flaqueza, rogó a Ulbio que la llevara al comedor, donde, sabiendo que Lorenzo la miraba, apuró la copa de champagne

y siguió coqueteando descaradamente con aquél, que se alegraba de la ira de su primo, aunque convencido de que esa riña entre enamorados duraría poco.

Lorenzo, frenético, no sabía qué partido tomar: ir en seguida a pedir una explicación á Delia o aguardar a que ella misma se la diese. Fué esto último lo que su amor propio herido le aconsejó. Inmóvil seguía, observándola y juzgando severamente su conducta. «¡Es coqueta y de humor caprichoso,—se decía,—quería yo hacerla mi esposa!» Vióse precisado a aceptar la invitación a beber una copa de cardenal, que le hizo uno de los invitados de condición humilde. Desairarle hubiera sido considerado como un agravio, humillación mal tolerada. Ya sabía que tal era una de las susceptibilidades de la gente de la clase media en el suelo patrio. Al verle dirigirse hacia el comedor, Delia, irguiéndose, tomó el brazo de Ulbio y regresó a la sala, donde, enlazada por otro joven, desapareció en el torbellino de las parejas.

Apenas logró Lorenzo deshacerse de los que, uno tras otro, le obligaron a alzar la copa, corrió en busca de Delia, decidido esta vez a manifestarle su disgusto y su dolor. Recorrió la sala, el balcón, el cuarto de Rosario sin hallarla por ninguna parte. Buscó al señor Doral y a Ulbio en vano... También habían desaparecido. Se acercó a la hermosa madama Love y le dijo:

—No veo a Delia ni a Rosario. ¿En dónde están?

—¿Cómo? ¿No sabe que acaban de marcharse?

Delia y don Miguel aprovecharon del coche en que iban Rosario y su esposo para regresar a las Peñas.

Lorenzo, con el corazón más lóbrego que las tinieblas de la noche, lleno de zozobra y desconsuelo, bulléndole en el cerebro las más exasperantes suposiciones, salió de la alegre mansión donde sonaban las risas y, cabizbajo, lentamente por los portales se dirigió hacia su casa, resistiendo por dignidad al vehemente deseo de volar al barrio del Cerro para suplicar a su adorada Delia, que volvía a ser la cruel Esfinge, la aclaración del enigma.

De haber obedecido al impulso de su corazón, viera en qué inconcebible trastorno se hallaba el hogar del matrimonio Doral, donde, al llegar Delia, pálida, ahogándose y desfalleciente, con una violenta crisis nerviosa acabó por desplomarse en una butaca. Arrancáronle a pedazos el vestido para facilitar la respiración. Concha, bañada en lágrimas, daba a oler sales a su idolatrada *niña*. Don Miguel voló en busca de un médico, quien, presentándose cuando Delia volvía en sí, tranquilizó a la atribulada madrina. Esta no perdió la propicia oportunidad de exclamar:

—Si, en el siglo anterior, nuestras abuelas hubieran sido tan neurasténicas como las mujeres lo son hoy, no vieran la luz del día un Bolívar y sus innúmeros héroes.

## V

Lorenzo, sumido en la más honda tristeza, mientras más meditaba en la hamaca acerca de la conducta observada hacía una hora por Delia, cuyo carácter serio y alma franca conocía bien, menos lograba comprender por qué, de repente, se obstinó en hacerle sufrir y en revelarse, por primera vez, tan coqueta y cruel. Nada de parte de él motivó el brusco cambio. Antes de separarse de ella para llevar al comedor a madama Love acordaron que, en la mañana siguiente, se verían en el Estero Salado. Pocos instantes bastaron para que la recíproca dicha tornárase la más inmerecida desventura. Reflexionó en todos los incidentes de la alegre velada hasta el instante de lo que le parecía una horrible pesadilla y la imagen de Ventura se irguió ante sus ojos.—¿Será ella—se dijo—la que inventó alguna calumnia para alejar de mi corazón el de Delia? Mas ¿qué pudiera decirle para motivar su exasperación y su encono? Si esa mujer urdió la patraña, fácil me será disculparme de una falta que no cometí. ¡Ah!, si así fuera, ¡qué pronto se disiparía el nubarrón! Mañana lo sabré, y, calmando la injusta cólera de Delia, volveré a ser feliz.

La acariciada esperanza disminuyó su angustia. Ni un instante supuso que Delia conociera la existencia de Elena. Empezaba a conciliar el sueño. Brusca-mente abrió los ojos, irguióse y escuchó. Horrorizándose, hirió sus oídos la vibración de una campana.

En el profundo silencio de la noche repercutía la conocida señal de alarma. Un incendio, como en noches anteriores, inquietaba a la población y debía ser en una manzana poco distante porque la campana que vibraba era la de la esquina de la calle de Pichincha, en la que él vivía. Se dirigió hacia el balcón y, al asomarse, vió a los vecinos azorados en las ventanillas de sus persianas y a la gente que corría por la calle en dirección a la Intendencia de Policía. Interpeló a uno de los que pasaban:

—Amigo, ¿dónde hay fuego?

—Dicen que en la Gobernación.

El vecino de la casa contigua, al oír su voz, le gritó:

—¡Hola, doctor! Otra nueva desgracia... ¿Cuándo no habrá incendio? Como se trata hoy de la Gobernación, espero que atajarán pronto el fuego.

—Harán bien,—contestó Lorenzo.—Sería una lástima que se quemara tan hermoso palacio, con los archivos que contiene, al par que los importantes edificios que le rodean.

Estos eran el Ayuntamiento, la Biblioteca municipal, la Intendencia de Policía, la oficina del Correo y la plaza del Mercado.

Al primer toque de alarma siguieron otros. De todas las calles se elevaban las argentinas voces de las campanas, a cuyas cadenas los granujas prendíanse, agitando. En breve, lanzando al viento lúgubres clamores, sonó a rebato el campanario de la iglesia de

San Francisco y, a su vez, vibraron sin interrupción los de todos los templos. La alarma, propagada por los broncíneos acentos, cundió por la ciudad, despertando a los habitantes, que se precipitaban a la calle.

La primera bomba pasó rápida, ruidosamente, entre los ladridos de los canes, arrastrada por gente uniformada con el pantalón blanco, la túnica roja y el quepis. Era la Salamandra, cuya compañía estaba de guardia y de cuyo depósito, elegante, edificio vecino al templo de San Francisco, fué padrino de bautizo D. Carlos Cilda, el padre de Lorenzo.

La animación crecía en la calle. La muchedumbre inquieta volaba hacia el lugar del fuego. En todas las casas brillaban luces. Se oía el fuerte golpe de la puerta de cada zaguán que se cerraba, después de dar paso a los sirvientes o a los amos, impacientes por saber a qué atenerse. Al ruido de las voces cercanas y de los rumores distantes se mezclaban los toques de la generala por clarines y tambores. De repente, del lado de la Gobernación, las tinieblas se disiparon, el cielo reflejó la luz roja del incendio y, en seguida, entre una densa columna de humo, surgió la llamarada enorme, esparciéndose con una lluvia de chispas.

—¡Caramba!—exclamó el vecino—, esto se pone feo. Si sigue así, toda la manzana arderá. Hay que ir a verlo de cerca. ¿Viene usted, doctor?

—En seguida voy—contestó Lorenzo—, en cuanto despierte a mi gente.

Los sirvientes estaban ya en pie. Llamó a la puerta de la tía Dolores y la enteró de lo que ocurría.

—Volveré en seguida—le dijo—, si el fuego se dirige a esta parte; pero, como dos grandes manzanas nos separan de él, espero que lo dominarán antes que pueda amenazarnos.

—No tardes, hijito—imploró Tita—. Sé, ¡con qué triste experiencia!, las proporciones que rápidamente toman los incendios en nuestras casas de madera. Voy a liar, por si acaso, cuanto convenga salvar.

Bajó Lorenzo a la calle y se dirigió por el Malecón al lugar del peligro, viendo pasar, con sus inmensas escaleras, a las demás bombas a brazo y a vapor, cuyos operarios iban a medio vestir, algunos descalzos, como saltaron del lecho a la voz de alarma, en su apresuramiento habitual a dar prueba de abnegación. Desfilaron la Neptuno, la Intrépida, la Sirena, la Unión y aquellas que ostentaban un nombre ilustre: Bolívar, Olmedo, Rocafuerte, o el de un bienhechor: Aspiazú, Avilés, Luzárraga. Con el casco en la cabeza y el arma poderosa al hombro iban, en grupos aislados, los del cuerpo de hacheros.

Al llegar a la calle de Aguirre, Lorenzo, ofuscado por el resplandor, contempló un cuadro desconsolador pero grandioso en el barrio más central, el de los hermosos edificios, de los espléndidos almacenes y de los Bancos. No era el palacio de la Gobernación el que ardía. Frente a éste, en la tienda de ropa blanca, La Joya, se inició el fuego, y el monstruo, hallando

pasto propicio a su incremento, no tardó en ser un formidable gigante que, soberbio, alzó al cielo su flamígero penacho. En su consternación, el pueblo, incapaz ya de calmar la furia del monstruo, porque, siendo la hora de la bajamar, carecían de agua los pozos, le veía, implacable, proseguir en su obra de desolación y ruina. La Gobernación, donde, en breve, debía reunirse la Convención nacional, estaba, sin embargo, amenazada y los bomberos rivalizaban de esfuerzos por preservarla. Asordante era el tumulto y la confusión indecible, intolerable el calor. El jefe de los bomberos, en su caballo blanco, iba y venía dando órdenes a los oficiales, que pertenecían todos a la alta clase de la sociedad. En el Malecón amontonaban los muebles a medida que los sacaban de las casas. Los agentes de la policía, los de la guardia de propiedad custodiaban los trastos para impedir robos. En redor de la manzana incendiada, Lorenzo vió a las demás bombas: Ecuador, Guayas, Nueve de Octubre, Independencia, en incesante trabajo, en encarnizada pero infructuosa lucha.

Un cordón de tropa intentaba imponer respeto a la muchedumbre, que lo rompía a cada instante. Se obligaba a los ciudadanos a formar cadena hasta el río. Sobre los techos, los atrevidos hacheros chorreando agua, rodeados de llamas, despreciándolas, desplegaban, como siempre, la actividad y la energía y parecían seres fantásticos, sobrehumanos. Ocurrieron algunas desgracias y los heridos fueron conducidos a las boti-

cas vecinas del Mercado, al par que las mujeres que sufrieron síncope. Una hora hacía que cundió la alarma y ya el fuego se propagaba hacia el norte y el centro de la ciudad, favorecido por el viento. Millares de chispas incendiaron el mirador del Club y de la alta hoguera llovieron las llamas, que no tardaron en devorar el Banco Comercial y Agrícola y el del Ecuador, el lujoso bazar del peluquero preferido, la botica francesa y, con sus importantes almacenes, veinte casas, poco há moradas risueñas y tranquilas. De nada servía que, derribando edificios, los hacheros hicieran la parte del fuego.

Lorenzo comprendió, a primera vista, que su casa serviría, en breve, de pasto a las llamas. Se apresuró a volver a ella, contemplando a cada paso escenas de terror y desconuelo, oyendo imprecaciones y lamentos. Atropellado, magullado, doliente, llegó a la presencia de su tía, en cuya compañía halló al señor Doral y a Ulbio, que, viviendo aquél en las Peñas y éste en el Astillero, lejos así del lugar de la catástrofe, vinieron a ofrecer sus servicios. Lorenzo confió a D. Miguel la cartera que contenía sus valores y documentos importantes, encargó al primo que procurara salvar algunos muebles, y, llevando él a su brazo a Tita, que sollozaba, se dirigió hacia el barrio del Bajo, donde habitaba otra de sus tías y hasta el cual no se temía que pudiera llegar el fuego. En el trayecto se cruzaron con los vecinos, con familias amigas que huían despavoridas, cargando en sus brazos las sir-

vientas a los niños, que asustados chillaban. Un extranjero, en la esquina de la plaza de San Francisco, blandiendo un revólver, se acercó a Lorenzo, a quien conocía, y, revolviendo los ojos, desahogado, clamó:

—¡Hay que defenderse, Lorenzo! ¡Hay que defenderse!

Se alejó veloz, convencido de que, como lo creía el pueblo exasperado, los revolucionarios incendiaban la ciudad.

Dejando en seguro a su tía, Lorenzo regresó a su casa, en cuya calle la doble hilera de edificios ardía. Desplomábanse éstos como castillos de naipes entre las nubes de humo, espesas, asfixiantes, que cegaban a los infelices dueños, mirando anonadados, sin querer alejarse, cuál se abrasaban los apacibles hogares. Horrorizado, Lorenzo vió a su vez la mar de fuego invadir su casa, enrojecer aún más las tejas y precipitar las olas ardientes por la galería central, cuyo techo de vidrio saltó en pedazos, hasta el balcón donde se asomó hacía poco y conversó con el vecino, que, igual que él, miraba las llamas, con furiosa locura, devorar su domicilio. El Casino Español, el Banco de Crédito Hipotecario desaparecían no lejos. Lorenzo vió la fachada de su casa iluminarse como en los días de las grandes fechas nacionales, como aquella noche de Navidad en que se verificó un baile en esos salones cuyo piso crujía ahora, pero no con el peso de las alegres parejas, derrumbándose. En un instante, las esbeltas columnas se torcieron, las paredes cubiertas

de cal se ennegrecieron y todo fué al seno de la hoguera, alimentada por las mercancías apiñadas en el almacén de un negociante italiano, en un torbellino de humo y de cenizas.

Por otro lado, el monstruo infernal seguía extendiendo sus garras hacia el centro y devorando manzanas con preciosos edificios: el café de los Tres Mosqueteros, frente al teatro Olmedo, al cual respetó en esta ocasión, reservándolo para un muy próximo festín, el hotel de Europa, la tipografía Pedro Carbo, la fotografía alemana y la pastelería italiana. Por la plaza de Bolívar, destruyendo en su camino el Gran Hotel y el teatrillo de variedades El Oasis, hasta la ancha calle de Boyacá, más allá de la cual no logró pasar, y desde ésta a la calle del Nueve de Octubre, irradió el fuego consumiendo, en siete extensas arterias paralelas cortadas por otras tres perpendiculares, unos doscientos edificios, en cuyo centro se erguía la iglesia de San Francisco, que, antes que los demás templos, hizo vibrar en su campanario la voz de alarma, que fué el toque a muerto por sí mismo.

Por el Malecón el incendio aceleraba el paso hacia el primer estero, y el barrio del Bajo, a su vez, iba a ser víctima del infernal azote.

Lorenzo dejó que su administrador y su primo procedieran allí al salvamento del mobiliario de la casa donde asiló a su tía, esfuerzo inútil porque todo lo destruirían las llamas, y con ella, a ruego de D. Miguel, se dirigió a la casa de éste, al pie del cerro. La

señora Doral acogió cariñosamente a su buena amiga, prodigándole consuelo y atenciones. Lorenzo supo entonces que Delia había regresado enferma de la casa de madama Love. Se alejó sorprendido, aun más inquieto y triste, pero convencido de que al fin Tita quedaba a salvo. Parecía imposible, efectivamente, que el fuego llegara hasta las Peñas, atravesando las espaciosas plazas donde se alzaban las iglesias de la Concepción y de Santo Domingo.

## VI

Al brillar el sol del día siguiente, horrendo presentóse a la vista el aspecto de Guayaquil. Inmenso era el campo asolado por el terrible azote, donde, entre escombros y cenizas, los tizones humecaban y, al soplo del aire, se avivaban las llamas. Alrededor de la estupenda ruina se movían silenciosos, abrumados por la inconcebible desdicha, miles de seres sin techo y sin pan.

En una noche había desaparecido gran parte de la parroquia de Bolívar e íntegra la de Rocafuerte, la más hermosa y más poblada de la ciudad. Y era apenas la tercera parte de los estragos que causaría el insaciable monstruo voraz que proseguía en su implacable obra de destrucción. En breve fueron devorados el palacio de la Comandancia militar, el centro de la Sociedad de Beneficencia Garibaldi, la imprenta del *Diario de Avisos* y el cuartel de artillería, donde la explosión de la pólvora y las municiones aumentó el pánico de la muchedumbre.

En las primeras horas de la mañana, al incendiarse la parroquia de la Concepción, las torres de la iglesia de la Merced, de las que llovía el fuego, extendieron la catástrofe por las risueñas quintas del Bajo y el Asilo de la Beneficencia de Señoras hasta el pie del cerro de Santa Ana, adonde paralelamente se dirigía, en impetuosa carrera y sin descanso, un doble mar rojo, por la calle de la Libertad y el Malecón, des-

truyéndolo todo: los puentes de los tres esteros, los almacenes de los comisionistas exportadores, las bodegas de los diferentes frutos nacionales, la imprenta de *La Nación*, el edificio de la bomba el Guayas, el Mercado nuevo y el colegio del Sagrado Corazón, donde se educaron Delia y Ventura, hermoso plantel que ocupaba una manzana y que, en breves instantes, presentó a la vista sólo el esqueleto deforme y lúgubre de calcinadas vigas y enrojecidos pilares negros, desapareciendo los corpulentos árboles del jardín, que brindaban sombra a la apacible mansión de la inocencia y la piedad, y las fragantes flores, que aromatizaban el ambiente respirado por las virginales almas a las que ahuyentó la ígnea tormenta.

Los habitantes, expulsados de sus domicilios, perseguidos por las llamas, locos de dolor y espanto, no sabían ya, al huir, adónde dirigirían sus pasos, y unos trepaban al cerro, otros se refugiaban en las balsas, en el cementerio y en los baños del Estero Salado. Las familias de todas las clases de la sociedad se confundían, niveladas por la calamidad, la angustia y hasta el hambre, porque era materialmente imposible a las autoridades atender eficazmente a un tiempo a tan gran número de desdichados.

Lorenzo, que recorría la ciudad por donde le era posible, auxiliando a deudos y amigos, contemplaba a cada paso, apretándosele aún más el corazón, desgarradoras escenas, horroríficos cuadros no soñados ni por el Dante para su Infierno. Todos los elementos

se concertaban para procurar mayor daño y aterro-  
rizar más a las víctimas. En la sabana, que muchas de  
éstas buscaron para acampar lejos de la hoguera, sopló  
furioso el viento, desatando ráfagas, formando tor-  
bellinos con la violencia de un huracán que arrancaba  
de raíz hasta los árboles. El quieto Guayas, a su vez,  
enfurecióse, levantando montañas líquidas que se estre-  
llaban en el muelle y en su seno zozobraron algunas  
de las embarcaciones, atestadas de gentes que le im-  
ploraron salvación. Se incendió, a la puesta del sol,  
la Aduana, que resplandeció en las sombras de la no-  
che, apareándose con la iluminación del barrio de las  
Peñas, a cuyas pintorescas casas comunicaron el  
incendio las chispas de las torres de la Concepción y  
de Santo Domingo diseminadas por el viento.

Lorenzo estaba ya allí. Al pie de su casa, junto a  
la puerta de la reja que se abría hacia el río veíase  
atracada la canoa de pieza que la víspera llegó de  
Almacigal con un cargamento de sacos de cacao. En  
cuanto se presentó el fuego en la entrada de la estrecha  
y única calle de las Peñas, donde se apiñaban deses-  
perados los moradores de las villas pegadas al cerro,  
no quedaba otra vía de salvación que la del Guayas,  
porque, en la otra extremidad de la arteria, cerrada  
por la fábrica de cerveza, ésta ardía al mismo tiempo.  
En la canoa, al alejarse de la reja, iban la tía Dolores,  
don Miguel y su esposa, los sirvientes y unos cuantos  
habitantes de ese barrio que no cupieron en otras em-  
barcaciones. Los ojos de Lorenzo buscaron a Delia,

a quien vió bajar con ellos la escalera de su casa. En vano fijó la mirada en cada semblante. Se había quedado en tierra. Clamó a su administrador:

—¿Y Delia? ¿Dónde está Delia?

Don Miguel se dió cuenta a su vez de la ausencia de su ahijada y, pasmado, no pudo articular ni una palabra, mientras estallaban los sollozos de su esposa y de la mulatita Concha.

Lorenzo ordenó a los remeros que volvieran a la verja, desoyendo las imprecaciones egoístas de los refugiados, a quienes alocaba la idea de morir quemados. La agitación del río dificultaba la rápida ejecución de la orden, imperiosamente dada. Perdiendo paciencia al imaginarse que llegaría tal vez demasiado tarde para salvar a Delia, Lorenzo no aguardó que la barca atracase y, lanzándose al agua, que le llegó a las rodillas, ganó la ribera, mientras en la canoa unos le animaban y otros le maldecían, al par que la tía Dolores le suplicaba que no tardase.

Latiéndole recio el corazón, ascendió por la escalera de piedra del jardín de su casa y, jadeante, salvó el trecho, fijos los ojos en la morada de Delia, cuyo techo se abrasaba, y en el balcón, que las llamas lamían, vió un breve instante aparecer un sér humano que tendía los brazos como implorando socorro.

—¡Delia! ¡Delia! gritó con desesperación—.  
Heme aquí.

Al llegar a la estrecha calle obscurecida por el humo, delante de él pasó, como una llamarada, una mujer

cuyos vestidos ardían. Traspasado de dolor, sin cesar de llamarla, voló tras ella, que huía hacia la fábrica de cerveza roja como un horno, y que, a proximidad de ésta, volteó a la derecha y se dirigió al río, en el que se sumía al alcanzarla él, asirla y levantarla en sus brazos. Delia había perdido el sentido.

En indecible desconuelo, Lorenzo cargando el adorado cuerpo, regresó a la calle e intentó volver atrás para llegar a la canoa. Las llamas le atajaron el paso. Se acordó que, cuando era un niño, solía por intrincado sendero trepar a la cima del cerro, cogiendo ciruelas, aromos y suches. Lo buscó, dió con él y empezó a escalar el monte a la claridad del incendio, viendo a sus pies deslizarse las culebras que huían por entre el matorral, cuyas zarzas le desgarraban el vestido. A medida que ascendía, el terrífico espectáculo de la ciudad ardiendo se ofrecía a su vista bajo el purpúreo cielo. Oyó las voces distantes que, debilitándose, le llamaban, a Delia y a él, y, bajo una lluvia de chispas, vió la canoa alejarse de la orilla.

Rendido por la emoción y el cansancio se vió precisado, una y otra vez, a detenerse para tomar aliento, prodigando a Delia su ternura en repetidas frases, desconsolado al mirar tan pálido el bellísimo semblante y sentir su cuerpo inerte y yerto; estremecía al temer que exhalara el último suspiro. Apoyaba el oído al pecho de ella y, al oír que aún le latía el corazón, cobraba ánimo, a pesar de que el precioso rostro tornábase lívido y se contraía con sardónica risa. ¡Qué

largó, interminable, le pareció el sendero tortuoso hasta llegar a la cima y acostar en la meseta el cuerpo de Delia, a cuyo lado se arrodilló!

El aire menos ardiente obró el milagro de despertarla del profundo letargo. Los párpados de sus hechiceros ojos, cuya mirada deslumbró tantas veces a Lorenzo, se entreabrieron sin verle y los labios de Delia, trémulos, gimieron:

—¡El fuego!

Y luego, como en un quejido de horrible angustia, murmuró:

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

Imaginándose él que se daba cuenta de su presencia, se apresuró a decirle tiernamente:

—Tranquílcese, Delia. No corre ya ningún peligro.

Comprendió que no le veía y que, en su delirio, el espanto de la amenaza del fuego la asediaba. Gemía como si experimentara un cruel sufrimiento físico. Entre palabras incomprensibles se exhaló de su pecho un nombre:

—¡Ventura!

Y en seguida gimió otro:

—¡Elena!

Éste trastornó el alma doliente de Lorenzo al enterarse de que conocía ella la existencia de su novia. No cabía duda...—¡Cuánto habrá sufrido, despreciándome! murmuró consternado—. ¿Quién me vendió? ¿Ulbio? No, no es tan perverso. Fué seguramente Ventura, cuyo nombre pronunció Delia. Pero, ¿cómo

supo mi compromiso con Elena? ¡Malvada mujer! Quedará satisfecha de su mala acción. Su venganza va más allá de lo que supuso y deseó tal vez.

Desesperado, tomó las manos yertas de Delia entre las suyas y, procurando volverles el calor, imploró:

—¡Perdón, Delia, perdón!

Como si el sincero acento de su dolor le llegara al alma, Delia, volviendo en sí, le miró y, con débil voz, dijo:

—Lorenzo, adiós... Me muero.

—¡Morir! ¡No! ¡No! Te salvé. Vivirás.

—Muero... porque lo quise... Sea feliz con...  
Elena.

—Eres tú, sólo tú a la que adoro. Romperé, como me lo propuse, esa y cualquier traba. Serás mi esposa, te lo juro—clamó Lorenzo, sollozando.

—Gracias... Preferible es...

No llegó a decir la última palabra que expresara su pensamiento de abnegación.

Sacudido el cuerpo por sucesivos espasmos, tornóse rígido en los brazos de Lorenzo, que lo estrechaba. Desesperado, bañaba en lágrimas la adorada frente, y, sintiéndose desfallecer, la besaba con frenético desconsuelo.

## EPÍLOGO

Los pasajeros del *Impérial*, que levaba el ancla, miraban con interés a un joven cuyo semblante, pálido y triste, reflejaba gran sufrimiento moral. Apoyaba los codos en la barandilla de la popa y con ambas manos sostenía la frente, en cuyas sienés brillaban precoces hebras de plata. Sus afligidos ojos miraban las ruinas de Guayaquil en sus tres cuartas partes devorada por el incendio.

Más de uno negárase a creer que tan desconsolado varón era el guapo Lorenzo, el elegante doctor Cilda, el acaudalado dueño de Almacigal, a tal punto la fiebre, y aún más la dolencia de su alma, envejeciéndole, le aniquilaron.

Desde aquel día que, en la meseta del cerro de Santa Ana, le hallaron privado de sentido, junto al cadáver de Delia, ¡qué de semanas estuvo entre la vida y la muerte!, padeciendo una violenta fiebre cerebral, de la que a duras penas triunfaron la ciencia

y la abnegación de sus colegas. En una de las casas del barrio del Hipódromo, preservado milagrosamente del incendio, la tía Dolores, secundada por Ulbio, le prodigó sus cuidados maternos con la mayor ternura, hecha un mar de lágrimas al aspecto de ese sobrino, a quien quería como a un hijo, cuyos ojos nublados la miraban, en el incesante delirio, sin conocerla. Tita imploraba a todos los santos, encendiendo cirios ante las imágenes de los preferidos de su devoción, mandando decir misas por el restablecimiento de la salud de Lorenzo en las cuatro iglesias que, de las nueve que eran, perdonó el incendio.

Lorenzo entró en convalecencia como un niño de constitución frágil que se despierta de sueño largo. La extremada debilidad entenebrecía su memoria, que, durante algunos días, alejó de su mente el suplicio del recuerdo. No se rememoraba ninguna de las horribles escenas que se desarrollaron durante la catástrofe de su ciudad natal. El momento llegó, sin embargo, en que sus miradas vagas, que recorrían el dormitorio, se fijaron en el retrato de Elena, intencionadamente colocado por Tita frente a su lecho. Sonrió al verlo, y, poco a poco, tras lento y penoso esfuerzo del cerebro, las reminiscencias acudieron sucesivamente. El hermoso semblante de Delia se irguió ante sus ojos y, a un tiempo, surgiendo el atroz recuerdo de la horrible noche, Lorenzo estalló en sollozos.

Su tía, comprendiendo lo que ocurría en aquella alma desconsolada, respetó su dolor. En silencio se

acercó a él, cuyas manos frías calentó tiernamente en las suyas. Deseándolo, aguardaba el instante de esa crisis en que la manifestación del dolor le haría ver que la facultad de pensar resistía a la violencia de la enfermedad. Habíase preparado a escuchar sus preguntas y, efectivamente, Lorenzo, de súbito indagó:

—¿Verdad que no ha muerto?

Ansiaba que su tía le dijera que Delia vivía, que sólo estaba desmayada cuando él cayó a su lado sin sentido.

Cálmate, hijito de mi alma, cálmate—suspiró Tita sin poder contener sus lágrimas, afligida por el desconsuelo del destrozado corazón.

Lorenzo comprendió que había perdido irremediablemente a la que adoraba con todas las fuerzas del más profundo amor.

En la exacerbación del sufrimiento, la inevitable recaída le postró de nuevo, y, ardiendo en intensa fiebre, durante las breves horas de su agitado sueño, Delia se le aparecía y él alargaba los brazos para asirla, llamándola tiernamente; pero el semblante de la adorada revelaba tan profunda tristeza, mirándole los hechiceros ojos con tal expresión de reproche, que se despertaba, bañado en sudor, y gemía como la inolvidable noche: «¡Perdón! ¡perdón!» El remordimiento le torturaba sin tregua ni piedad. Anhelaba morir a su vez, unirse en la tumba con Delia, y se negaba con obstinación a tomar las medicinas y los alimentos a pesar de las súplicas de su tía; pero la

vida triunfó y en la juventud de Lorenzo tuvo una aliada para arrancarle a la muerte.

Apenas fué autorizado por los médicos a levantarse, exigió que Ulbio le enterara de cuánto se relacionaba con el entierro de Delia. ¡Cómo sufrió al saber que en medio de la confusión de la ciudad incendiada pocas personas pudieron acompañar su cadáver al cementerio! Se hizo indicar la bóveda que encerraba tan queridos restos para ir, el día de su primera salida, a cubrirla de flores. Ulbio le refirió también que el matrimonio Doral, como un gran número de familias que no encontraron donde alojarse en Guayaquil, marcharon al campo después de dar sepultura a su ahijada. Don Miguel escribía y telegrafiaba con frecuencia, pidiendo noticias del enfermo. En las cartas expresaba su viva gratitud por el valor que había desplegado Lorenzo en sus esfuerzos por salvar a Delia, víctima, según creía, de su temperamento nervioso, agravado por la dolencia que padeció la primera noche del incendio, lo que paralizó tal vez sus movimientos al huir de la casa de las Peñas. No hacía la menor alusión a las tiernas relaciones que existían entre el doctor Cilda y esa hija adoptiva a la que lloraban él y su esposa.

Los pocos diarios cuyas imprentas no fueron pasto de las llamas, refirieron el drama que ocasionó la muerte de Delia, ensalzando la abnegada intrepidez de Lorenzo, que expuso la vida para arrancar al monstruo voraz la gentil señorita tan admirada por todos en el

baile del Club. Lorenzo mereció así, con el aplauso unánime, la celebridad de un héroe. Todos creyeron que Delia murió accidentalmente, víctima del fuego. Lorenzo era el único que sabía que hizo voluntariamente el sacrificio de su vida. Con el corazón oprimido recordaba las palabras que pronunció en la Quinta al declararle él su amor: «El día que me convenciera de que definitivamente mi ensueño no se realizaría, ese día habría muerto.» La apasionada y altiva doncella, ¡qué inflexible mantuvo su palabra! Y murió persuadida de que él no rompería el lazo que le ataba a otra mujer cuando decidido estaba a pedir su mano:

—¡Ay! ¿Por qué dudó—gemía Lorenzo—de la magnitud de mi amor, igual al suyo, capaz de arrosarlo todo, de triunfar en la más ardua lucha, para que se unieran nuestras vidas como espontáneamente se fundieron en uno solo nuestros corazones?

Pero la implacable voz interior le replicaba: «¿Por qué pecaste, careciendo de franqueza o no supiste resolverte más pronto?»

Preciso le era confesar, con la desesperación del arrepentimiento tardío, que Delia le dejó ver que le amó más, hasta el sacrificio. Había muerto y él, como un cobarde, ¡se resignaba a vivir!...

Tan precario era el estado de la salud de Lorenzo, tan profunda su tristeza que, inquieta Tita y aconsejada por los médicos, a pesar del dolor que experimentarían al separarse de su idolatrado sobrino, insistía cariñosamente por que regresará a Francia:

—Hallarás allá, negrito,—le decía,—el remedio y el sosiego que mi ternura no logra procurarte.

Se negaba a partir y sólo se decidió al recibir la carta de Lila, que, atormentada por la catástrofe de Guayaquil, le llamaba a su lado. ¿Cómo retrasar el viaje? Debía ir a asegurar la felicidad de su hermana, porque, en cuanto a él, jamás podía ser ya dichoso.

La víspera de embarcarse recibió una carta, fechada en Quito y escrita en el convento de la Caridad, que decía: «Vine a expiar aquí, en este asilo, el daño que causé. Dios, que ve mi dolor y mi arrepentimiento, me perdonará tal vez. Le suplico humildemente, Lorenzo, que no me maldiga y, si puede, me perdone también. *Ventura.*»

.....

*El Imperial*, zarpando del puerto, se dirigía hacia el golfo sin que Lorenzo apartara la vista de la ciudad ayer feliz, risueña y próspera, que presentaba hoy, entre ruinas, tan lúgubre y desolado aspecto, pero donde mañana la actividad de sus hijos haría de nuevo surgir a la sirena del Guayas más hermosa, alegre y radiante como el sol tropical, que seguía esparciendo sus áureos rayos fecundantes sobre el suelo devastado, el ancho y caudaloso río y la imponente Cordillera que cerraba el horizonte encima de los fértiles campos. La alegría, la animación, la dicha reinarían en breve allí, en la ciudad que, como el fénix, renacía siempre de sus cenizas; pero, ¡ay!, ningún poder humano devolvería la vida y la belleza a la adorada criatura

que quedaba durmiendo el sueño eterno en el seno de esa querida tierra.

¡Qué implacablemente se realizaron los tristes presentimientos que asaltaron al doctor Cilda a su regreso a la patria, frente a la isla inculta y desierta, El Muerto, que no tardaría en ver de nuevo tendida como un cadáver en las olas!

Y Lorenzo, al que la nave conducía hacia la Ciudad Luz, hacia ese espléndido París donde disfrutaría del cariño de su hermana y del amor de Elena en el apacible hogar, lanzó, con un sollozo, de su doliente pecho, un grito: «¡Adiós!...» que igual podía ser enviado a su ciudad natal, a Guayaquil destruído, que a Delia muerta.

FIN

---

Imprenta de «Le Livre Libre», 141, Boulev. Péreire, Paris,